



3 1761 06780178 7



Digitized by the Internet Archive  
in 2010 with funding from  
University of Toronto





# ASPECTOS

---

Es propiedad de los editores. — Derechos reservados

---





E. Gómez de Baquero

E. GÓMEZ DE BAQUERO

---

# ASPECTOS

DIÁLOGOS FILOSÓFICOS  
Y COMENTARIOS DE COSTUMBRES



PARÍS

SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

*Librería Paul Ollendorff*

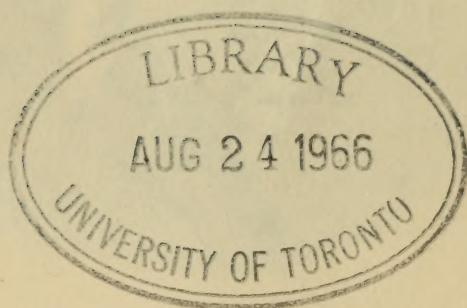
50, CHAUSSEE D'ANTIN, 50

—  
1909

PQ

6613

035A8



1112327

## PRÓLOGO

---

Estas líneas preliminares que usurpan la categoría de un prólogo, responden á un requerimiento de la amistad. Cuando me las pidió Eduardo Gómez de Baquero estuve á punto de rehusárselas. ¿Por qué? Porque el discípulo carece de autoridad para preceder al maestro en todas partes, y, sobre todo, en un libro. Con ser anárquica la confusión de valores literarios en España, la cultura popular no anda tan despistada que anteponga lo mediocre á lo superior. Si me decido á echar por delante esas excusas, más es en descargo de mi conciencia que por disipar la irónica sorpresa de los que me vean suscribiendo prólogos.

La amistad lo ha solicitado y á ella me rindo con la plenitud de efusión que pongo en mis pasiones. No voy á descubrir ningún ángulo mental del ilustre escritor á quien acompaño con tanta honra como complacencia en esta aventura que supone la publicación de un libro, ni voy á incorporar con mis palabras nada al caudal de su reputación. Si acierto á definir su personalidad, me daré por satisfecho.

Eduardo Gómez de Baquero no ha creído nunca en la crítica dogmática, ni en el rigorismo científico aplicado á la literatura, ni en la eficacia de la sátira para educar el temperamento de un escritor. Vengo leyéndole de muchos años atrás y siempre le he visto fluctuando entre la indulgencia y el escepticismo. Su espíritu es demasiado amplio y sobradamente ágil para confinarse en esta ó aquella preceptiva, como en una trinchera desde la cual es posible foguear á todos los soldados del arte. Los principios, que en moral le parecerán seguramente aceptables, en la literatura deben resultarle arbitrarios y odiosos. Su primer movimiento al encararse con un libro es el de conocer la psicología de su autor. Luego, cuando le ha conocido íntimamente, sobrevienen las alabanzas ó las ensuras, las muestras de conformidad ó de desavenencia intelectual. ¡ Y qué tacto para no mortificar el orgullo del autor ! El crítico se atiene al viejo precepto de Fedro :

*Noli molestus esse omnino litteris* sin segunda intención, por una generosa tendencia del carácter. En el periodismo español no tiene Eduardo Gómez de Baquero precursores. El crítico ó era un satírico implacable como *Clarín*, capaz de disolver con su mordacidad las más nobles ingenuidades del escritor novel ó caía como Valera en una pedantería señorial plenamente desdeñosa para el literato juzgado. No ha habido crítico menos hospitalario ni comprensivo que el autor de « Juanita la larga ». Cuando reconoce la autenticidad de un talento pone al margen de su fallo tal suma de reservas mentales,

que el lector se queda perplejo sin saber qué pensar. Si alaba, asocia al elogio la ironía zumbona que le caracteriza, de modo que el público se desprege con un compasivo encogimiento de hombros de la página ponderada. ¿Quién recuerda un momento de acritud de Valera? ¿Quién puede ufanarse de haber promovido su entusiasmo?

Don Juan empalmaba con la tradición castellana; era frío y retórico como ella. Lo que le hizo temer de nuestros escritores fué su verbo socarrón, hostil á la ternura y á la complejidad. Nadie le regatea inteligencia ni donaire gracioso, ni caudal de libros. Era hombre que había vivido y viajado y en quien cada clima había suscitado una curiosidad y un desencanto. Á sabiendas de todas las ideas y todas las doctrinas, en el secreto de todas las flaquezas humanas y en posesión de todos los escepticismos, ¿cómo iba á creer aquel hombre en lo que leía? Todo lo que le cayese bajo la mirada penetrante y ávida era pretexto de un divertido malabarismo intelectual. Valera no pasó de ser un insigne diletanti.

Y de *Clarín* ¿qué decir? La producción literaria de su tiempo le obligaba á no muy frecuentes esfuerzos mentales de crítica. Con la sátira improvisada y retozona salía del paso fácilmente. Sus contemporáneos no le exigían más. Pero, ¡es claro! como en *Clarín* había un gran artista henchido de poesía, no se daba por contento con aquellos éxitos. Y tras de los Paliques de *Madrid Cómico* y el *Heraldo*, deleznales testimonios de su ingenio, escribía

cuentos de la fuerza de « Adiós Cordera », « Doña Berta » y otros que nadie ha superado antes ni después. Su crítica no edificó ni demolió nada; pero, en la historia de nuestra novela queda su nombre á la diestra de Galdós. Harto se me alcanza cuán peligroso es el aventurar juicios que están en pugna con las categorías preestablecidas en la literatura de nuestro país. No me importa. Valga por lo que valiere, yo me permito mantener esa opinión, que de fijo va á herir el criterio de más de un lector de estas páginas.

\*  
\* \*

Ya en vida de *Clarín* y de Valera comentaba Eduardo Gómez de Baquero en « La España Moderna » las obras literarias que iban saliendo á luz. Su personalidad era entonces lo que es ahora: una feliz alianza de sagacidad, cultura, escepticismo é indulgencia, un crítico de los que perdonan al escritor sus extravíos de hoy en gracia de sus aciertos futuros.

Gómez de Baquero tiene buen cuidado de hacer sentir que perdona á sabiendas, que su absolución es deliberada, que no es un engañado á quien sorprende y ciega la falacia de las ideas y de las palabras. No. Su cultura le permite afiliar cada obra puesta en sus manos con exactitud, emparentar á cada escritor con los de un grupo y restituir cada doctrina estética á sus orígenes. Sin movilizar la totalidad de los autores que ha leído sabe traer á cuento las opiniones del que conviene al caso actual, y con ello contri-

buye á la historia literaria de su tiempo. Adoctrina sin pedantería y corrige sin mortificar; deliberadamente hace depender sus funciones de crítico de su filosofía personal benévola hasta la generosidad.

Si alguien se lo reprochara, si le dijese que es culpable del envanecimiento de este ó el otro escritor, si le imputaran la responsabilidad de un elogio inmerecido, Eduardo Gómez de Baquero se encogería de hombros con piadoso desdén. Él está en el secreto de que la escala de Job para subir de la tierra al cielo es un mito de la fe cristiana y de que, desde la literatura á la inmortalidad no han trepado más que una docena de varones, ninguno de los cuales le debe nada á la crítica contemporánea.

\*  
\* \*

Este libro es una sucesión de crónicas y en ellas campea el mismo espíritu avizor, comprensivo y tolerante que singulariza á Eduardo Gómez de Baquero en la crítica. El cronista es un novelista descarriado que no se allana á disciplinar sus facultades analíticas y descriptivas. Procede, como la vida, desordenadamente, con una cierta incoherencia externa que no altera, sin embargo, el ritmo íntimo de los seres y de las cosas. En el novelista hay un plan, un artificio de concepción que el cronista no se aviene á acatar. El elemento imaginativo, que entra como aleación con lo documental de una novela, está casi siempre ausente de la pluma del cronista, el cual, dócil al sentido etimológico de su título, prefiere

atenerse á lo que le revela el tiempo, día tras día, de la tragicomedia humana, á novelar por su cuenta. Lo que se sabe de una época no nos ha sido transmitido por la novela, sino por la crónica. Sin el aparato ni la solemnidad del historiador, el cronista es más útil que él, porque se mueve ajeno á todo designio transcendental y, por tanto, con más desinterés. El historiador rara vez acierta á librarse de la preocupación de hacer algo definitivo y perdurable, algo que adoctrine á los hombres y los guíe. El cronista, más modesto, se contenta con referirles llanamente lo que ha visto y oído, empalmando el comentario con la exposición de sus sensaciones. Aun ese comentario no suele ser dogmático, como en el historiador, sino flexible é indulgente, como lo aventuraría el hombre que conoce la multitud de matices de la vida, las complejidades de la pasión y la trama de los intereses. No será jamás buen cronista quien se encare, lleno de prejuicios, con la realidad. Lo primordial en el cronista es la honradez en la observación del caso que vaya á narrar.

Luego, el deber de no dejar inquietudes, dudas y remordimientos en el lector, le obliga á deducir, de cada hecho, por lo menos las conclusiones morales. Ernesto Renan, don Juan Valera y Anatole France son, en mi sentir, los mejores cronistas del mundo por su conocimiento de la humanidad, su ausencia de prejuicios, su ágil y reparadora filosofía. Saben que la naturaleza no tiene interés porque prevalezca este ó el otro sistema de moral, y de ahí el que se contenten con narrar los hechos humildes ó solemnes, incons-

cientes ó deliberados de los hombres. Para ilustrar y divertir al público es menester no dar pruebas de una empedernida fijeza de criterio, que en primer lugar va contra la vida misma, de suyo móvil, ondulante y versátil. No tenemos noticias de que haya en el cielo ni en la tierra una potencia interesada en que nuestras acciones sigan determinado curso. Aunque Herodoto, que fué un cronista, sostenga con su habitual candor que los dioses aplican grandes castigos á las grandes iniquidades humanas, la Providencia no se apresura á demostrar en nuestro tiempo esa justicia verdadera.

Mientras dure ese retraimiento de las potencias celestes, la vida nos pertenecerá para vivirla y comentarla á nuestro talante. Esa debe ser la filosofía del cronista, á lo menos internamente, hasta que Dios se decida á recomendarnos otra. Es preciso que las demasías de la pasión, los desafueros del instinto, los males que se derivan de la convivencia social y de la pugna de los intereses, encuentren alternativamente excusa y reprobación en nuestras plumas. No sea el cronista consecuente, ni persevere en un criterio, ni eleve la fragilidad de sus opiniones á la categoría de dogma. Sostenga hoy una cosa y mañana lo opuesto y procure reconciliarlo todo. De ese modo podrá contar siempre con un público, que no será hoy el mismo de ayer. Á esto se obliga todo escritor que tenga respeto á las mudanzas que trae el tiempo en los usos y en las cosas. Si la naturaleza cambia y se contradice, ¿por qué no imitarla? El estar seguro de algo y el afirmarlo con

calor es un alarde de orgullo que no se puede tolerar.

Eduardo Gómez de Baquero lo sabe mejor que yo, porque presta intensa atención al transcurrir de la vida. Su agilidad de juicio, su elegante ironía y la frecuente indulgencia de sus juicios arrancan de ahí. Los románticos aprovechaban la duda como elemento literario y solían tener grandes éxitos con las mujeres pregonando la íntima inquietud de su corazón y las vacilaciones de su fe. Nosotros, dóciles á un atavismo pagano que se emancipa de las durezas é intolerancias de la raza, no dudamos ya. Estamos en el secreto de que lo urgente es vivir del mejor modo posible, á bien con Dios y sin romper con el diablo, que suele prestar á los hombres y á las mujeres más de un servicio. Ni que decir tiene que este criterio es profesional. Responde á nuestra contextura fisiológica y psicológica presente. Es el que aplicamos á los hechos de la vida. Más tarde cambiaremos, porque como al transponer los linderos de la eternidad ya nos habremos transformado, nuestro criterio será entonces otro, sin que Dios se enoje de esa mudanza impuesta por el ambiente. Nuestro destino en el otro mundo, querido Eduardo, ¿será el mismo que aquí? ¿Estaremos condenados á comentar los fugaces tumultos pasionales y las ridículas disputas de los hombres y á dar cuenta de sus libros al público? ¿Habrà allí prensa, partidos políticos, clero, ejército, marina y una Compañía trasatlántica que arramble con todo el presupuesto celeste? ¿Será esa la materia de nuestras crónicas?

¿Habrá teatros y pésimos actores y actrices á quienes será preciso calificar de eminentes como aquí? Yo tiemblo de pensar que el cielo sea una prolongación de la tierra. Por lo que hace á mí, yo quisiera diferir el viaje á esa región todo lo posible.

Aunque no totalmente arregostado de este planeta, no me encuentro lo bastante mal para desear la excursión postrera que habrá que hacer de todos modos con la eficaz asistencia del médico y el plañidero concierto familiar que suele durar nueve días, seis más que el ciclo wagneriano. Lo que me consterna es el impenetrable secreto que separa lo de arriba de lo de abajo. Por la geografía y por los folletos de la agencia Cook conocemos ya hasta los más remotos rincones de la tierra. Se sabe cómo se debe hacer el viaje y lo que cuesta, las comodidades que le esperan al viajero, los espectáculos de cada comarca. ¿Por qué no sabremos nada del cielo? ¿Adónde van las almas de los muertos, dónde nos aguardan los seres que hemos adorado hasta el frenesí en la tierra? ¿Será ese lugar el que nos describe Sócrates en el « Fedon »? No tengo gran prisa por salir de esa duda. Prefiero, como dice Aquiles en un pasaje de la « Odisea », ser un mísero esclavo en la tierra á que me hagan rey en otro mundo del cual no tengo noticias. Presiento que salgo perdiendo con la preferencia; pero, me resigno. Quiero vivir aquí entre sobresaltos, anhelos, penas, fracasos é ilusiones destinadas, como todo lo que nos sonríe en la tierra, á malograrse. Y cuando me llegue el término, la hora de la partida, un médico condescen-

diente que no tarde mucho en expedirme para la eternidad, poca familia en torno de mi lecho, y mucha tierra sobre mis despojos para que no me entere ni aun del más lejano rumor de la vida...

\*  
\* \*

... Esas líneas incoherentes podrán no tener nada que ver con la literatura ; pero tienen la deshilvanada traza de una crónica. Van al frente de este libro para que el lector advierta cuánto tiene que aprender el que las firma del maestro que viene en pos de él...

MANUEL BUENO.

---

# ASPECTOS

## DIÁLOGOS FILOSÓFICOS Y COMENTARIOS DE COSTUMBRES

---

### LA VIRTUD EN EL TEATRO

---

La bella Elianta se hallaba en un momento de arrepentimiento. La vida, según Campoamor, á quien no tenemos empeño en desmentir, es una serie de pecados y arrepentimientos. Se había casado el vizconde de Foix, uno de los más fieles cortesanos de la hermosa y fresca viudez de Elianta, y Elianta comprendía la vanidad de la vida humana y pensaba en lo eterno.

Pero Elianta tenía obligaciones sociales. Era una gran dama y tenía el deber de figurar. Por eso se presentó en su palco la noche del beneficio de la actriz María Green, una de las egregias figuras de la farándula en aquellos días, que pueden ser los que quiera elegir el lector desde 1880 acá y en aquel país, que puede ser

Francia, Italia, España ó algún otro de los europeos, si el lector prefiere que no sea uno de los citados.

Elianta asistía á la representación, distraída. Su alma era serena y fuerte, con la fuerza de la frivolidad que es la de las almas que saben doblegarse ante los accidentes de la vida y se refrescan y restauran con las sedantes aguas del olvido. Una amiga íntima de Elianta decía que el corazón de ésta era un hotel, donde los huéspedes paraban poco y no podían causar muchos desperfectos. El vizconde era un hombre demasiado bien educado para causar desperfectos en ninguna parte y no había permanecido mucho tiempo en la gentil posada. Por eso Elianta se consolaba con dignidad y escuchaba distraída la comedia.

El diálogo, vivo y sarcástico, recogía las murmuraciones mundanas, esparcía una indulgente é irónica filosofía sobre las pasiones humanas. Elianta sonreía. Era aquel el ambiente en que había vivido siempre. Todo aquello le parecía elegante y decoroso. Pero llegó una escena de pasión y Elianta experimentó una impresión desagradable al oír á la primera dama que decía al galán: «¿Qué dices? ¿Te atreves á proponerme que sea tu querida? » La palabra querida hería

ásperamente los oídos de nuestra heroína que en público eran extremadamente celosos de las conveniencias y reservaban para las horas de dulce abandono de la intimidad, una indulgencia lánguida ó curiosa. Elianta daba más importancia á las palabras que á los conceptos y á los hechos, y por eso, siendo experta en conceptos y en hechos, como mujer ingeniosa y que había amado, se sentía fácilmente ofendida por cualquier vocablo inarmónico y grosero. Aborrecía el naturalismo, y en la naturalidad no veía más que un hábil artificio. El autor de la obra era de otra opinión. En la escena, la primera actriz y el primer actor seguían hablando de amor con un realismo apasionado y cálido. Elianta se sintió ofendida. Sacar á las tablas aquellos dulces secretos de la pasión le parecía cosa plebeya y de mal gusto. Se habían hecho para los entresuelitos elegantes, donde se entra con ligero paso, cubierta la cara con un tupido velo, y no para ser exhibidos á la insolente luz de un teatro y ante la curiosidad de cientos de espectadores, indignos, en su mayoría, de ser iniciados en los misterios de la rubia Diosa. Á nuestra heroína le pareció aquello una exhibición indecorosa de las intimidades del amor y una ofensa á su virtud. Se levantó con aire de pudor ofendido. La

rubia y esbelta silueta envuelta en blanco y vaporoso vestido de *soirée* se irguió en el aterciopelado marco rojo del palco y entre un rumor de sedas y un revuelo de gasas y de plumas : Elianta se marchó del teatro, seguida por los ojos de los espectadores, curiosos de la mujer y del gesto.

Al día siguiente le tocaba á Elianta confesar. Sus hábitos de higiene y escrupulosa limpieza se extendían al aseo del alma, y así como no hubiera dejado pasar un día sin tomar el tibio y perfumado baño, no dejaba transcurrir más de quince sin ir á arrodillarse delante del confesionario del P. Joaquín. El alma puede esperar algo más que el cuerpo, primero porque no se la ve, y segundo, porque se roza menos con las impurezas del mundo material y por lo mismo tarda más en ensuciarse.

El P. Joaquín ; S. J., era uno de los confesores preferidos por las bellas damas como Elianta. Era un sabio y un espíritu tolerante y comprensivo, lo bastante mundano para poder combatir al mundo, enemigo del alma, con sus propias armas. Había escrito un apéndice para una nueva edición del Diccionario de Casos de Conciencia, del Abate Migne, y sabía resolver con sagaz instinto de moralista los casos de concien-

cia particulares que se le presentaban en el ministerio de la penitencia.

Elianta le contó su aventura del teatro. Gustaba de confesar á par de sus pecados, sus actos de virtud, para que así, mediante el contraste entre unas y otras acciones, apareciese más nítido y claro el retrato de su alma.

El confesor la oyó con atención benigna y, después de una pausa pensativa, dijo :

— Hija mía. Tu excelente intención disculpa ese movimiento un poco irreflexivo. El pudor es la corona de la mujer cristiana. Pero el pudor debe ser tímido y humilde como la violeta y debe huir de las exhibiciones extremadas. ¿Quién sabe si en ese movimiento, no se ha mezclado, sin darte tú exacta cuenta de ello, el pecado del orgullo ? ¿Quién sabe si no has dado ocasión á que se aumente el escándalo, porque el público malicioso y mundano que se congrega en esos espectáculos libres, haya podido creer, con mengua de tu buena fama, que te considerabas aludida por las torpezas de la Comedia? Creo que hiciste mal en marcharte del teatro. Las iniciativas en moral son delicadas. La coraza de una casta inocencia hace que sobre ella resbalen sin herirnos los dardos de la liviandad. Esa coraza, debes revestir con la

intención debajo de las honestas galas que la Iglesia permite benignamente á las personas de tu condición y estado, cuando asistas á uno de esos espectáculos peligrosos y frívolos, que yo no me atrevo á prohibirte en absoluto, porque para vencer las asechanzas del mundo conviene á veces conocerlas, y porque una sujeción extrema puede producir en el alma del pecador graves crisis de rebeldía...

---

## UNA VIDA ROMÁNTICA

---

En estos días — el 25 de marzo de 1908 — se ha cumplido un siglo desde el nacimiento del famoso poeta José de Espronceda. Se trató de celebrar este Centenario, y al cabo se celebró de la manera más tibia posible. Aquí, en España, no hay opinión para nada, y mucho menos para los asuntos literarios. Esta es una gran dificultad para conmemoraciones semejantes, pues se necesita trabajar mucho y con tiempo, organizar ceremonias y publicaciones, á fin de fabricar esa opinión que falta, ó un simulacro de ella, para conseguir un Centenario decente y presentable. Así se han organizado los Centenarios y Homenajes que en el mundo han sido..., en este rincón del mundo en que vivimos. En el de Espronceda ha faltado esa preparación y ha salido proporcionado á la indiferencia pública. Espronceda les importa poquísimo á la mayor parte de nuestros contem-

poráneos. En otro lugar he dicho que ese semiolvido, esa indiferencia en que ha caído es una gran lección para las vanidades literarias. Atiendan á este ejemplo nuestros superhombres actuales, y calculen quién se acordará de ellos dentro de cien años.

Y, sin embargo, Espronceda es interesante. No me refiero á su obra poética, grande en el Parnaso español, por la expresión fogosa, abundante, osada. Para ella sería escaso ese adjetivo. Me refiero á su vida, tan romántica como su obra. Espronceda fué hijo de su época. Como poeta y como hombre fué un personaje representativo. En él se refleja y se hace carne el romanticismo español. Seguramente el ideal de muchos románticos fué ser como Espronceda. Dió sus primeros pasos en la vida en una época trágica, romántica, de persecuciones y luchas, de grandes ambiciones, en que España, según la frase chabacana, pero exacta, de Fernando VII, era una botella de cerveza y él el tapón. El tapón estuvo varias veces á punto de saltar. Espronceda figuró entre los que empujaban.

Era hermoso, joven, osado, inteligente, disfrutaba de una posición holgada, de una fantasía exaltada, todo lo cual le facilitaba los triunfos

de la vida. Fué poeta viviendo, á más de serlo escribiendo. Aventajando considerablemente á muchos vates que sólo conocen á la poesía en visita, en las horas pasajeras de la inspiración, él la vivió y la gozó ampliamente.

Fué conspirador y revolucionario, que á menudo es una forma de hacer poesía. Fué un gran enamorado, un hombre que conoció muchos amores y un grande amor, ese milagro que por la vida de pocos pasa, que es tan raro como cualquier otro milagro y que es siempre una fuente de poesía. Pero como revolucionario y como enamorado le falta algo á Espronceda para llenar por completo el ideal del tipo romántico, y es que hasta en una vida poética, tan apartada de la monotonía vulgar como la suya, la realidad levanta la cabeza y la realidad es siempre incompleta y tiene siempre algo de pedestre.

Adolescente, fundaba Espronceda sociedades secretas. Era la época de ellas, pero era también época en que había una horca en cada esquina ó en que desde cada esquina se podía ir fácilmente á la horca, por cosas que hoy apenas darian materia para un juicio de faltas. Alegrémonos de no haber sido contemporáneos del regio Narizotas, de Chaperon, de Calomarde y

demás infaustos personajes del período absolutista, interrumpido brevemente por el levantamiento de Riego. Después estuvo Espronceda emigrado y preso en Portugal; peleó en París en las Jornadas de Julio en que cayó la monarquía de Carlos X y nació la monarquía burguesa de Luis Felipe, el Rey del paraguas. Quiso ir á Polonia, como Byron había ido á Grecia. Espronceda en sus obras y en su vida se parece frecuentemente á otros. Figuró en alguna de las algaras revolucionarias que organizaban los emigrados españoles para restaurar la Constitución, y que muchas veces acabaron trágicamente para los que las emprendían. Al cabo se cansó de conspiraciones, se acogió á una amnistía, fué guardia de Corps, periodista, miliciano y diputado de la mayoría.

Pero en política fué un personaje secundario. Para ser un completo héroe romántico de las convulsiones revolucionarias, le faltan las dos aureolas que pueden dar esa categoría, la del martirio ó la de la victoria. Espronceda no padeció grandes persecuciones; tuvo protectores y amigos que le ampararon. Tampoco fué un tribuno victorioso. Fué uno de tantos jóvenes exaltados de aquella época, que consideraban estético luchar por la libertad, porque los tira-

nos de entonces eran antipáticos y ramplones ; pero que en el fondo eran medianamente liberales y nada demócratas, antes bien espíritus selectos y aristocráticos. La revolución, que después se ha vuelto cosa plebeya, era entonces una aspiración distinguida, de intelectuales, de todo el que sobresalía. El antiguo régimen tuvo la culpa ; chocheaba de un modo grotesco, sanguinario é idiota ; derramó mucha sangre, hizo muchas ridiculeces y trató de cerrar el paso á la cultura, que es como ponerse en frente de un tren. En Espronceda, el revolucionario es un *dilettante*, un joven distinguido que se dedica á un deporte de moda, un poco peligroso.

Como enamorado, también le falta algo á Espronceda para ser un personaje acabado de poema ó de novela. ¡Y cuidado que tiene aparato romántico su novela de amor con Teresa ! Pero flaquea al final. La conoce niña en una prisión, la vuelve á ver casada, la roba, vive con ella en escandaloso y triunfante amancebamiento, imponiéndose á la sociedad. Todo esto no puede ser más romántico, aunque sea poco moral, pues la moral, rutinaria y ordenada, no quiere oír hablar de romanticismos. Pero luego, llega la ruptura. Teresa se va á vivir con

otro y tiene hijos de él, y Espronceda anda con muchas Jarifas y otras que eran algo más que Jarifas y ni se muere de amor ni mata á Teresa, ni siquiera la olvida. El romanticismo decae, se reduce al célebre y hermoso *Canto á Teresa*. La poesía vivida acaba en poesía escrita, en literatura. Cuando Espronceda murió estaba en amores honestos, para casarse, y la novia le guardó, según cuentan, eterno luto. ¡ Ese si que es un final romántico ! Aquella señorita sentía la poesía, acaso más sinceramente que el poeta.

Espronceda murió joven. Dicen que los predilectos de los Dioses viven poco. Él fué un predilecto de los Dioses por cuanto en él se juntaron muchos bienes de la vida : la gloria, los triunfos dulces del amor, las satisfacciones gratas del amor propio. Hasta esa muerte temprana fué un bien para la estética de su figura. Completa la silueta romántica. Vemos siempre á Espronceda, joven. No podemos ver al señor mayor, quizás senador ó ministro moderado, que hubiera sido con el tiempo y que sin duda hubiera estropeado la armonía de esta vida poética y exaltada.

---

## LEYENDO Á ANATOLIO FRANCE

---

(PERSONAJES : FILALETES, DEMÓFILO. — A pesar de sus nombres clásicos, estas dos « *personæ dramatis* » son contemporáneos, que viven y visten como nosotros, que piensan de un modo similar y leen los mismos periódicos y los mismos libros. Demófilo no es, por supuesto, el de LAS DOMINICALES. Se adoptan los nombres clásicos para que los personajes resulten más vagos, menos caracterizados; puesto que en su diálogo se trata de ideas muy generales y de las más independientes de los accidentes individuales. Son casi, los que conversan, dos entes de razón).

DEMÓFILO. — Nuestro amigo Ruíz Contreras prosigue animosamente sus traducciones de las obras de Anatolio France. Es un traductor exquisito y un editor valiente. En un país en que se lee tan poco y en que el público suele ser tan superficial, ¿ será posible que las obras del amable creador de M. Bergeret, maestro en todas las ironías y doctor en todas las delicadezas del espíritu y del estilo, recluten bastantes lectores para pagarse el papel, la impresión y todas las demás cosas prosaicas y onerosas que lleva con-

sigo la publicación de un libro, por espiritual y elevado que sea ?

FILALETES. — No lo sé. Los problemas crematísticos, grandes y menudos, me interesan poco. La riqueza es lo más práctico que hay en el mundo, quiero decir en la vida social, y yo no soy hombre práctico. Esa publicación podrá no ser útil respecto de aquella utilidad que es natural que persigan los editores, y que consiste en vender los libros. Pero desde el punto de vista del arte, tiene positiva utilidad. Nuestro arte es violento, duro, rico en color y en sonoridad ; pero por lo común tiene poca complejidad intelectual, pocos matices : es una magnífica evocación de lo sensible, de la luz radiante del Mediodía, en la cual se recortan vigorosamente las imágenes y en que todo parece claro y transparente. Pero no acostumbra á penetrar por los ocultos senderos de las almas, no siente curiosidad por las penumbras del espíritu, no explora el subsuelo de la psiquis. Y todo esto, que no tienen nuestro arte ni nuestra literatura, lo posee ese alejandrino moderno, con gustos de ateniense, que se llama Anatolio France.

DEMÓFILO. — Omite usted otro Reino ó provincia de la utilidad, donde es mucho más discutible la de las obras de Anatolio France : el

Reino de la Moral. Las ideas en sí son inocentes, porque no son voluntarias. Como ha dicho un gran orador, el entendimiento no delinque. Pero las ideas son fuentes de conducta, de hechos que pueden ser morales ó inmorales, favorables ó contrarios á la ordenación del bien humano. Una enfermedad en sí es también inocente, amoral, y hay que combatirla. Las ideas son á veces enfermedades, ó nacen de una enfermedad del espíritu. Las obras de Anatolio France son un monumento del escepticismo, del más temible y demoledor escepticismo, por lo mismo que es el más seductor y amable. Sus ideas, como las antiguas sirenas, entonan un canto peligroso y funesto para los hombres. Cantan, en las estrofas de una prosa impecable, la vanidad de todo lo que el hombre ama, de todo aquello en que el hombre cree, de todo lo que le mueve al esfuerzo, á la lucha, á la civilización; de todo lo que le hace estimar la vida. Esas ideas son suaves é insinuantes, no se meten con nadie, no se ensañan con ninguna creencia, las envuelven á todas en el mismo benévolo desdén. Son como las aguas envenenadas de algunos ríos de la India, que corren entre azules lotos y verdura. Ejercen una acción paralizante sobre el espíritu. Son una especie de curare del entendimiento.

FILALETES. — Es el exceso de civilización. Cuando la civilización se refina y depura demasiado, los hombres no son semejantes á dioses, como les ofreció la antigua serpiente; pero sienten el vacío de la vida humana. La vieja leyenda, según la cual morían los que osaban levantar el velo de Isis para contemplar cara á cara á la misteriosa deidad, es un mito profundo y verdadero. Los hombres que levantan el velo de Maya advierten que no vale la pena de vivir. La contemplación se apodera de ellos y les infunde un melancólico letargo, en que ven agitarse como sombras, á su alrededor, las imágenes de la vida exterior, que para ellos no es más que una teoría de fantasmas, más ó menos bellos ó interesantes. Pero este estado de espíritu nos da las obras de arte más sutiles y penetrantes, aquellas en que la luz de la representación se acerca más á la región sombría y misteriosa de la voluntad donde crecen las raíces de la vida.

DEMÓFILO. — Pero la belleza de esas obras de arte es la belleza del pecado, la de las figuras de gracia y de lujuria, no igualadas nunca por las hijas de los hombres que fingía el diablo en la edad de las tentaciones, cuando aún andaba el diablo por el mundo. El deleite que emana de esas

obras de arte es un deleite morboso y antinatural. Todo lo que destruye la acción, la confianza del hombre en la vida, es un pecado de lesa humanidad, un delito contra el progreso y el bienestar del hombre en la tierra. Hay que estimar la vida para continuarla. Si la idea de la vanidad é insignificancia de todo lo que nos rodea, y de nosotros mismos, arraigara y se convirtiese en idea fuerza, — que diría A. Fouillée, — el mundo vería extinguirse en unas cuantas generaciones á la raza humana, ó por lo menos á las razas civilizadas. Se realizaría el gran ensueño nirvánico de Schopenhauer.

FILALETES. — Es difícil que eso suceda. La ilusión de Maya tiene mucha más fuerza que todas las metafísicas. ¡Lleva tantos siglos engañando á los hombres é impulsándoles en beneficio de la especie! El desengaño de la vida ha sido, además, en todas partes, raíz y fuente de la santidad, camino del renunciamiento. Pero no nos elevemos tanto. Crea usted que la mayor parte de los que lean á Anatolio France y encuentren en sus obras algo más que una lectura amena, al dejar el libro no renunciarán por eso al *sansara* por el *nirvana*. Y si no, hágase la prueba. Sométase á lectura diaria de Anatolio France á cualquier yerno, hijo ó

allegado de un personaje político. ¿Qué apostamos á que cuando cierre el último volumen coge el sombrero y se va á pedir un buen destino ó á tratar de un negocio?

---

## LA EQUIDAD

---

(Diálogo semifilosófico entre dos personajes, que pueden ser, sin ningún inconveniente, dos entes de razón, á los cuales no hay que caracterizar, por tanto, con circunstancias individuales. El lector puede figurárselos como mejor la parezca ó no figurárselos de ningún modo, limitándose á oírlos. Llámemoslos JUAN y PEDRO; nombres perfectamente indefinidos y vulgares.)

JUAN. — El presidente Magnaud, el buen juez, hoy diputado, acaba de presentar un proyecto de ley que autoriza á los Tribunales á juzgar por equidad, sin cuidarse de la letra de la ley. Si Magnaud no fuese quien es, su iniciativa parlamentaria sería un caso curioso : ¡ la Justicia histórica contra la ley ! ¡ Un magistrado pidiendo que, frente á las viejas jurisdicciones del derecho, férreas é inflexibles, se levante una vaga é indefinida jurisdicción de equidad, que tenga su Código en los impulsos de la conciencia, y acaso en los secretos movimientos de la piedad !

PEDRO. — Pero Magnaud no es la Justicia histórica, sino todo lo contrario. Por no serlo, es célebre, es diputado, y presenta proyectos de ley. Si hubiera sido un magistrado como los demás, vegetaría en una Audiencia de provincia. Pasearía por las tardes su aburrimiento por una alameda de copudos árboles, y se dormiría en las Audiencias, oyendo los informes del procurador general y de los abogados. Tal vez leería á Horacio. Está bien visto, sobre todo en Francia, por su tradición de Magistratura letrada, que los señores del margen conozcan sus clásicos y conserven una vaga afición de humanistas...

JUAN. — Prefiero á Magnaud tal como es. No se me oculta que, para los que no participan de sus ideas, es un extravagante, y aun para algunos un *arriviste* — un *cuco*, como decimos por aquí —, que con sus sentencias de buen juez ha conseguido lo que se necesita conseguir en las democracias : llamar la atención de cualquier modo, y así ha sido diputado, y será mañana, ó cualquier día, ministro de Justicia y de Cultos... es decir, de Cultos no ; puesto que ya no hay Cultos en Francia, al menos para el Estado.

PEDRO. — Las sentencias de Magnaud, procla-

madras á son de bombo y platillos, las han dictado, mucho antes que él, los jueces ingleses, sin meter ruido, como la cosa más natural del mundo. Siempre he visto algo de fumistería francesa en el Pretor de Chateau Thierry.

JUAN. — No ; el mérito de Magnaud consiste en haber dado esas sentencias en Francia, luchando con el espíritu tradicional de la Magistratura francesa, exponiendo su carrera y su porvenir, mostrándose un discrepante y un original ; cosa peligrosa en el mundo de la toga. Y ese proyecto, que tiende á sentar á la humana y benigna equidad en la silla de la vieja Themis, me parece magnífico.

PEDRO. — Á mí, con perdón tuyo, me parece un magnífico disparate.

JUAN. — ¿ Disparate ? La ley se apoya en un supuesto absurdo. Supone que pueda encerrarse en una seca fórmula general toda la compleja é inagotable variedad de casos que ofrece la vida humana, donde no hay un hecho semejante del todo á otro. Así, la ley sanciona por anticipado toda una serie de injusticias, de pequeñas injusticias, si quieres, pero positivas ó inevitables. Aplica el mismo trato á casos diferentes, á cosas y á situaciones que no ha podido prever el legislador, aunque fuese de la casta de los antiguos

escultores de Repúblicas, y no de los Solones de pacotilla que gastamos aquí, que gastan en Francia, que se usan en todas partes, y que son hechura de un cacique, de una logia, de un capricho regio; hijos de la ambición, del dinero, de la adulación, de una preferencia femenina, ó de cualquier padre menos confesable todavía.

PEDRO. — La sabiduría reside en la práctica. La duración es el mejor testimonio en favor de las cosas. En la Historia dura lo que conviene á las colectividades humanas, y en el hecho de durar, tiene la mejor ejecutoria de su razón de ser. Leyes ha habido siempre, leyes ó costumbres, que eran leyes no escritas, modos fijos de proceder en las disputas del derecho, reglas generales por cuyo rasero se miden todos los casos particulares. Con la ley, los hombres compran la seguridad á cambio de un poco de injusticia. La equidad es un bello sueño. Es una justicia de cuento de *Las mil y una noches* ó de leyenda regia. Es Harun-al-Raschid saliendo disfrazado, por las calles de Bagdad, á escuchar las querellas de sus súbditos, ó el Rey Don Pedro el Cruel, ó el Justiciero, haciendo también de buen califa, por las callejuelas de Sevilla. En la ley se puede fiar, porque es una fórmula neu-

tral, un postulado abstracto. La equidad es insegura, vaga, incoercible, porque tiene que encarnarse en hombres, en hombres distintos y variables. La equidad de M. Magnaud no será la del presidente que sacó á escena Zola en *Verdad*. Ni la equidad del propio Magnaud será la misma todos los días ni á todas horas.

JUAN. — ¿Acaso no falsea las leyes la malicia humana? « Quien hizo la ley, hizo la trampa », dice el refrán, fruto de la experiencia popular. Falsear la equidad es más difícil que falsear la ley. Aquélla la entienden todos; ésta, rodeada de un respeto supersticioso, herencia del antiguo carácter sagrado de las fórmulas jurídicas, puede cubrir más fácilmente con el manto de su prestigio cualquier atropello. La equidad sería más discutida, y por lo mismo tendría que ser más pura. Además, la función engendraría el órgano. La jurisdicción de equidad iría formando magistrados capaces de aplicarla. El instinto de conservación general impondría una selección más rigurosa en la toga.

PEDRO. — ¡ Formar hombres de equidad! Eso es mucho más difícil que presentar un proyecto de ley á la Cámara de los Diputados. El ambiente contemporáneo es hostil á la formación de esa casta de hombres. En una atmósfera de

naturalismo pagano, de sensualidad intensa, de afán de goces, no se abren esas flores estoicas. El sentimiento sí las produce, porque está más afinado, pero la conveniencia las hiela. Ante el apretón de manos del ministro, ante los bellos ojos de la señora de X, ó ante la recomendación del amigo rico, á quien se deben favores, ¿cómo se defendería la pobre equidad, que ni siquiera puede gritar : « *¡Dura lex, sed lex!* », y que, estando desnuda, como la verdad, desnuda de fórmulas y de ritualismos, se halla tan expuesta á sucumbir á cualquier ataque?

JUAN. — Sin embargo, ¡la equidad es tan bella! ¡Será un sueño; pero es un noble y grandioso sueño!

---

## FANTASÍA SOBRE EL TRABAJO

---

PERSONAJES : DON CRÍSPULO (cincuenta y cinco años), consejero de varias importantes Sociedades financieras, hombre de gran actividad en los negocios : ama y reverencia al trabajo, que le ha enriquecido. — DON ENRIQUE (cuarenta años), ingeniero : está en camino de la fortuna ; pasa por algo extravagante y aficionado á la paradoja ; pero en el fondo es completamente burgués y « ne badine pas avec les affaires ».

(Conversan en un Casino.)

DON CRÍSPULO (dejando un periódico que estaba leyendo). — Pero, ¿ha visto usted esos *gol-fos* que se han sublevado porque iban á hacerles trabajar ? Estas cosas le quitan á uno las ganas de socorrer á los menesterosos. La Caridad necesita ser ciega y sorda en los tiempos que corren.

DON ENRIQUE. — ¿Querría usted que los *gol-fos* amasen el trabajo ? Si lo amaran, no serían *gol-fos*.

DON CRÍSPULO. — Pero podían resignarse á dejar de serlo, ya que les dan albergue y manu-

tención, y les ponen en camino de convertirse en hombres útiles para la sociedad y para sí mismos.

DON ENRIQUE. — Desengañese usted, mi amigo : esos *golfos* que no quieren trabajar y se sublevan ante la amenaza del trabajo son superiores á nosotros. Nosotros nos afanamos por tener un poco más de comodidad en la vida : por el coche, la casa confortable, el palco en los teatros, la buena mesa, *et le reste*. Por estas pequeñas comodidades y estos pequeños placeres, nos rendimos á la esclavitud del trabajo. Los *golfos*, más independientes y más dignos, la rechazan y prefieren la vida libre y aventurera del hampa. Son los últimos representantes de la independencia humana.

DON CRÍSPULO. — ¡ Ya sale usted con una de las suyas ! ¿ Por qué trabaja usted entonces ?

DON ENRIQUE. — Porque estoy cogido por el engranaje social, que doma y moldea las voluntades. La civilización nos embauca desde niños con el gran fetiche del trabajo. Nos prepara para él en los duros bancos del Colegio y de la Universidad, nos reglamenta, nos ata, y como el hábito es todopoderoso, trabajamos porque lo hicimos ayer, y el mes antes, y el año antes, y

siempre, desde que tenemos uso de razón. Pero yo, aunque trabaje, protesto y conservo la nostalgia de la perdida independencia.

DON CRÍSPULO. — Pues yo creo que la protesta de usted es pura broma, para pasar el rato en amena conversación. Sin el trabajo, no habría habido civilización, no existirían las maravillas del ingenio humano que admiramos y que nos hacen grata la vida; las obras de arte, los descubrimientos científicos, los esfuerzos colosales y fecundos para dominar á la Naturaleza y hacerla servir al hombre.

DON ENRIQUE. — Falta saber si serían los hombres más felices, sin todo eso, en su libre y aventurera vida de cazadores salvajes, de animales de presa, un poco más inteligentes que los otros. Al cabo, toda esa obra de la civilización, que usted admira, es una rebelión contra el orden natural. Los animales no trabajan, es decir, no realizan un esfuerzo metódico y constante en vista de un resultado futuro. Sólo algunas especies, á mi parecer degeneradas, como las hormigas y las abejas, ofrecen ejemplos de previsión que se asemejan lejanamente á los cuidados que los hombres nos tomamos, como si fuera eterna la vida y el día menos pensado no hubiéramos de morirnos, dejando aquí cuan-

to hemos reunido á fuerza de afanes y fatigas. Y todavía, compare usted la vida libre y aérea de la abeja, que cruza por el espacio luminoso y se posa en las bellas y fragantes flores, al azar de su capricho, con el ominoso y triste trabajo humano en oficinas y talleres antipáticos, teniendo que mandar á unos hombres y obedecer á otros, lo cual es igualmente odioso y embrutecedor.

DON CRÍSPULO. — Tenemos deberes que cumplir para con nuestros semejantes, y, aparte de eso, crea usted que el hombre, gracias á su industria, que ha producido los adelantos de la civilización, vive mejor que un animal silvestre. Es muy bonita la independencia ; pero, ¿y el hambre, las inclemencias del tiempo y la inseguridad de la vida, que amenazan constantemente á las bestias ?

DON ENRIQUE. — Con todo, el trabajo es una degradación, la consecuencia de una caída. El trabajo no entraba en el primitivo plan divino. Dios castigó la falta de Adán y Eva, imponiéndoles el dolor y trabajo. ¿ Se trabajaba en el Paraíso ? ¿ Cree usted que el Edén era peor que Londres ó Nueva York, y que Adán tenía que envidiar en los días de su inocencia á Mr. Vanderbilt ó á Mr. Rockefeller ?

DON CRÍSPULO. — En el estado de inocencia, no podía envidiar á nadie. Pero nosotros tampoco podemos evitar ya que Eva mordiese la manzana.

DON ENRIQUE. — Un inglés que conocí, y que se había vuelto medio loco á fuerza de meditar sobre la Biblia, me dijo un día que en el tercer capítulo del Génesis veía una profunda y hermosa alegoría histórica, « el mito del trabajo y de la civilización », decía él, que era, como comprenderá usted, incrédulo. El trabajo es la pena de la civilización : por eso se impuso al hombre por haber comido la manzana del árbol de la ciencia del bien y del mal ; es decir, por haber querido civilizarse, por haber osado salir del orden natural, de la vida propia de las especies animales.

DON CRÍSPULO. — Y ese inglés, ¿ trabajaba ?

DON ENRIQUE. — Ya lo creo, y además era del Ejército de Salvación ; de suerte que trabajaba no sólo por su utilidad particular, sino, á ratos perdidos, por amor al prójimo.

DON CRÍSPULO. — Me atengo á la conducta más que á la doctrina. Pero es ya tarde, ¿ nos vamos ?

DON ENRIQUE. — Vámonos. Mañana tengo que estar temprano en la estación. Voy á esas

minas de Ribaura, á ver si acabamos de arreglar el dichoso ferrocarril, y en seguida á Bilbao, á tratar del negocio de la Competidora química.

---

## VIDAS INTENSAS

---

¿ No te ha ocurrido, lector, en un momento de tedio, hallar que tu vida era opaca, insulsa, insignificante, y no merecía la pena de haber sido vivida? No ha sido en una hora de dolor, de esas que despojan de su horror á la muerte y nos la hacen amar, cuando tuviste esa visión desalentada de tu vida. Aquel día no te ha ocurrido nada de particular. Repasando tu vida no encuentras que haya sido mala. No te ha faltado el sustento, has amado á una mujer bonita y buena, aunque un poco vulgar, has creado una familia, tienes buena salud, te consideran tus relaciones, pasas entre tus amigos por un buen muchacho, no eres jorobado ni misántropo, que es como tener una joroba en el espíritu ; te has creído feliz, has dejado correr blandamente la existencia; pero en aquel momento te parece que la luz blanca y fría de una revelación interior se ha hecho en ti. Las aguas del lago

quieto de la representación han adquirido una transparencia extraordinaria que te permite ver dibujada en ellas la sombra de tu propia vida. Eres espectador de ti mismo y encuentras que esa existencia, que muchos hombres envidiarían, no tiene relieve estético, es prosaica, mezquina, vulgar. Eso te entristece y te rebaja ante ti mismo.

Entonces envidias las vidas intensas. Salen de tu memoria figuras olvidadas. Se te ofrecen en contraste con la pobreza emocional de tu vida los héroes del día y cruza por tu espíritu la teoría de las vidas que quisieras haber vivido.

Ese es el hombre del peligro. Ha ganado carreras en automóvil. Se ha roto alguna vez un hueso y se lo han compuesto. Ha hecho peligrosas ascensiones en globo y ha estado á punto de que le tragara el mar, hacia donde le llevaron, malévolos y burlones, los vientos; ha subido á los nevados picos de los Alpes, bordeando los ventisqueros, pendiente de un resbalón del guía, de un traspies, de la rotura de una cuerda. Ha gozado la áspera é intensa voluptuosidad de hallarse cara á cara con la muerte, de luchar con ella á brazo partido y de tumbar á la esquelética furia, alejándose de ella victorioso.

Ese otro es un artista cosmopolita. Conoce todos los *sleepings* que ruedan por las líneas férreas de Europa, todos los trasatlánticos que van y vienen para América. Ha parado en todos los hoteles, ha bebido en todos los *bars*, ha dormido con mujeres de todas las razas; públicos de naciones diferentes le han contemplado y le han aplaudido en teatros de París, de Londres, de Milán, de Munich, de Viena, de Nueva York. Y ha conocido también las horas amargas de miseria é incertidumbre, los trajes deslucidos, las alhajas empeñadas, la soberbia insolente de los empresarios desdeñosos, la mirada despreciadora y compasiva de los camaradas famosos y ha tenido una voluntad intensa, ardiente, dominadora, cuyo empuje continuo, tenaz, repuesto al instante dé los pasajeros desmayos, le ha abierto camino.

Aquel es soldado. Ha conocido las horas de suprema embriaguez en que hasta la muerte es una apoteosis. Ha corrido por las llanuras de la Manchuria al galope de su jaca mongola, perseguido por un tropel de cosacos, llevando órdenes y despachos, resuelto á morir antes que dejarse coger. Al frente de un puñado de hombres aceitunados como él, de agilidad de simios, de valentía espartana, ha corrido en

una carga loca hacia una trinchera rusa, ha roto el seto de alambres entre el silbar de las balas; ha escalado gateando el talud, apoyándose en el cadáver caliente de uno de sus compañeros, y ha sepultado el sable en el pecho de un gigante rubio, de pálida é inexpresiva faz, que le apuntaba con el revólver y en cuyo blanco uniforme brillaba una cruz. Ha marchado bajo un sol abrasador, ha pasado hambre y sed, ha dormido cuatro horas en los campamentos, ha sentido rondar en torno suyo á la muerte invisible, que cantaba su canción de azar y de misterio en el silbido de las balas y rugía, como el león bíblico, en el estampido del cañón; ha gozado la sublime borrachera de la gloria, la exaltación suprema de la personalidad que hace olvidar las penalidades y el peligro.

Este otro hubiera sido en la antigüedad ciudadano de Sibaris. Su obra de arte es su propia vida, llena de recuerdos de dulces victorias amorosas. Ha tenido duquesas, actrices, cocotas; ha ejercido la misteriosa sugestión del *homme à femmes*, que no es mejor mozo, ni más ingenioso, ni más galán que otros; pero del cual emana un no sé qué, una victoriosa sugestión masculina que se lleva detrás el capricho de unas mujeres, el alma de otras.

Y así desfilan ante ti las vidas intensas, nobles unas, viciosas y depravadas otras. Tu pobre vida, te parece bien opaca, bien triste y bien pequeña comparada con ellas y crees que has equivocado la ruta del vivir. Pero el pesimismo sale á consolarte, diciéndote, con palabras del maestro, que lo positivo es el dolor, lo negativo el placer, ausencia de dolor. Todas esas vidas intensas que tú has envidiado un momento, tuvieron horas de angustia y de humillación en el potro del dolor. Tu vida sosa y prosaica ¿oyes? es nada menos que la felicidad, que la ilusión embustera nos ha pintado siempre vestida con brillantes trajes de máscara y que cuando viene á nosotros tal como es, humilde y sencilla, nos parece tan poca cosa que no queremos reconocer en ella á la altísima señora con quien soñábamos.

---

## ELOGIO DEL ANÓNIMO

---

Hacer el elogio del anónimo en literatura es hacer el elogio de algo imposible, que la acción del tiempo ha trasplantado ya á la región de los recuerdos. Pasaron y están en remota lejanía, aquellos tiempos en que el poeta era la voz cantante de la comunidad, el órgano parlante del sentimiento y el entusiasmo de los hombres que con él convivían y con él colaboraban en los viejos himnos y en las epopeyas primitivas. La historia de las literaturas pone en sus orígenes, entre todas las promiscuidades sociales, esa que podemos considerar promiscuidad literaria. Era común la propiedad, comunes las mujeres, común también la poesía. Cuando ya, al cabo de la revisión de muchas generaciones, de la acumulación de muchos textos, surge la labor refundidora de un aeda, ó de una serie de aedas y rapsodas, se personifican las epopeyas en un vate real ó fabuloso, pero que de ser real está

abultado y desfigurado por la leyenda. El poeta es un símbolo, una representación antropomórfica. Homero no es un hombre, es el viejo espíritu helénico de las luchas con los pueblos del Asia menor, representado en la figura legendaria del ciego de Chios.

Quitado ese momento y el instante cándido y sencillo de la fe de los constructores de catedrales, de los imagineros y los demás artistas religiosos de la Edad Media, el anónimo tiende á desaparecer y sólo le sostienen ya motivos impuros y personales; el desprecio hacia la profesión de las letras por parte de príncipes y señores, el miedo del libelista al castigo de sus diatribas venenosas. Para amar al anónimo tenemos que fantasearlo, que ennoblecerlo, que fabricarle su leyenda tomándole como una simple y serena renunciación del personalismo en un momento en que, estando acordadas á un tono las almas, la que escucha dentro de sí la voz de la divina poesía se siente órgano de todas las otras almas que en su torno aprueban y sienten lo mismo.

Las miserias de la vida literaria, que son las mismas miserias de la vida puestas más al desnudo, porque las alumbra la luz del arte, nos

dan la nostalgia del anónimo, en una época como la presente en que aquél es un contrasentido, una cosa que pugna con las condiciones en que se produce la literatura. Cada chisme, cada *potin* literario, que toma la forma de una sarcástica y antipática caricatura, de un gesto indecoroso hecho á la belleza y al espíritu, nos hace amar el anónimo, apetecer que las obras no tuviesen autores y fuesen una pura cristalización de belleza nacida al acaso, hija de padres desconocidos.

La historia literaria se afana en averiguar las circunstancias y pormenores de la vida de los escritores pasados. Busca en los registros parroquiales, en los archivos de protocolos, en las referencias de los contemporáneos, en todos los depósitos de papeles viejos, el rastro que ha dejado la vida material de aquellos hombres; cuándo nacieron, cómo se casaron y tuvieron hijos, cómo compraron y vendieron ó tomaron dinero á préstamo; si les siguieron procesos y estuvieron en la cárcel; qué mancebas tuvieron, á quienes acaso bautizaban con los poéticos y vaporosos nombres de Filis, Cloris y Luscindas. Persigue, en fin, la huella de todo lo vulgar y corriente que hicieron estos hombres, de todo aquello en que su vida se parece más ó menos

á la de los demás contemporáneos y paisanos suyos que no dejaron ninguna obra de arte, ningún documento perdurable de belleza.

Todo eso satisface una legítima curiosidad erudita é histórica. El hombre es naturalmente curioso de una porción de cosas que en sí mismas no importan á nadie más que al que las pasó, y que como materia de saber, sólo son útiles para ayudarse por ellas á comprender la génesis de una obra ó un suceso. Pero la obra literaria ó artística existe por sí, tiene en sí misma todo lo que le da valor. Y es frecuente que más nos entristezcan y depriman, que nos alegren y exalten las noticias que logramos averiguar de los autores de esas flores de la inspiración y del ingenio. Nos pasa lo que á los niños que descubren el mecanismo de un juguete maravilloso. Esas noticias de la vida de los autores de obras célebres, recordándonos que en muchas cosas fueron hombres como los demás, si no peores, proyectan una sombra de vulgaridad sobre los portentosos frutos de su entendimiento. Nos recuerdan que las obras maestras, que parecen salirse del marco triste y vulgar de la vida, son de plebeyo y prosaico linaje humano. Podemos saber de un autor que fué noble, generoso,

galán, valiente, recto, hasta santo, y estas excelencias individuales no añadirán un ápice á las bellezas que haya en su obra ; pero por la ruindendencia á lo malo que del pecado original (el más profundo mito del Viejo Oriente) heredamos, si sabemos del autor vilezas, aberraciones, indignidades, nos parecerá que el vaho de estas cosas impuras empaña la clara belleza de la obra, ó, por lo menos, pone sobre ella una nube de tristeza y de fealdad.

¡ Santo anónimo, imposible anónimo ! ¡ Te echamos de menos en las horas de náusea, de desprecio y de tristeza ! ¡ Y ya que tu época haya pasado, séanos dada al menos la sana y justa facultad de distinguir entre el autor y la obra, de ver ésta con ojos impersonales y serenos, como si no tuviera origen, ni apellido, como si fuese un niño abandonado que prohijaron las Musas !

---

## LOS DEBERES DE LA RIQUEZA

---

DON PEDRO Y DON ANDRÉS, personajes indefinidos, sostenes del diálogo, llamados á repartirse equitativamente las contradicciones que haya en este escrito.

DON PEDRO. — ¿Ha visto usted á Segura, el torero millonario?

DON ANDRÉS. — ¿Para qué? Segura es poco interesante como torero. Quítele usted el bombo, la fama de los millones, la amistad y la protección de los diestros, y queda reducido á un novillero aprovechado, á quien Cavia aconseja prudentemente no reincidir. Aunque hubiera resultado un buen matador, sería un torero más. Lo interesante en Segura no es su mayor ó menor destreza en lidiar reses bravas, sino lo raro, lo extravagante del caso de un millonario que se mete á torero.

DON PEDRO. — Á su modo, el mejicano, ha resuelto el problema de los deberes de la riqueza. Ha querido aportar á la sociedad su concur-

so, servir al soberano público, en la arena. No; no hablo en guasa. ¿No recuerda usted un cuento de Anatolio France, que han traducido con el título de « El titiritero de la Virgen? » Un titiritero se convierte y entra en Religión. Su alma, abrasada de amor divino, no sabe qué ofrenda depositar en los altares, y en la soledad de la capilla hace sus títeres delante de una imagen, creyendo con fe ingenua que aquel humilde y ridículo homenaje puede complacer á la Madona. Tal vez Segura no sabe más que torear, y ha tenido que adoptar esta fórmula de ser útil á sus semejantes entreteniendo á los ricos y trabajando para los pobres. Su ideal podrá ser un ideal bajo, un ideal extravagante; pero tiene un ideal. No se ha contentado con ser rico. Ha querido ser algo más, algo que fuese fruto de su esfuerzo personal.

DON ANDRÉS. — Pero la elección ha sido desastrosa. Los ricos, si tuvieran instinto de conservación, deberían haber ido á silbar á Segura, en defensa del prestigio de la riqueza. La riqueza está hoy en una posición delicada y difícil. La rodean más envidias y más odios que nunca, porque representa mayor suma de bienes que en época alguna. En las sociedades modernas ella establece las principales categorías, da acceso á

todo, proporciona todos los placeres, cuanto hace grata y tolerable la vida. Por eso los que no la poseen la contemplan con ira. En torno al fausto de los millonarios rugen las codicias populares del socialismo. Dar la razón á esos odios, presentar á la riqueza como un instrumento de disipación y de frivolidad, es una provocación temeraria. Hay que convencer á las gentes de la utilidad social de la riqueza.

DON PEDRO. — ¿Y cree usted que en la persona de Segura la utilidad social de la riqueza hubiera estado mejor demostrada si se hubiese limitado á dirigir automóviles, á pilotear globos, á jugar fuerte en los grandes garitos internacionales y á ejercer de Júpiter con las bellas Danaes del cocotismo parisino?

DON ANDRÉS. — Se puede ser algo más que un ocioso gozador de la vida. El rico, por ser el que más debe á la sociedad, es el más obligado á fomentar el bien social, á favorecer el progreso humano y el bienestar de sus semejantes; á influir rectamente en la gobernación del Estado, á proteger las artes y las ciencias, á aliviar la suerte de los menesterosos. La única justificación de la riqueza en una época iconoclasta y niveladora es su digno y provechoso empleo.

DON PEDRO. — Los ricos deben contentarse

con ser ricos. Si, además, pretenden ser protectores de los que no lo son, se exponen á despertar mayores iras. En el ambiente de odios y de lucha de la sociedad moderna, la virtud divina de la caridad no excita las dulces emociones de la gratitud. El rencor y la suspicacia la siguen. La dura filosofía evolucionista la condena, en nombre de la selección, como un medio de perpetuar á los débiles, y el socialismo la combate porque, haciendo más soportables las miserias de los desheredados, contribuye á mantener la iniquidad capitalista.

DON ANDRÉS. — ¡ Claro ! Para los enemigos de la riqueza ; es decir, del régimen económico que permite que haya millonarios y haya pobres, lo mejor es que los ricos sean inútiles, egoístas y corrompidos, textos vivos contra la riqueza ; mas para la sociedad no es lo mismo. Á la sociedad le conviene que los privilegios que ella otorga se empleen en su beneficio, que es el bien general.

DON PEDRO. — Así es en la región de los principios ; pero hay que contar con las pasiones de los hombres. El rico que se ocupa en algo serio, quita un puesto á alguno de los que desean enriquecerse, ó por lo menos vivir. Si el rico influye en política, se ve en él la encarna-

ción de una insolente plutocracia, que no contenta con la opulencia, aspira al imperio; si sobresale en otra esfera, se achacan al poder del oro sus éxitos, y al interés el aplauso que reciba. La riqueza, cuanto más poderosa más odiada, se convierte en dorada jaula. Sólo les queda á sus afortunados poseedores (porque, á pesar de todo, no hay que compadecerlos) una misión estética: la de mantener las bellas frivolidades del lujo, el refinamiento de los deleites y el esplendor de los espectáculos, que no serían posibles en una sociedad en que todos tuvieran lo necesario, pero nadie poseyese lo superfluo. Una parte de la estética de la vida social se conserva gracias á la riqueza.

DON ANDRÉS. — Pero eso no basta para llenar una vida. Además, esas bellas superfluidades despiertan ávidos apetitos en los que no poseen la riqueza, y les impulsan á atacarla, por ese salvaje instinto humano que tiende á destruir aquello que se desea y no se puede conseguir.

DON PEDRO. — ¿Y por qué no ha de ser el espectáculo de esos bienes estímulo del trabajo y acicate del progreso, que impulse á ganar en buena lid el vellocino de la riqueza?

DON ANDRÉS. — Cada día es mas difícil el enri-

quecimiento rápido. Las expoliaciones de las guerras son colectivas y no individuales. No se reparte el botín como en las antiguas huestes. No hay Américas que explotar. Las grandes especulaciones exigen capitales enormes. Dinero llama á dinero. La creación *ex nihilo* no se conoce en el reino de la riqueza. Como sólo una pequeña parte de los hombres pueden ser ricos, la conservación del edificio social consiste en que los demás se resignen á no serlo, en que la riqueza aparezca como un instrumento de bien social, ó por lo menos como un mal menor, como un hecho que redunde en utilidad general.

DON PEDRO. — O acaso en que la opulencia aparezca como cosa efímera y fugaz, que pasa rápidamente de unas á otras manos. Los hijos de los millonarios, que disipan el caudal adquirido y derrochan á manos llenas, son, sin duda, destructores de su propia riqueza, pero conservadores del régimen general de la riqueza, porque la hacen más tolerable. Al verla pasar velozmente de unos á otros poseedores, ó derretirse en el despilfarro, los que la ambicionan pueden abrigar la quimérica esperanza de que les llegue su turno, ó, la más racional, de que les corresponda alguna parte. Si los descendientes de los creadores de las grandes fortunas heredaran

los hábitos de economía y la potencia adquisitiva de éstos, toda la riqueza acabaría por concentrarse en pocas manos, y surgiría fatalmente la revolución social.

DON ANDRÉS. — Dejémonos de paradojas. Acordémonos de las divinas y austeras palabras, según las cuales los ricos son sólo administradores de los bienes terrenos. Sólo así es legítima y bienhechora la riqueza.

---

## FANTASMAS

---

Los fantasmas, que antes pululaban por el mundo, se van retrayendo cada día más del trato humano.

Son unos seres susceptibles, y la idea de tropezar con gentes incrédulas, que no quieran verlos ó no se dignen hacerles caso, y que si los llegan á ver les nieguen descaradamente la existencia, llamándoles *una alucinación*, les detiene cuando van á aproximarse al mundo de los vivos.

Para un fantasma que tenga algo de dignidad y de amor propio, verse llamado una alucinación es una injuria intolerable.

Además, los fantasmas encuentran ahora en el mundo una porción de artefactos y utensilios raros que les inspiran extrañeza y temor : hilos de telégrafo, focos de luz eléctrica, cámaras fotográficas, en que algún miembro de cualquier Sociedad de investigaciones psíquicas puede

tratar de fijar la flotante imagen de la aparición; fonógrafos que pueden recoger el rumor de sus pasos, de sus lamentos, de su arrastrar de cadenas. Á los fantasmas les distraía observar á los hombres y sorprenderles con su presencia; pero el verse observados por ellos les molesta y hasta les ofende. Especialmente la fotografía les incomoda tanto como á los súbditos de Abd el Aziz.

Sin embargo, hay todavía algunos fantasmas, más testarudos ó menos experimentados, que siguen visitando á los hombres, y se complacen en dar un susto á los escépticos, casi siempre á los escépticos impresionables é imaginativos. Un escritor francés, Paul Ginisty, acaba de comentar donosamente una de esas historias fantásticas, dignas de la pluma de un Hoffmann. Un médico, que no creía en fantasmas, fué á una casa encantada; se encerró por dentro, con llave, en una de las habitaciones, después de haber registrado todos los escondrijos, y exclamó en voz alta y en son de desafío: — ¡Ahora, que entren los fantasmas!

Entonces ocurrió el prodigio: la llave fué disminuyendo, pareció evaporarse y pasó al otro lado de la cerradura; de suerte que el incrédulo Galeno, que se había encerrado por dentro

se encontró encerrado por fuera, prisionero de los fantasmas, que en seguida empezaron á mover una porción de ruidos desagradables y terro-ríficos, aunque no llegaron á entrar, sin duda por repugnancia á dejarse ver de un incrédulo. Es de esperar, sin embargo, que el médico en cuestión llegará á verlos algún día, porque desde su aventura en la casa del duende cree firme-mente en los fantasmas, y para estas cosas no hay como la fe.

Ginisty opina que el médico debió hacer lo que el personaje de Dickens, que se encontró en una situación parecida. También había ido este sujeto á una casa encantada ; pero no con ánimo de provocar á los fantasmas, sino de tener habitación á poco precio, pues la mala fama del inmueble entre los inquilinos poco aficionados al comercio con lo sobrenatural, había hecho bajar considerablemente los alquileres.

El inquilino iba resuelto á soportar á los aparecidos, con tal de que el casero le fuese soportable. La primera noche que pasó en la casa se le apareció un fantasma. El hombre no perdió la serenidad. Dió las buenas noches al visitante de ultratumba, para que no fuera con-tando que era un sujeto mal educado, y le dijo :

— Le esperaba á usted, y aunque la hora no

es muy á propósito para visitas, tendré mucho gusto en que echemos un párrafo. Siéntese usted. Lamento que esa silla esté algo coja. Bueno ; pues ahora dígame usted si piensa venir á visitarme con frecuencia á estas horas. No se lo aconsejo. Esto está muy poco confortable, no hay más que trastos viejos. ¿Qué gusto puede usted hallar en esta perrera, cuando hay tantas casas elegantes y cómodas donde podría usted deslizarse y pasar el rato más agradablemente? Además, siento decírselo á usted, pero no pienso prestar mucha atención á sus gestos infernales, que me parecen algo ridículos. Estoy cansado. Perdóneme usted si me quedo dormido.

El fantasma se quedó perplejo y desorientado ante aquella acogida, y acabó por irse. No volvió en las sucesivas noches. Yô no me acuerdo si lo refiere Dickens ; pero sé de buena tinta que, á consecuencia de esto, la casa perdió su medrosa fama, y el casero le subió el alquiler al inquilino, quien se convenció de que no se debe bromear con lo sobrenatural, y de que los fantasmas le habían jugado una mala partida.

\*  
\* \*

Con todo, yo te aconsejo, lector, que imites

la serenidad del personaje de Dickens en el trato con los fantasmas de la vida real, que no nos asustan ; pero nos manejan y nos gobiernan. Si á todos esos ídolos ó fantasmas de la raza, del antro, de la plaza pública, del teatro, que clasifica el sabio canciller lord Francisco Becon de Verulam, en su *Novum Organum*, les miramos y les hablamos con la serenidad con que habló al aparecido el habitante de la casa encantada, es seguro que nos resultarán menos imponentes, y que conservaremos frente á ellos más personalidad y mayor independencia. ¡ No nos asustemos de fantasmas ! Y esos fantasmas de la vida real, que son hombres, que son ideas, que son costumbres que se adueñan de nosotros y nos reducen á unidades del rebaño, son mucho más de temer que aquellos otros fantasmas del reino del misterio, que ya rara vez se aventuran por el mundo, para no tropezar con incrédulos.

---

## JURISPRUDENCIA DE LA BOFETADA

---

El análisis desmenuza hasta las cosas más simples, y nos descubre en ellas aspectos ignorados. Una bofetada, por ejemplo, es un acto violento, si se quiere, brutal; mas en apariencia poco complicado. Y he aquí que una publicación jurídica nos muestra toda la complejidad de relaciones de derecho, de consecuencias justificables, de situaciones penales que pueden derivarse de ese movimiento de ira que hace chocar una mano con un carrillo.

Ese análisis jurídico de la bofetada no lo hace la Revista en cuestión (que es el *Boletín de los Tribunales*, de Valladolid) con la relativa autoridad de un casuista que trata de agotar las aplicaciones posibles de un precepto legal, ó de varios. Lo hace á la luz de la grave jurisprudencia del Tribunal Supremo, que es como nuestras *Responsa prudentum*, asistidas de imperio.

Siguiendo esa jurisprudencia, la bofetada se nos presenta bajo varios y diferentes aspectos, á los cuales, para conocimiento y enseñanza del público, vamos á pasar rápida revista. Sólo los epígrafes : la bofetada, como delito de atentado ; la bofetada, como delito de injurias graves ; la bofetada, como requisito de la agresión ilegítima, uno de los tres que integran la circunstancia eximente de propia defensa ; la bofetada, como circunstancia atenuante de responsabilidad ; la bofetada, como falta de maltrato de obra, indican ya lo complicada que es la materia, á pesar de su aparente sencillez y la brevedad con que se produce el acto origen de todas esas varias situaciones jurídicas.

Dar una bofetada á un agente de la autoridad, ó á la autoridad misma, cuando se halle en el ejercicio de sus funciones ó con ocasión de ellas, determina el delito de atentado. Esta ya no es una bofetada de las que salen á cinco duros en un juicio de faltas. ; Jóvenes calaveras y bravucones, no caigáis en la tentación de levantar la mano al guardia de Orden público ó al sereno que os salgan al paso cuando andéis actuando de zulúes ; pues la Cárcel-Modelo será con vosotros !

El hecho de dar una bofetada á un abogado, por haber sido acusador privado en cierto proceso, determina el delito de injurias graves. Manos quedas, litigantes irritables que riféis con vuestro abogado ó deseéis merendaros crudo al de la parte contraria.

La bofetada recibida por un individuo que seguidamente disparó un arma de fuego contra su ofensor, á quien causó la muerte, « determina el requisito de la agresión ilegítima, uno de los tres que integran la circunstancia eximente de propia defensa del núm. 4.º del art. 8.º del Código penal, ya que el matador obró en defensa de su persona, repeliendo la ofensa material de que fué objeto al recibir en la cara un golpe constitutivo de dicha agresión ilegítima ». Corolario : no debéis dar jamás una bofetada á un sujeto iracundo que tenga un revólver en el bolsillo, porque además de mataros, alegará luego legítima defensa ; cosa que no podrá menos de indignaros si desde el otro mundo seguis teniendo conocimiento de las cosas que suceden en éste. Y si el sujeto en cuestión no os mata, pero os hiere, que siempre es desagradable, no dejará de invocar la bofetada como circunstancia atenuante de provocación, lo cual no os gustará tampoco.

Cuando el que da la bofetada se propone « maltratar ó causar daño violentamente al ofendido, cualquiera que haya sido el motivo determinante de su voluntad, el hecho entonces tiene la calificación jurídica de falta de maltrato de obra, comprendida en el núm. 1.º del art. 604 del Código penal ».

Esta es la forma más benigna de la bofetada (para el que la da) ; pues la responsabilidad queda reducida á arresto (de uno á cinco días), generalmente en el domicilio del condenado ó multa de cinco á cincuenta pesetas. Claro es que hay muchas maneras más divertidas de gastarse 50 pesetas, y aunque sean las cinco del *mínimum*, que la que consiste en abofetear al prójimo ; pero al cabo no es un dispendio extraordinario.

De este examen de la jurisprudencia de la bofetada se desprende una consecuencia inesperada, paradójica, desconcertante. El que da una bofetada se expone á ser procesado por atentado, por injurias graves, ó denunciado por falta de maltrato de obra, según los casos. El que la recibe, si saca un revólver y deja seco al de la mano larga, ó le hiere, se encuentra *ipso facto* beneficiado por la bofetada, que le sirve de atenuante ó requisito para la eximente incompleta

de legítima defensa. *Ergo...* jurídicamente, es mejor recibir una bofetada que darla. Hay que reconocer, no obstante, que el vulgo piensa todo lo contrario.

---

## NOCTURNO

---

Eran dos los personajes de aquella escena nocturna, de aquella pequeña comedia entre triste y picaresca. Ella era una chicuela de ocho ó nueve años, que pregonaba con voz aguda el *Heraldo*, *La Corres*, el *Mundo*; él, un personaje de menor importancia todavía: un niño de unos seis años, que correteaba en torno de la vendedora, su hermana probablemente.

La chiquilla no debía de ser amiga de perder el tiempo, y estaba adoctrinando al pequeño:

— Mira, á ver si ganas treinta para la una y media — porque esto sucedía á la madrugada.

No hay que inquirir qué eran los treinta que había de ganar el pequeñuelo. Evidentemente, la unidad monetaria para aquellos minúsculos luchadores, era minúscula como ellos: era el céntimo.

¿ En qué género de industria podía ganar el

chico los 3o consabidos? Él no llevaba periódicos; no vendía: pedía. Sus medios de trabajo, sus elementos para conseguir la ganancia apetecida, consistían en la monótona retahila dirigida á los transeuntes pidiéndoles cinco centimitos para un panecillo.

Pero el chico descuidaba su obligación, y la muchacha, con precoz desgarró de mujer del pueblo y aire severo de madre de familia que reprende á un hijo holgazán, exclamó:

— Pero, ¡ mírale, mírale!...

Á esta admonición, salió trotando el pequeño, en pos de un transeunte. Había todo un poema, un triste poema de industriosa miseria en el aire enojado con que la mujercita, porque una mujercita era ya aquella chiquilla de tan pocos años, estimulaba á su hermano menor á pedir limosna, para juntar los 3o céntimos y unirlos á lo que ella ganara vendiendo *Heraldos* y *Corres*.

Tal vez había alguna pequeña simulación en aquella mendicidad; pero, ¿ qué importaba? El espectáculo de aquellos niños que se ganaban animosamente la vida en horas en que la infancia que tiene cuna y hogar duerme serena y confiada, ignorante de los dolores y trabajos de la vida era triste y conmovedor. Al mismo

tiempo dejaba una impresión de energía, de las energías que caben en lo débil y lo pequeño; de ánimo para luchar por la vida. Aquellos chicos eran, sin darse cuenta de ello, unos pequeños héroes del esfuerzo humano.

Esta impresión pasajera me hizo pensar una vez más que la mendicidad callejera es útil. Indudablemente ganan la policía y la estética de una ciudad retirando al mendigo de las calles. El hedonismo práctico moderno no quiere ver lástimas ni lacerias; teme que el espectáculo del dolor, de la miseria y de la degradación perturbe la digestión y los placeres de los felices (que en el fondo no son felices tampoco). Pero es útil para nuestras almas que una noche, al volver del teatro, donde tal vez hemos estado oyendo una comedia insubstantial, y mirando á la bella señora de X, ó la Fulana, que también es bella, tropecemos con uno de estos espectáculos de miseria, y una onda de piedad, brotando de ocultos manantiales, bañe y refresque nuestra indiferencia y nuestro egoísmo y por un instante nos haga mejores ó nos torne menos malos.

---

## LIBERTAD ANTIGUA

---

En *La retreta*, el conocido drama de Beyerlein el resorte moral es la subordinación militar, llevada á tal extremo, que llega á ser atentatoria á la dignidad humana. Ese vínculo, que es á la vez un hecho y un sentimiento, se cierne sobre los hombres como el inexorable Destino antiguo. Con él no pueden, en el drama alemán, ni el sentimiento del honor ni la pasión de la venganza. Un teniente, noble, ha deshonrado á la hija de un sargento. Cuando el padre y el prometido de la muchacha se enteran del agravio, aquel vínculo inflexible les paraliza. ¡ Es un teniente ! El veterano sargento, con sus treinta años de servicios, no puede batirse con él por la diferencia de categorías. El novio, el cabo Muller, por haber entrado violentamente en la habitación en que estaba el seductor con la joven, será llevado ante un Consejo de guerra por ofensas de obra á un superior. El *Fatum*

terrible de la disciplina, ciego y cruel como el Destino antiguo, se impone á aquellos hombres, doma aquellas almas que han tenido por profesión el valor.

Viendo este drama, seco y sombrío, en que hay un mudo impulso demoledor, porque aquello subleva el espíritu de justicia y deprime la dignidad humana, se me representaba una escena grave y gloriosa de la España histórica. Veía llegar á una aldea de Castilla á un hombre de aspecto austero y melancólico, de acerada mirada gris, de pálido y exangüe rostro, con ralas barbas rubias. Aquel hombre viste de negro ; en su cuello resfulge el áureo vellocino del Toisón. Un aire de suprema distinción, de majestad de raza, emana de su figura, más desmedrada que arrogante, nada parecida á la apostura de su padre el César. Al llegar al pueblo ha encontrado una gran alteración. Los soldados de un tercio que va para Portugal han tocado alarma y se disponen á asaltar la aldea. Los justicias y vecinos del pueblo se aperciben á la defensa, y no es menor la resolución de los villanos que la de los hijos de Marte. Ante la presencia del hombre de la ropilla negra y porte cesáreo, se ha calmado el tumulto. Aquella enigmática figura regia oye á dos hombres que le explican el suce-

so : les oye reposado y serio. Uno viste hábito muy galán y lleva bengala ; el otro ropas de labrador. El primero es el maestre de campo D. Lope de Figueroa ; el segundo, el alcalde del lugar, Pedro Crespo. El hombre vestido de negro es la sacra cesárea majestad de D. Felipe II. Y el caso es que el capitán D. Alvaro de Ataide ha forzado á una doncella, y el alcalde lo ha tomado preso y no se lo quiere dar á D. Lope, que alega su jurisdicción, y está indignado porque

« un alcaldillo de aquí  
al capitán tiene preso. »

El Rey les oye á ambos con calma, y les pregunta pausadamente, sin que su rostro refleje emoción alguna. Crespo dice que el delito del capitán es digno de muerte. El hombre del traje negro replica que está bien sentenciado ; pero que ha de entregarse al preso para que le juzguen las justicias de su fuero. Entonces Crespo abre una puerta, y muestra al capitán agarrotado en una silla.

El Rey queda suspenso, y luego pregunta breve é imperioso :

« Por qué como á capitán  
y caballero, no hicisteis  
degollarle ? »

Mas el villano no se turba, y tiene fácil la respuesta :

« ¿ Eso dudáis ?  
Señor, como los hidalgos  
viven tan bien por acá,  
el verdugo que tenemos  
no ha aprendido á degollar ;  
y esa es querella del muerto,  
que toca á su autoridad,  
y hasta que él mismo se queje  
no les toca á los demás. »

El Rey se queda un instante meditabundo y reconcentrado. ¿ Va á castigar al villano por aquel atropello de un fuero? ¿ Va á aprobar la sentencia, que encuentra justa, sabido el delito? Al cabo habla, pausado, sin alterarse; pero con imperio decisivo que no admite réplica :

« Don Lope, aquesto ya es hecho,  
bien dada la muerte está,  
que errar lo menos, no importa  
si acertó lo principal.  
Aquí no quede soldado  
alguno, y haced marchar  
con brevedad, que me importa  
llegar presto á Portugal ;  
vos, por alcalde perpetuo  
de aquesta villa os quedad. »

No es sólo el sentimiento del honor el que brilla en el drama calderoniano : es el espíritu

de libertad é igualdad en la justicia. Entre la complexión moral de Pedro Crespo y la del sargento Rosler y el cabo Muller, de *La retirada*, media una distancia inmensa. ¿No es un contraste chocante que la Alemania moderna, rica, científica, pensadora, produzca dramas como *La retirada*, que suponen (aun descontada la exageración posible en una tesis dramática) algún fundamento de hecho, y que en la España antigua de Felipe II, á la cual no pocos alemanes se representarían como un pueblo oprimido por la tiranía y el fanatismo, la realidad social ofreciera base para que un clérigo, caballero de hábito, enalteciese en la figura del villano Pedro Crespo la dignidad y la altivez del estado llano? Obras como *El alcalde de Zalamea* son la ejecutoria de honor de un pueblo y una época. Obras como *La retirada* pueden ser un comentario explicativo del desarrollo del socialismo alemán.

---

## MENUDENCIAS

---

ABUELOS DE PEGA. — Hay escritores que, para ennoblecer su estilo y darle aire castizo, buscan, afanosos, arcaísmos y vocablos raros. Son como los advenedizos enriquecidos que compran, en el Rastro ó en una prendería, algún viejo retrato de un señor á quien no conocen; pero que debió de ser alguien, á juzgar por el peluquín y el uniforme, y cuelgan en su sala el cuadro para hacerle pasar por un retrato de familia. Al cabo de algún tiempo, ellos mismos llegan á convenirse de que es el retrato de su abuelo.

PARA SER PARADÓJICOS. — Algunos insectos se tiñen del color de las plantas de que se sustentan. También á algunos escritores se les tiñe el estilo del color de sus lecturas predilectas. Si queréis ser paradójicos, que es el disfraz que viste mejor en el Carnaval del ingenio, leed á Nietzche... antes de que pase de moda.

LA FILA. — Era un contrasentido ver en

aquella tarde hermosa, bajo el cielo transparente y azul, iluminado por un espléndido sol de otoñada madrileña, la fila de los que esperaban pacientemente que les llegara el turno de zambullirse en las lobregeces de la tribuna pública del Congreso.

No les esperaba ningún debate de sensación, ningún torneo de brillante y clamorosa elocuencia. Sólo una monótona discusión de actas ; y, sin embargo, aguardaban á pie firme la entrada á aquel espectáculo medianamente entretenido : menos aún que medianamente.

Ganas me dieron de decirles : « ¿ Qué insensato, qué loco amor al régimen parlamentario os hace estar ahí clavados, esperando, como espera el novio que se abran los cristales tras la reja de su amada, y aparezca la gentil soñada figura ? ¿ Abrigáis, acaso, la vana ilusión de que habrá extranjero ó natural tan cándido que os compre el puesto para asistir á la discusión del acta de un distrito ignorado ! Aun coligiendo de vuestro aspecto que vuestros bolsillos estén ayunos de toda clase de numerario, y que eso os haga poco exigentes para el solaz, no comprendéis que el sol, el cielo azul, las enramadas del Retiro ó de la Moncloa, y el garboso andar de las

mujeres que pasan ofreciendo gratis al recreo de los ojos su graciosa silueta, son cosas que hacen amar la vida más que el duro asiento de la tribuna en una sesión monótona y gris? ¿No se os alcanza que en todas esas cosas, en el cielo, en la luz solar, en el ramaje de los árboles y en el andar airoso de las mujeres, la Naturaleza pronuncia un discurso más sabio y más grato al alma que el que pueda deciros cualquier señor de la Comisión? »

LAS CABEZAS. — Aquellas cabezas, separadas de troncos problemáticos, puestas en las puntas de sendos palos y que miraban con ojos cándidos y boca sonriente, evocaron en mí, al pasar frente á ellas, imágenes de antiguos horrores de barbarie y guerra, las cabezas sangrientas de enemigos vencidos, cortadas por los soldados crueles de un Assurbanipal, ó las testas ensangrentadas que á veces decoran una puerta moruna ó un zoco de Marruecos, ó más bien la rubia cabeza trágica de la triste y poética Magdalena de *El torneo de Beauplassans*.

Pero en estas cabecitas cortadas no había sangre, no había huellas de muerte. Con sus rubias cabelleras muy peinaditas, sus ojos cándidos y su boca sonriente, vivían, miraban á la vida y no al enigma de la muerte. No habían sido

separadas de un cuerpo por el hierro : esperaban un cuerpo al que unirse...

Porque eran, lector, cabezas de muñecas, puestas en un escaparate...

---

## ELOGIO DE LA ALEGRÍA

---

Á dos amenos cronistas, López Barbadillo y Cristóbal de Castro, les han reprendido por un pecado que es virtud, el pecado de alegría. Una voz salida del público ha censurado que al uno le gusten las caladas blusas, que dejan ver la carne morena de unos brazos mórbidos y que el otro, irreverente con el Olimpo, haya creído ver á la mismísima Afrodita, en la persona hermosa, pero vulgar, de una camarera de café.

Yo creo que tienen razón los cronistas, y no tienen razón esos hombres terribles y severos de la rígida moral, que les censuran desde el coro, y que tal vez sean aficionadísimos á otro coro, al de señoras. Hay que reconocer que las blusas caladas son muy bonitas. Dejan entrever agradables misterios. Lo entrevisto, lo que medio se ve y medio se adivina, es lo más poético y tentador. En cuanto á Barbadillo, lo único que podría reprocharle un mitógrafo exigente es

que en vez de identificar á la camarera con Venus Urania, no se haya contentado con evocar en ella á la antigua Venus Pandemos, patrona de éstas y otras mozas en remotos tiempos. Pero esas son menudencias mitológicas de poca importancia, y no es cosa de estar siempre con los Diccionarios de Smith y de Jacobi ó el Manual de Filología Clásica de Reinach, debajo del brazo. *Por lo demás*, como decía D. Antonio Cánovas, el tomar á una camarera de café por texto vivo para formarse idea de cómo concebían los griegos á Venus es un procedimiento de interpretación histórica, racional y aceptable. Lo moderno sirve para entender lo antiguo, del mismo modo que lo antiguo ilustra é interpreta lo moderno. La historia es maestra de la vida, pero la vida es maestra y glosadora de la historia. ¿No ha dicho Unamuno que para formarse idea de los combates de la Iliada no hay como presenciar una pedrea entre los mozos de dos pueblos cercanos, enemistados por cuestión de un noviazgo? Barbadillo sigue el mismo método exegético.

El caso particular de estos cronistas que en sí es frívolo y liviano, rememora, sin embargo, una vasta y honda cuestión de psicología histórica. ¿No habéis oído hablar de la tristeza espa-

ñola ? Para los viajeros, para los artistas, para los pensadores de extrañas tierras que nos visitan ó nos estudian en libros, somos un pueblo sombrío, reconcentrado, trágico, absorto en pensamientos de ultratumba ó quemado por la llama de pasiones ardientes, que no permiten al ánimo la expansión exterior ; pueblo de celosías, de coplas en que al hablarse de amor se habla de sangre y muerte ; de celosos crueles, de sangrientos espectáculos de circo ; pueblo que aun se les aparece á esos espíritus de otras razas en hábito de familiar del Santo Oficio, con la venera simbólica á los pechos, la espada al costado, la vara en la mano.

¿ Es verdad eso ? ¿ Fuimos tristes ? ¿ Nos fué negada la alegría carnal y naturalista de las kermesses de Flandes, rebosantes de vino, de manjares, de carnes rubias de mujeres de formas opulentas ? ¿ No conocimos la alegría pulida y galante de la Corte de los Luises de Francia, Corte del madrigal, en que el niño Eros se puso peluca empolvada, lunares postizos y aprendió á hacer reverencias de minué ? ¿ Es ajena á nosotros la alegría ruidosa y campechana de los estudiantes tudescos, de los compañeros de Fausto, en la que se mezclan chistes de lansquenete y bromas de humanista, alegría de *gaudeamus*

*igitur*, de jarros de cerveza, y de muchachas de rubias trenzas, que en una hora de pasión pueden ser Margarita ?

¿ Fuimos, en efecto, tristes ? ¿ Nos negó sus sonrisas y sus carcajadas la alegría loca, más sabia en su locura que la sabiduría adusta y melancólica ? No era triste sino regocijado lo popular. Alegre el Arcipreste inmortal, nuestro castizo Anacreonte ; alegre Sancho, alegres los maliciosos escuderos de comedias, alegres los pícaros, que hablan de los azotes, de las guras, de la horca y del descuartizamiento, con chanzas y donaires, como de peligros que no deben afligir demasiadamente la vida de un hombre honrado que tiene la debilidad de aficionarse á las ajenas bolsas, ó es bastante valiente para poner precio á los chirlos.

Triste era lo distinguido : los nobles caballeros que pintó el Greco en el asombroso entierro, los Reyes de negra ropilla y egregio porte que en los retratos de Velázquez sostienen, como dice Machado

« Con desmayo galán un guante de ante  
la blanca mano de azuladas venas ».

Tristes los graves teólogos, los inquisidores severos, los médicos del honor que le remedian

con curas de sangre. La gravedad, la tristeza aristocrática vencieron á la alegría plebeya, castiza, que venía de los orígenes de la nacionalidad en la Edad Media, y así hemos llegado á ser un pueblo triste y aburrido, en que la alegría está mal vista y tiene que desahogarse á escondidas, para no escandalizar. Quizás por eso, por estar tan contenida y verse tan sospechada y tan en menosprecio, la pobre alegría ha perdido entre nosotros la vergüenza y el decoro y se muestra brutal y grosera en las fiestas populares de toros y verbenas, en que se la permite vocear y se toma ella licencia para otras muchas cosas.

Yo quisiera hacer el elogio de la alegría, trabajar por su rehabilitación y enseñar á los hombres que la tristeza es mala é insociable, que deprime el ánimo, que paraliza el esfuerzo, que segrega hiel, envidia, crueldad y misantropía. ¡ Huye, amarilla acedia ; escóndete, cólera taciturna ; sotérrate, tristeza lúgubre, que hueles á muerte ! ¡ Suena, risa alegre, risa loca, cascabel del espíritu, corre detrás de esas furias y esos estafermos y golpéalos con tu tirso hasta que se vayan lejos, muy lejos de nosotros ! Y cuando vuelvas triunfante, saltando y cantando, los hombres serán más indulgentes para la alegría y la amarán finamente y no se escandali-

zarán de que haya cronistas que elogien las blusas caladas ó vean á la propia Venus en la carne mortal, pero apetecible, de cualquier muchacha guapa.

---

## LA PAZ EN MARCHA

---

En la Vía Sacra de Roma, se alzaba antiguamente el templo de la Paz. No lo erigió ninguno de aquellos emperadores filósofos y justos, de la estirpe de los Antoninos, que decoraron la filosofía estoica con la autoridad de la púrpura, como Marco Aurelio, ó merecieron el amor del género humano como Antonino Pío. El augusto que lo hizo construir era imbécil, vicioso y cobarde; era Claudio, antítesis del estoicismo. El emperador que lo terminó era un soldado rudo, valiente, avaro, que entendía poco de filosofía y debía de despreciar á los filósofos; un astuto campesino de Sabinia, que después de haber servido muchos años en el Ejército, siendo general de las legiones de Oriente, recibió la púrpura de un movimiento pretoriano, no sin alguna vacilación y miedo de su parte. Éste era Vespasiano, tronco de los Flavios.

Aquel templo de la Paz, por un contraste de

los que abundan en la historia, recibió los despojos del Dios de Sabaoth, del Dios de las batallas, que había ayudado á David y á los Macabeos. Acaso fué allí el candelero de oro de los siete brazos que vió Roma en el triunfo de Tito, entre el botín del templo de Jerusalén, y los cautivos judíos que seguían el carro del joven César, entre ellos la hermosa Berenice, prisionera y dueña del triunfador. Pero Jehovah fué más fuerte que la Divinidad romana y el templo, que guardaba los despojos de aquel otro en que desplegó Salomón su pompa de rey oriental, ardió un día. Yo creo que desde entonces sienten los hombres un justificado escepticismo hacia la paz. Es una divinidad débil, que no puede con los númenes de la guerra.

Este escepticismo se ha prolongado al través de los tiempos, llegando hasta los días actuales. Se han reunido en Holanda, en la tierra de Grocio, el ilustre autor del tratado *De Jure belli et pacis*, Conferencias de la Paz. Hay muchos hombres escépticos que creen que de estas Asambleas diplomáticas no saldrá cosa de provecho. Hasta se ha atrevido á decir un mordaz cronista, que las Conferencias no tendrán otros resultados que la exhibición de las toaletas de las señoras de los delegados y la adquisición

por éstos de cierto número de quesos de bola, absolutamente auténticos, como comprados en el país donde se produce esta mercancía.

Sin embargo, yo me siento optimista y creo en los progresos de la paz, más que en la compra de los quesos de bola, que son un artículo grasiento y mal oliente, impropio para ser albergado en las lujosas maletas de cuero inglés de los atildados diplomáticos ó en los baúles de mimbres donde guardarán sus vaporosas *toilettes* estivales las elegantes diplomáticas.

Búrlense cuanto quieran los espíritus escépticos y zumbones de las Conferencias de la Paz. Los contemporáneos del abate de Saint-Pierre se burlaban igualmente de él cuando dió á conocer su proyecto de paz perpetua. Los poetas le ponían en coplas. Pero la paz, en medio de las burlas de los espíritus arrugados por el escepticismo y la ironía, sigue su camino. Y ese camino, digámoslo resueltamente, es inmenso. Hay una enorme revolución moral desde el estado de alma del antiguo jefe guerrero, para quien la paz era un vivir vergonzoso, impropio de hombres, y el concepto ético de los modernos jefes de Estado que envían á sus representantes á deliberar sobre la paz. Provocar la guerra por capricho, por espíritu

belicoso, ó por mero afán de conquista, parece hoy un crimen de lesa humanidad. La propaganda generosa de los filósofos, de los filántropos, de los iluminados que soñaron en suprimir la guerra, no ha sido perdida. La guerra es menos frecuente y la guerra, al par, se humaniza. Las hazañas de los *lansquenets* y los *reitres* de la guerra de los treinta años, serían un baldón de ignominia para un ejército moderno. En verdad, sigue siendo bárbara la guerra; pero los episodios de horror y de crueldad en que la fiera vuelve á su atávica naturaleza selvática son cada vez más raros. Los niegan ó los disculpan los jefes militares; á veces los castigan. Gran progreso es que ya los hombres de armas se avergüencen de lo que antes se consideraba legítimo derecho de la guerra, del saqueo, del degüello, de la violación, de los horrores de la lucha humana.

Y luego las Conferencias de la Paz van reglamentando de tal suerte la guerra, limitándola, sometiéndola á reglas jurídicas, despojándola de su naturaleza feroz y salvaje, que acaso llegará día en que la guerra no sea más que un gran simulacro, un inmenso juego de ajedrez con enjambres de piezas vivas, en que no se haga más que amenazar. Á ello conspiran tam-

bién los progresos del armamento. Las batallas se ganarán por fórmulas algebraicas. Desde el momento en que el azar quede suprimido en ellas, será inútil darlas ; puesto que se sabrá de antemano el resultado. ¿Á qué derramar sangre inútilmente y consumir en balde municiones ? Sería un crimen y un acto de locura. Los Estados Mayores y los generales en jefe, se consagrarán á preparar la ecuación de la victoria y se la participarán cortésmente al adversario. Llegará un almirante frente á una plaza fuerte y escribirá al general que la mande :

« Mi respetable general : Tengo el honor de participarle que con los diez acorazados del tipo *Plutón*, de mi mando, armados de 60 cañones sistema X, de 12 pulgadas y 180 sistema Z, de 10 pulgadas, puedo destruir en tres cuartos de hora las baterías de la plaza, armadas, según nuestro servicio de informaciones, de 40 cañones de sistema R. Como la superioridad de mis medios de acción es abrumadora y decisiva, espero que se servirá V. E. evacuar la plaza, evitando la pérdida de tiempo y vidas humanas. Firmado, Almirante N. »

Y el general, mal de su grado, verá que es exacto lo que le dice el almirante y contestará :

« Mi respetable almirante : Tengo el senti-

miento de decirle que su comunicación está ajustada extrictamente á la verdad. Á la una quedará evacuada la plaza. Firmado, General L.

Sólo cuando la evacuación ofrezca dudas se pondrán á resolverla los beligerantes á cañonazos. Acaso algún adversario más tozudo, ó de alma heroica, quiera repetir las antiguas hazañas y se obstine en pelear. Y entonces, desde lo alto de una colina, un general en jefe ó un soberano, repetirá las palabras del teutón Guillermo ante la carga de Sedán. *¡Oh, les braves gens!* É inmediatamente *les braves gens* serán aniquilados por un huracán de fuego, semejante al rayo verde de los marcianos, ideado por Wells. Estos raros ejemplos de un heroísmo, que parecerá irracional en esos tiempos futuros, pero que conservará cierto perfume de bárbara sublimidad, serán la despedida de la guerra y los últimos centelleos de la epopeya.

---

## APUNTES PARA LA HISTORIA DE UNA CIUDAD QUE NO TIENE HISTORIA

---

Después de haber leído los *Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros*, escritos por el cronista de Extremadura D. José Cascales y Muñoz, se adquiere la convicción firmísima de que Villafranca de los Barros no tiene historia, y de que allí no ha ocurrido jamás nada de particular. Creo que el acontecimiento más importante en la vida de Villafranca, desde el origen de los tiempos, es la fundación de la Tertulia literaria.

Villafranca es antiquísima, si hemos de creer al Sr. Cascales. Ya que no historia, tiene su correspondiente prehistoria. Hombres de las razas de Cromagnon y de Furfooz debieron de morar en su término; puesto que allí dejaron sus propios huesos y sus utensilios de piedra, como tarjeta de despedida á la posteridad. En la época romana, Villafranca se llamó Perceiana.

En Perceiana pasaba lo mismo que después en Villafranca : no sucedía nada. La epigrafía local se compone de inscripciones funerarias y de marcas de fábrica, digámoslo así. « Este cacharro se hizo en casa de Fulano ».

« Aquí descansa Zutano ; su tío, ó sus herederos, ó quienquiera que sea, le dedica este monumento ». El texto epigráfico más importante está escrito en una teja. Es el relato de un drama de la vida servil. Una pobre esclava, recién parida, murió á consecuencia de haberla hecho trabajar con exceso, y el dueño ordena á su mayordomo que castigue á los causantes de la fechoría, señalando como culpables á otra esclava que vivía en contubernio con un tal Trofimiano y á este mismo sujeto.

En la interpretación de esta teja se han ejercitado las plumas de muchos doctos epigrafistas, de Hübner para abajo. Puede decirse que la mitad de la historia antigua de Villafranca de los Barros está contenida en aquel incidente y en aquella teja.

Después de los romanos vinieron los godos, después los árabes; más tarde, en época moderna, los franceses. Toda la Historia de España ha pasado por Villafranca ó por las cercanías, pero sin detenerse. Villafranca no ha sido para

la Historia estación. Los franceses, por ejemplo, no hicieron más que pedir algunas raciones y enterarse de la toma de Badajoz, que les sabría bastante mal.

En Villafranca han nacido algunos personajes de cuenta, algunos antiguos presidentes y oidores de Indias, algunos militares, algunos frailes. El mismo Espronceda estuvo á punto de nacer allí; pero se apresuró demasiado, y nació en el camino.

¡ Felices los pueblos que no tienen historia!, puede decirse de Villafranca. Y no sólo por toda la suma de paz, de reposo, de tranquilidad en el olvido, que supone la falta del trompeteo de la Historia, sino porque á falta de historia tiene cultura, tiene su Tertulia literaria, tiene su Museo Arqueológico, donde se conservan las hachas de piedra de aquellos hombres de Cromagnon, los cacharros de los alfareros romanos y la consabida teja, amén de otras cosas. Allí, donde jamás ha ocurrido nada que merezca la pena, según se deduce claramente del libro del Sr. Cascales, hay una vivísima afición á la Historia, un afán grande de esclarecer lo pasado, una afición al saber qué ha hecho á Villafranca ser llamada, según el propio Sr. Cascales, su Tucídides, la Atenas de Extremadura.

Mas mi creencia de que la historia de Villafranca de los Barros, Atenas extremeña, cabe holgadamente en un papelillo de fumar, no es parte para que yo desconozca el mérito del libro del Sr. Cascales y Muñoz, ni le estime en menos de lo que merece. Todo lo contrario. Escribir unos Apuntes para la historia de un pueblo que no tiene historia es, ciertamente, empresa de mayor dificultad y empeño que si los materiales históricos fuesen abundantes. *Ex nihilo nihil...* y el Sr. Cascales ha sacado algo. Y esas mismas minucias históricas que refiere, esas migajas de un pasado monótono, tranquilo, silencioso, tienen, dentro de su insignificancia, cierto ingenuo encanto. El libro no resulta, en manera alguna, aburrido.

También hay que alabar al Sr. Cascales por el método que ha seguido. Primero expone los materiales históricos y las fuentes; luego, como deducción de ellos, narra la historia, esa sombra de historia que tiene Villafranca de los Barros, y que, sin embargo, ha dado materia para un libro.

Ahora, para terminar y en descargo de mi conciencia, debo decir que el convencimiento que yo tengo, después de haber leído el libro del Sr. Cascales, de que en Villafranca no ha pasado

jamás cosa alguna notable, es un convencimiento provisional, inspirado en ese libro. En los archivos de la Atenas de los Barros parece que hay documentos sin clasificar que no ha podido ver el Sr. Cascales; ¿quién sabe si de ellos surgirán cosas peregrinas, ignoradas, y aparecerá esa historia que hasta ahora no parece?

---

## SAGASTA

(DIÁLOGO DE LOS MUERTOS)

---

(En los Campos Elíseos, DON PRÁXEDES pasea por una pradera de asfodelos, cuando ve acercarse á una sombra. Es la sombra de UN EXGOBERNADOR fusionista, que acaba de llegar del mundo de los vivos, y que inmediatamente ha reconocido á su antiguo jefe.)

EL EXGOBERNADOR. — ¡ Querido D. Práxedes !  
Permítame usted que le abraze, si es que las sombras podemos abrazarnos. Le confieso á usted que ésta es la primera visita desinteresada que le hago. Porque aquí no se darán destinos...

DON PRÁXEDES. — No, aquí no se da nada, y eso es un gran descanso. ¡ Me han mareado tanto en el mundo, el uno queriendo ser ministro, el otro con su subsecretaría, éste con su acta, el de más allá con su destinito de 6.000 reales ! Gracias á que yo lo tomaba con filosofía.

EL EXGOBERNADOR. — ¿De modo que está usted contento?

DON PRÁXEDES (rascándose la barba). — Hombre, ¡tanto como contento...! Á aquel catedrático D. Jacinto, que no me dejaba á sol ni á sombra para que le hiciese director general de Instrucción pública, y colocase á su hijo, y ascendiera á su yerno, porque, á pesar de su modesta posición, se permitía el lujo de tener yernos, le oí contar un día algo de un poema antiguo... De la *Odisea*, sí, justo, de la *Odisea*. Aquiles, me parece que era Aquiles, decía que valía más ser gañán bajo la luz del sol, que Príncipe en la región de las sombras. Yo no he sido gañán, sino presidente del Consejo de ministros y jefe de un partido, y aquí no soy nada; conque calcule usted. Además, me había acostumbrado ya á batallar con mis correligionarios. ¡Malos ratos me han hecho pasar! Pero, con todo, aquello era más entretenido que esto. En fin, cuénteme usted algo de lo que pasa por el mundo. Hace una infinidad de tiempo que no recibo noticias. ¿Quién es ahora jefe del partido liberal?

EL EXGOBERNADOR. — Todos, y ninguno. El presidente del Consejo de ministros es jefe mientras preside, y los demás...

DON PRÁXEDES. — Los demás procurarán darle codillo... Será curioso, ¡já, já!... Lo menos habrá habido ya media docena de presidentes del Consejo de ministros...

EL EXGOBERNADOR. — Ha habido cuatro : Montero, Moret, el general López Domínguez, el marqués de la Vega de Armijo...

DON PRÁXEDES. — ¡ Hombre ! Hasta el marqués de la Vega de Armijo ! Cuénteme usted, cuénteme usted, que eso me va interesando.

EL EXGOBERNADOR. — Sí, señor : á Montero se le puso de punta la oficialidad. Un periódico catalanista de Barcelona empezó á desbarrar. Los oficiales fueron allá... Luego... ya sabe usted : la solidaridad entre las guarniciones...

DON PRÁXEDES. — No me hable usted. Bien me acuerdo de la cuestión de los tenientes. Pero, eso, ¿ le ha pasado á Montero ó á López Domínguez ?

EL EXGOBERNADOR. — Á Montero. López Domínguez ha resultado popularísimo á última hora. Cuando se fué hubo manifestaciones en las calles y le vitorearon en las Cortes.

DON PRÁXEDES. — ¿ Porque se iba ?

EL EXGOBERNADOR. — No ; para fastidiar á Moret, que le había sucedido : cosa de un par de días, porque aquéllo fué ni visto ni oído.

DON PRÁXEDES. — ¿ De modo que tampoco el pobre Moret ha resultado ? Yo tenía puestas en él mis esperanzas, aunque he de confesar que eran bastante cortas.

EL EXGOBERNADOR. — La primera vez no estuvo mal. Fué sorteando las dificultades. Arregló lo de los oficiales con una ley que llaman de jurisdicciones. En las Cortes la defendió bien, diciendo que la realidad le había obligado á tomar una curva. Crea usted que bien nos acordamos de usted, al oir lo de la curva. Aquéllo era de la buena escuela. Pero en seguida lo echó á perder : quiso disolver las Cortes, reformar la Constitución, y ahora últimamente escribió una carta al Rey, para formar un Ministerio que duró tres ó cuatro días.

DON PRÁXEDES. — ¡ Siempre dije yo que le perdía la fantasía á este hombre ! ¡ Sabe demasiadas cosas y tiene demasiada imaginación ! Y, créame usted : para gobernar, todo eso es un estorbo. Apostaría cualquier cosa á que Moret se ha inspirado en cualquier precedente inglés.

EL EXGOBERNADOR. — ¡ Ya lo creo ! En una carta de Gladstone.

DON PRÁXEDES. — ¿ No lo dije ? Inglaterra es funesta para Moret. ¡ Señor, si los españoles no somos ingleses !

EL EXGOBERNADOR. — Hasta nos son antipáticos, querido D. Práxedes. Al menos yo, á los míos les aborrecía cordialmente. Sólo me he alegrado de venir por acá, pensando en el disgusto que les he dado: ¡que se fastidien !

DON PRÁXEDES. — Si los muertos pudiésemos tener vanidad, lo que me ha contado usted me inspiraría un orgullo póstumo. Casi voy creyendo que merecí la estatua que me levantaron en Logroño mis paisanos. Muchos años goberné á esa gente: con mis cuentos y mis catarros; con mi gramática parda y mis discursos á la pata la llana; rascándome la barba unas veces y metiéndome en la cama otras, hice partido, mantuve unida á esa tropa, llevé á cabo las reformas democráticas y salvé momentos tan difíciles como el de la guerra. ¡ Nada, que merezco la estatua !

EL EXGOBERNADOR. — Ya lo creo. Después de lo que hemos visto, nosotros le hubiéramos levantado á usted otra de muy buena gana. Porque esto no era vivir.

---

## EL OCASO DEL MATRIMONIO

---

No os alarméis, solteras ; no os regocijéis, mal casados ; ese ocaso está todavía lejos : empieza á vislumbrarse del lado de allá del Pirineo. Monsieur Paul Hervieu, que además de autor dramático es senador, anda estos días ocupado en derogar la Epístola de San Pablo. Quiero decir que el Sr. Hervieu, como miembro de la Comisión del Senado francés que entiende en la reforma del Código civil, está procurando transformar el matrimonio. Notemos de paso que los franceses, lo primero que han hecho después de celebrar el centenario del Código Napoleón, ha sido ponerse á reformarlo.

Hasta ahora, el matrimonio civil ha sido copia del canónico : un matrimonio canónico sin cura, celebrado ante el alcalde ó el juez municipal. Decían los teólogos que el diablo era la mona de Dios. Podría decirse que el matrimonio civil ha sido la mona del matrimonio canónico. Igual

concepto de la indisolubilidad del vínculo y de las obligaciones de los esposos, impedimentos semejantes. El divorcio ha empezado á marcar la diferencia, y la proyectada reforma del Código civil en Francia la hará mucho mayor.

Los periódicos se han fijado principalmente en una proposición de Mr. Hervieu, que se presta á todo género de discreteos literarios, y parece á primera vista muy romántica ; proposición de poeta ó de enamorado. Hervieu quiere que se incluya el amor entre las obligaciones mutuas de los esposos. Esto, que parece idealista y absurdo, porque el amor no se impone, es quizás lo más positivo y lo más conservador de la reforma. Tras esa palabra poética : *amor*, está tal vez este término austero y honesto de los cánones, pudorosa cortina de las intimidades matrimoniales : débito conyugal. La ley civil viene á hacer obligatoria, como la canónica, la prestación del débito ; llega á la puerta de las alcobas á recordar sus deberes á los maridos volanderos ú holgazanes y á las mujeres melindrosas. Y esa poética palabra amor, prepara también una nueva causa de divorcio, por omisión de lo debido.

Pero las mayores novedades promovidas por M. Hervieu están en la reforma de los artículos

213 y 214 del Código francés. El primero dice : « El marido debe protección á su mujer, y la mujer obediencia á su marido ». Ahora la obediencia de la mujer desaparece, y en su lugar se estampa esta sentencia del feminismo triunfante : « Los esposos tienen los mismos derechos. » Sigamos. El artículo 214 dice : « La mujer está obligada á habitar con su marido, y á seguirle donde él juzgue oportuno residir. » Con la reforma dirá : « Los esposos vivirán juntos. » El domicilio se fijará de común acuerdo. Y en caso de discordia es de suponer que cada uno tire por su lado.

Aquí es donde el viejo matrimonio romano y la Epístola de San Pablo, que os manda, lectoras, ser sumisas y obedientes á vuestros maridos, no salir de casa sin su licencia y otras cosas que no cumplís, se ven arrollados por la corriente reformista. La potestad marital desaparece. Los cónyuges serán iguales ante la ley. No podrá hablarse ya de que la mujer lleva los pantalones, porque en el matrimonio no habrá pantalones, no habrá sino la asociación de dos iguales. Pero, ¿ habrá maridos ? Esa es la cuestión ; por eso he escrito : *El ocaso del matrimonio*.

---

## LAS BOMBAS

---

Las bombas marcan una época en la historia de Barcelona. Una época cuyas características son la alarma, la tensión nerviosa ante el misterio de esos crímenes, que les daba un aspecto de fatalidad, de venganza invisible. Se comprende el estado de malestar y de inquietud de una ciudad ante ese crimen crónico, envuelto en irritante anónimo, que escapa á todas las pesquisas, que se eclipsa unos meses ó unas semanas y luego vuelve á aparecer, como si el hombre invisible de Wells se gozara en sembrar la muerte y el terror, ó las bombas nacieran espontáneamente en la calle cual una planta venenosa.

Las bombas se han atribuido á todo y á todos : á los anarquistas, á los confidentes, á rivalidades mercantiles de Génova ó Marsella, á la enemiga del centralismo á Barcelona, á la enemiga del catalanismo al centralismo, hasta á los jesuí-

tas. Se han apurado todas las hipótesis, incluso las más descabelladas y absurdas. El misterio se ha resistido á todas. Ha seguido impenetrable su obra sanguinaria é inhumana. Se han ensayado todos los medios, leyes excepcionales, suplicios, Montjuich, las calas de los buques de guerra, tolerancia con los elementos afines al anarquismo, oro abundante para pagar espías y confidentes, policías particulares, *detectives* extranjeros. Y el misterio ha seguido, siniestro é irónico, dando de tiempo en tiempo su brutal aldabonazo.

El terror que inspiran estos atentados anarquistas trae á la memoria un caso histórico lejano, en que acaso pueda haber alguna enseñanza aprovechable. Es el caso de la brujería. El sentimiento que experimenta un honrado burgués de Barcelona respecto de los dinamiteros, que es el mismo sentimiento de infinitas gentes hacia el anarquismo, es muy semejante al que los brujos y hechiceros inspiraban á la gente honrada y de buenas costumbres de los pasados siglos.

Había entonces el terror á lo invisible, al sortilegio, al hechizo que podía matar lentamente, hacer arder las mieses ó la casa, destruir el ganado, hacer languidecer y morir á los niños,

enloquecer á los adultos, y hasta helar el amor en la noche de las nupcias, anudando *l'aiguillette*. Era el miedo al misterio que acechaba en los rincones sombríos, en la noche, en la soledad, en los momentos de indefensión y de abandono. Como ahora acecha también el misterio criminal de la bomba en la calle, en un teatro, en el paseo, doquiera corre descuidada y alegre la vida. El efecto de ambos terrores es el mismo. Se aplaudía entonces el suplicio de los hechiceros, la tortura, la hoguera ; se anhela ahora el exterminio de los anarquistas, la caza de esos seres perversos, como fieras. Todavía podrían apurarse más las semejanzas. El horror á las abominaciones del Sábado, en que sobrevivía la memoria de antiguos ritos orgíacos, ¿no ofrece algún punto de semejanza con la repulsión que la doctrina y práctica del amor libre por los anarquistas, tiene que inspirar á las personas que viven dentro de la moral constituída y vienen habituadas de padres á hijos, á respetarla?

Durante siglos, la hechicería aterroriza á las gentes. La Inquisición encausa y quema á los brujos, pero siguen los sortilegios, sigue el Sábado.

El brujo está convencido de la realidad de su

trato con el Maldito ; el que persigue la brujería también. Algunas voces aisladas, como la de Wier, la de Edelino, la de Grillando, hablan de locura, de histerismo, de demonopatía, pero nadie las hace caso. Es preciso que venga el vientecillo helado del espíritu crítico, que se miren con ojos burlones aquellas prácticas tenebrosas, para que la hechicería sucumba y quede relegada á un vestigio arcaico en las soledades de aldeas ignoradas. ¿Quién se atreve á salir por la chimenea montado en una escoba, desde que se ha demostrado que eso es una enfermedad, una credulidad ridícula, una alucinación supersticiosa, en vez de ser un trágico y terrible pacto con los poderes infernales ? El descrédito del diablo dejó desierto el Sábado. No habían podido con él el tormento ni la hoguera y pudo una carcajada.

Pero se dirá : las bombas no son una ficción como la brujería. El temor que inspiran no es un temor supersticioso, es el temor de un mal positivo y tangible. Sin embargo, la atmósfera social es la misma. El terror que inspiraba era el mayor cómplice del brujo ; el miedo es el más eficaz colaborador del anarquista. Una bomba hiere ó mata á unas cuantas personas, pero estalla en cien mil imaginaciones y crea

esa aura sangrienta de terror y de odio, que necesitan los fanatismos para dar sus flores venenosas y salvajes. Hay una extraña voluptuosidad del mal, de inspirar terror, de sentirse odiado, que llena de amargo deleite las almas hoscas y rebeldes y las da hasta la fuerza del martirio. Así era el brujo, así es el anarquista.

La serenidad es el mejor remedio contra los fanatismos. Necesitan éstos de una atmósfera cálida y espesa, mueren en atmósferas frías y transparentes en que hable la razón. ¿Para qué prepara sus bombas el anarquismo? ¿Para matar á una, á diez, ó á cien personas? No. Tras estas desgracias individuales, tras estos duelos sembrados por un fanatismo feroz, la sociedad continúa lo mismo. Lo que el anarquista quiere es enloquecer á la sociedad, llenarla de inquietud y de fiebre y alzarse él, aunque sea sobre un cadalso, en la postura del vengador, del rebelde irreductible. La bomba tiene ante todo un efecto moral. La mano criminal que la coloca cuenta con que las gentes no han de pensar que cualquier epidemia produce más víctimas; que el movimiento de automóviles, de tranvías, de trenes, en una ciudad populosa y en un país industrial y activo anualmente produce un martirologio más numeroso. Cuenta con el

efecto dramático de la explosión, con lo teatral de estos atentados. El anarquista es un trágico del crimen, que necesita estremecer al público y que sin el terror del público no podría existir.

Todo lo que se ha hecho contra el anarquismo, leyes especiales, medidas contra la propaganda, tentativas de inteligencia internacional, es lógico, porque está dentro de la psicología de las multitudes, de la cual son casi siempre órgano los gobernantes. Mas ha sido ineficaz. Quizás no lo fuera un estado de serenidad social semejante á aquella hora de crítica y de escepticismo en que murió la hechicera. Los pueblos del Mediodía, Italia, España, son los predilectos del anarquismo, porque tienen más imaginación. Los pueblos fríos y prácticos como Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania se defienden mejor de esta plaga. Deseemos una disposición de espíritu anglo-sajona ante el fanatismo anarquista... y ante todos los fanatismos.

---

## VIDA Y AVENTURAS DE UN LIBRO DE TEXTO

---

Estaba orondo y satisfecho, con su flamante encuadernación en pasta que tenía en el lomo un tejuelo rojo y otro azul. Tras el período de inconsciencia de sus orígenes, el libro aquel empezaba á darse cuenta de su *yo*. Había en él una parte del alma de las cosas, en que la conciencia de su personalidad se proyectaba con cierta exageración, como les suele ocurrir á los seres humanos en la aurora de la vida. Se hallaba en ese período de calma y espera de la juventud en que se aguardan grandes y desconocidos destinos, que casi nunca llegan. El libro consabido creía sinceramente que iba á ser algo en el mundo. Tenía fe en su ciencia, en el saber que se figuraba encerrar. Esta fe era para él el equivalente á la creencia en el alma. Era en suma, un libro bien pensante y optimis-

ta, lo cual no te extrañará, lector, si te digo que era un libro de texto.

Su primer contacto con la realidad fué desagradable. Entró en la librería un señor canoso, un poco raído de ropa. Era acaso un empleado modesto, un buen padre de familia, de los muchos que se desviven por dar carrera á sus hijos pensando asegurarles lo más incierto, flotante y sujeto al azar que hay en el mundo : lo por venir, que en el terreno práctico se convierte en *un porvenir*.

— ¿Tiene usted el tratado de Derecho privado de X?

— Sí, señor.

Pasó el libro del estante al mostrador. El señor canoso preguntó el precio.

— Veintidós pesetas.

— ¿Veintidós pesetas? Es carísimo. ¡Estos libros de texto cuestan un sentido! Y luego ¿cómo es posible que los chicos se metan en la cabeza un mamotreto semejante? Debería ponerse una tasa á los libros de texto. Crea usted que los que tenemos hijos estamos á matar con estas cosas. ¡Mucha sabiduría, que luego no sirve para nada, y muchas pesetas de gasto!

El librero no hizo objeción alguna. Se limitó

á cobrar las veintidós pesetas. Pero el libro se sintió herido en su amor propio. Esperaba ser acogido con veneración y alegría, como heraldo de la ciencia, y en lugar de eso le echaban en cara que costaba veintidós pesetas, que era demasiado grande y que sería demasiado trabajoso de estudiar. Aquellas palabras, que le parecieron ultrajantes y beocias, fueron su primer desengaño.

Esperaba, sin embargo, que su futuro poseedor, el estudiante á quien iba á iniciar en las fórmulas del Derecho civil, le recibiría con más agrado y respeto. El alma virgen de la juventud, abierta á todas las cosas grandes y elevadas, no podía menos de acoger como una revelación augusta, las enseñanzas del saber.

Su joven dueño pareció recibirle con alborozo. Acaso comprendía el valor del sacrificio paterno, que representaba aquel libro caro. Quizás su alma nueva sentía un llamamiento de la curiosidad hacia aquel Reino ignorado de la Ciencia, donde debían de florecer cosas serenas y exquisitas, regalo del espíritu y al final de cuyos caminos había también cosas prácticas, prosaicas, pero apetecibles : la carrera, el puesto oficial, el bufete, la vida encarrilada y segura. El hecho es que el joven hojeó el libro, miró el

índice, leyó algunos párrafos del texto y luego lo cerró distraídamente.

Entonces empezó para el libro protagonista de esta breve historia, una existencia accidentada y extraña, una vida de sorpresas y descubrimientos. Vivía con su dueño en una intimidad aparente; eran inseparables en las horas de Universidad y en las correrías estudiantiles que precedían y seguían á las horas del aula, pero conversaban poco. El estudiante estudiaba lo menos posible. Por eso llevaba siempre consigo al libro como socorro de su pereza, para poder echarle una ojeada en los duros y honrados bancos de los claustros.

Así adquirió el libro cierta experiencia mundana. Conoció una porción de lugares que, al principio le parecieron raros y hasta depresivos para su austeridad de texto científico. Aguardó pacientemente en bancos de billar, á que terminasen partidas de carambolas; oyó tendido en los divanes de los cafés pláticas de amores, disputas políticas y chistes de almanaque ó de pieza del género chico que aquellos jóvenes estudiantes, compañeros de su amo, inventaban y decían gratis, á diferencia de los autores que cobran por ello gruesos trimestres. Y alguna vez, no sin sonrojo, estuvo en comedores de

hospitalarias casas donde tres ó cuatro mozuelas desenvueltas y pintadas, cantaban coplas flamencas y bromeaban con los estudiantes. Una de ellas, morena, ojerosa, pintados los labios y las mejillas, le cogió un día, sin que el libro osara protestar de aquella libertad.

— ¡Valiente lata! — dijo después de haber medio deletreado un párrafo. — ¿Todo esto tenéis que metéroslo en la cabeza? Oye, chico ¿sabes lo que debías hacer? *pulir* este librote y llevarme á la Bombilla.

Conoció también el desventurado libro el Argel de una casa de préstamos, donde dieron por él ocho pesetas. Creía él, y lo decía con seguridad doctoral en sus páginas, que estaba abolida la prisión por deudas. Mas entonces se convenció de lo contrario y empezó á dudar de sí mismo y de su ciencia.

Fué rescatado; los días se sucedieron iguales unos á otros, hasta que llegó el florido Mayo. Entonces su dueño (el del libro, no el de Mayo que es la Reina Primavera), pareció cobrarle de súbito el cariño que antes no le había mostrado. Sobre él se pasaba las tardes y las noches, leyéndole atento, repitiendo de memoria las lecciones, pasando y repasando párrafos.

Una mañana de Junio salieron ambos, libro y

estudiante, camino de la Universidad. El libro se quedó á la puerta del aula, en manos de un compañero, mientras el escolar, entraba un poco azorado, á examinarse. Salió con cara risueña de esperanza, y á poco, el bedel, empezó á repartir las notas :

— Don Fulano de Tal, *Bueno*.

El libro se sintió orgulloso. Aquella era su obra. Se creía acreedor á la gratitud de su poseedor y fué grande su desengaño cuando observó que desde aquel día, no volvió á mirarle el mancebo. Pero le esperaba un desengaño todavía mayor. Una tarde, el estudiante le cogió, lo envolvió en un papel y lo vendió á un librero de viejo en cuarenta reales.

Pasó el libro por diferentes manos y en todas fué parecida su existencia, hasta que una vez observó con tristeza que llegaba el otoño y no se acercaba nadie á rescatarle del poder del librero. El catedrático, autor del tratado, había muerto. El libro no era ya de texto. Había sufrido, sin enterarse más que de los efectos, una *capitis diminutio* máxima. No era ya nadie. Pasó muchos meses, arrinconado y polvoriento en un estante y por último fué llevado á las ferias, donde oyó, con la melancolía de los que han venido á menos, que pedían por él dos pesetas.

Tenía de compañero en el tenderete, á un viejo libro de psicología, que también había sido libro de texto, en más lejanos años. Platicaban á veces, en su mudo lenguaje, inasequible á los toscos oídos humanos, de las vanidades del mundo y las mudanzas de la fortuna, y el libro filósofo, que era algo machacón, solía acabar la plática diciendo :

— Nosotros, los libros de texto, somos como los hijos de lacayos á quienes azotaban los preceptores en los antiguos palacios, cuando eran malos los principitos, para que con los azotes dados en las plebeyas carnes, escarmentasen sus altezas. Se nos azota con el vituperio, por los pecados de una enseñanza desquiciada. Nacemos de una oposición verbalista y ridícula, de un magisterio mal pagado. Se nos tacha de pedantescos y somos frutos de un sistema basado en la pedantería. Se nos acusa de caros y se olvida que hasta entre los sabios es axiomático aquello de *primum est vivere deinde philosophari*. Nuestros autores tenían que vivir y por eso han filosofado en nosotros de esta forma. Así anda el mundo.

Y el libro filósofo callaba, luego de expresar estos pensamientos. Y el libro jurista sentía que tenía razón su compañero de infortunio.

## HABLANDO DE FRANCIA

---

(PERSONAJES : DON LUIS, *tradicionalista platónico*, y  
DON ENRIQUE, *indiferente en política*).

DON LUIS. — ¡ Cuando digo yo que los franceses tienen sangre de horchata ! ¿ Ha visto usted ? El Gobierno cede un poco en la nueva ley de reuniones, mediante la cual ya no habrá necesidad de avisar al alcalde ó al prefecto que se va á decir misa, como si se tratara de celebrar un *meeting*. Los obispos ceden otro poco en su declaración, y se contentan con que los párrocos, al contratar con los alcaldes el disfrute de los templos, que son de la Iglesia y de los católicos, y no de la República atea, aludan de pasada á la autoridad episcopal. Ya los tiene usted á unos y á otros, si no amigos, al menos dispuestos á seguir viviendo como vecinos que no se tratan más que lo preciso, pero que se guardan ciertas consideraciones aparentes. Y mientras tanto se acabará de descristianizar á Francia.

DON ENRIQUE. — ¿Y qué quería usted que hiciesen? ¿Hubiera sido mejor para la Iglesia una actitud de resistencia absoluta, de excitación á la guerra civil? Están ya muy lejanos los días de la Vendée. El francés es práctico, y no quiere desórdenes que perturben el trabajo y amengüen la prosperidad de su país.

DON LUIS. — Sí; están muy lejanos aquellos días heroicos y hermosos de la fe vendeana. Nos han cambiado á Francia, ¿Dónde están los herederos de La Rochejaquelein, de Charette, de Cathelineau, de tantos otros héroes, nobles y plebeyos? Y en el mismo campo de la República radical, ¿qué rebajamiento! Exécro á las figuras de la Revolución; pero veo en ellas una siniestra grandeza, que en vano se buscaría hoy en los politiquillos que manejan á la República. Los héroes del *Noventa y tres*, de Víctor Hugo, y del 93 auténtico, que permitió Dios que se escribiera en la Historia, eran alguien. Se les podía aborrecer, sin perjuicio de mezclar con el odio un grano de admiración por su férrea entereza y hasta por su crueldad inhumana.

DON ENRIQUE. — Ha pasado más de un siglo, y los franceses han aprovechado las lecciones del tiempo. Todo eso está bien para inspirar libros históricos á Taine y dramas á Sardou.

Pero convenga usted conmigo en que la guillotina es una cosa de muy mal gusto, y los *chuanes* parecen comparsas de una vieja ópera pasada de moda. En un país en que hay muchos ferrocarriles, muchas fábricas, muchos telégrafos; en que los soldados tienen fusiles Lebel y la Artillería cañones de tiro rápido; en que se gana y se gasta muchísimo dinero, y en que un naturalismo pagano, todo lo corruptor que usted quiera, pero adornado con las seducciones del arte y con los atractivos del bienestar, hace amar intensamente los placeres de la vida y la vida misma, el degollar á las gentes por motivos políticos, ó el andar á tiros por los campos, como en tiempo de los blancos y los azules, son cosas absolutamente *demodées* é imposibles.

DON LUIS. — ¿Imposibles? ¿Y la *Commune*? Francia era entonces también rica y corrompida. Ahora mismo, ¿no piensan los socialistas en la revolución, en la expropiación del régimen capitalista? ¿Usted cree que esto se haría suavemente? No; los partidos avanzados no han perdido su acometividad; y eso, que no la necesitan, puesto que el régimen les da todos los medios apetecibles para destruir el edificio social. Han acabado con la Iglesia, con la Iglesia oficial, quiero decir, porque con la otra no pue-

den. Está escrito que el infierno no prevalecerá contra la mística piedra. Van acabando con el Ejército, al que el servicio obligatorio ha llevado esos soldados que se burlan de la bandera y se niegan á saludar á los oficiales en la calle, á la hora misma en que se suprimen los Consejos de guerra. El día menos pensado veremos, ó verán en Francia, una huelga de soldados en un regimiento. Ya ha habido conatos. Las dos fuerzas que defendían el edificio social, el báculo y la espada, están destruídas. Los socialistas no necesitan siquiera apelar á la huelga general, á esa revolución por abstención, de que hablan sus corifeos, para implantar su sociedad nueva, hasta que surja en el horizonte un nuevo Corso con entrañas de César.

DON ENRIQUE. — ¿Y que han hecho en Francia las clases superiores para impedirlo? En vez de influir con un sentido seriamente conservador en la política y en la vida oficial, aceptando la democracia y procurando dirigirla, reconociendo que la República era un hecho irrevocable, han soñado con la aventura del sable, la más revolucionaria y la más corruptora. Al menos, cuando prepararon la carroza que debía conducir al Conde de Chambord al regio Versalles de sus abuelos, tenían tras sí el gran prestigio de

la legitimidad y la aureola de dignidad Real de aquel cumplido caballero que no supo ser Enrique V. El que entonces no pudiera resucitar la bandera de las lises, debió ser para ellos una gran lección. Los mismos soldados monárquicos, que tenían aún delante de los ojos el espectro sangriento de la *Commune*, y estaban, por tanto, en el instante más propicio para volver la vista á la pasado, no quisieron abandonar la bandera tricolor. La bandera tricolor era el régimen moderno, era la democracia. Después no ha habido más que aventuras ridículas, Césares de zarzuela. El caballo negro de Boulanger, con su jinete : un cadete que se mata por una mujer en un cementerio de Bruselas ; Deroulede, cogiendo de la brida al caballo del general Rouget, al volver de una revista de Longchamp para llevarle al Elíseo : todo lo bufo del nacionalismo, que ha hecho más por la Revolución y por la República radical que los corifeos de las logias.

DON LUIS. — Es verdad que Dios no ha dado á Francia hombres capaces de ser caudillos de la buena causa. Pero el gran pecado de las que debieran ser clases directoras francesas no ha sido luchar con mayor ó menor fortuna contra la República radical : ha sido la frivolidad y la

corrupción. Han imitado en parte á la aristocracia volteriana y pervertida del siglo XVIII, que bailaba, reía y amaba sobre el volcán de la Revolución. La de ahora dirige sus *autos*, organiza sus fiestas y pasea sus bellas hetairas á la orilla del encrespado mar del socialismo, que poco á poco va socavando la costa. Aquéllo fué el estallar de un cráter : ésto será una inundación de la plebe, irritada y ansiosa de goces. Y ni siquiera se habrán defendido los que debían hacerlo. En España, á pesar de estar tan caídos como estamos, habría habido lucha. No habría podido ser Picquart ministro de la Guerra, sin que el Ejército se levantara en masa, ni habrían podido desalojarse los Seminarios y los palacios episcopales, sin que los campos se llenasen de partidas, de cruzados de la fe.

DON ENRIQUE. — Se hubiese añadido á los otros males el de la guerra civil, del cual tenemos nosotros tan larga, repetida y dolorosa experiencia. En Francia, hay, al cabo, un sentimiento de cordura que contiene á todos, blancos y rojos, monárquicos y socialistas, católicos y masones; un convenio tácito para que Francia siga siendo todo el tiempo posible una gran potencia, para que su prosperidad interior no sea arrastrada por un huracán de pasiones,

para que la vida siga su curso, regalada y fácil. Esto será cobarde, utilitario, pero es práctico; por eso los radicales se sienten hombres de gobierno cuando llegan al Poder, y Clemenceau gobierna á veces como Constans.

DON LUIS. — Pero mientras tanto se van socavando todos los cimientos sociales, y la conquista pacífica de la Revolución avanza día por día. Esos radicales que gobiernan no hacen más que presidir con orden, con mucho orden, á la demolición del Estado.

DON ENRIQUE. — Al cabo, sin caer en un estrecho fatalismo histórico, hay que ver una profunda lógica en esos hechos. El gran problema del Estado moderno es el sufragio universal, el Poder en manos de todos, sin distinción de calidades ni clases; el triunfo de los más, que es el de los menos aptos para las grandes construcciones sociales, y el de los que menos disfrutaban de las ventajas de la sociedad. Si grandes fuerzas morales no le encauzan, tarde ó temprano llega á ser el sufragio de todos un tremendo instrumento revolucionario, que tras la conquista del Poder pretenderá la de la riqueza, y que con su acción ciega y niveladora destruirá el progreso, la prosperidad económica, todo lo que diferencia y distingue, hasta que en el eterno

flujo y reflujo de las cosas humanas surjan nuevas oligarquías ó nuevos dictadores, que saquen del caos igualitario el plan de la futuras Repúblicas.

---

## LOS AMARILLOS

---

(La escena en San Sebastián, en los días de la visita de la escuadrilla japonesa.)

— Usted ¿cree en el peligro amarillo?

— Yo, no, señor. Desde que he visto de cerca á los japoneses que acaban de visitarnos, no creo en ninguno de los peligros de colores con que algunos cronistas franceses, aficionados á corretear por la historia de lo futuro, han querido amargarnos la existencia.

— ¿No le han parecido á usted el *Chitose* y el *Tsukuba* naves formidables? ¿No han sabido ser esos nipones, ingleses en el mar, alemanes en los campos de batalla manchurianos? ¡Y luego, tan correctos, tan corteses, tan bien educados! *Mascarilla*, el cronista de salones, ha dicho que á las muchachas les parecieron hasta guapos, ¿quiere usted más peligros?

— Por eso mismo no hay tal peligro amarillo.

Desde el momento que se han civilizado tanto como nosotros, los japoneses han dejado de ser un peligro. No son ya la ola bárbara que amenaza caer sobre la civilización europea, como las hordas de Atila, ó los innumerables jinetes tártaros de Gengiskan. El peligro amarillo es una de tantas fantasías imaginativas que salen á pasearse por el mundo, disfrazadas de profecías históricas ó sociológicas. Todos las quitamos el sombrero y hasta las tomamos por cosas serias, porque son fáciles, porque son comprensibles, porque tienen la sencillez de la invención y la falsedad. Una invasión de asiáticos que avasallase á Europa es una quimera propia para una novela á lo Wells.

— Quimera será, pero ¿no destruyó la invasión de los bárbaros el poderoso imperio romano? ¿No vieron después los siglos medios la invasión del Islam?

— Hoy, los bárbaros, para invadir algo tienen que civilizarse, y una vez civilizados, dejan de ser bárbaros y de ser peligro. Un pueblo no puede asimilarse solamente un aspecto de la civilización y menos un aspecto tan limitado, tan dependiente de otras cosas, como los progresos militares. Con comprar fusiles de repetición y acorazados, los bárbaros son poco más

fuertes que con el armamento fantástico de los guerreros de abanico. Les ocurriría lo que les pasó á los chinos en la guerra con el Japón. La civilización es demasiado complicada y armónica para que una sola de sus partes pueda marchar, si las demás no la asisten. Las antiguas invasiones están desfiguradas por los malos manuales de historia. La invasión de los bárbaros no es un acontecimiento, es un período histórico, una infiltración que dura siglos, una serie de largos movimientos emigratorios. El imperio se deshizo solo, como el gigante de los sueños de Daniel, antes de que ellos le destruyeran. Lo que hicieron los bárbaros fué aprovechar sus pedazos como los beduinos han aprovechado para toscas construcciones las piedras de los monumentos de Egipto.

— ¿Y la competencia económica? El asiático, sobrio, minucioso, infatigable, vencerá á las industrias europeas por la baratura de la mano de obra y la disciplina de estos trabajadores, que no conocen el socialismo occidental. Entonces seremos conquistados económicamente, y por una vuelta de la historia nos convertiremos en colonias de esas nuevas civilizaciones.

— Es posible que la civilización viaje ó emigre; pero la perspectiva es tan remota é inevi-

table que no merece la pena de devanarse los sesos con ella. Por otra parte, las virtudes del obrero asiático irán desapareciendo á medida que se civilice. Dejará de ser sobrio y barato, organizará huelgas, se hará socialista. El socialismo es una consecuencia de la gran industria y del sufragio universal. La gran industria, acumulando masas de obreros, les ha hecho fuertes. El sufragio universal, al darles un instrumento de soberanía, les ha dado un instrumento para la conquista de la riqueza. Un soberano hambriento es un contrasentido. Á medida que los amarillos se civilicen más, las condiciones económicas de su producción se irán asimilando á las de las viejas naciones de Occidente.

— Quedará siempre el problema de la raza. ¿No será un dolor y una *decheance* humana que el tipo noble por excelencia, el tipo ario, se desfigure por la mezcla con razas feas y simiescas, á consecuencia de la igualdad y el trato entre los hombres de diferentes colores? Para la humanidad sería un desastre que sus más bellos ejemplares, los que inspiraron el canon de la belleza en las obras inmortales de Grecia, cayesen en una situación de dependencia ó de inferioridad, llegasen á formar pueblos de segundo orden, menos influyentes y menos pode-

rosos en el mundo que la estirpe mongólica.

— La civilización no tiene color. Los japoneses al civilizarse vienen á recordarnos una vieja lección histórica. Cuando los blancos eran medio salvajes, civilizaciones de color extendían su poder por el Asia y el África. Los egipcios, maestros de los griegos, eran de tez oscura. La bella Nitocris, la reina egipcia de mejillas sonrosadas debió de ser de un moreno escandaloso. Amarillentos eran los turanios de Assur y Caldea. Semíramis ó Samuramit fué sin duda de color de aceituna. Y luego, ¿quién sabe si los cruzamientos de razas preparan tipos humanos superiores, que junten la flexibilidad asiática á la regularidad de facciones y al hermoso color europeo?

— Entonces, estamos en el mejor de los mundos posibles...

— Puede que sí, puede que no; pero lo más práctico es figurarnos que sí. La ilusión es lo más generoso, lo más pródigo. No nos cuesta nada y nos da mucho. Nos da serenidad para andar por el mundo con la cabeza erguida, detrás de un velado fantasma, atractivo y misterioso que unas veces llamamos progreso y otras felicidad.

---

## LA PRINCESA ERRANTE

---

(En un Casino. Personajes, DON ENRIQUE, DON CARLOS.)

El Don quiere decir que son personas de alguna edad, apegadas á la etiqueta familiar antigua, en que se hacía uso de ese tratamiento.

Don Enrique está hojeando *The Graphic*. Tiene abierta la ilustración inglesa por una página en que aparece el retrato de una pareja que se mira amorosamente.

DON CARLOS. — (Inclinándose á mirar el grabado). ¿Quién es esa amartelada pareja? Serán algunos recién casados.

DON ENRIQUE. — Acabaditos de salir de la Alcaldía, porque se han casado por lo civil. Son la condesa de Montignoso, exprincesa de Sajonia y otra porción de ex, y su nuevo marido el músico Enrique Tosselli.

DON CARLOS. — ¡Un matrimonio célebre!

DON ENRIQUE. — De una celebridad escan-

dalosa. Estos príncipes que se echan á correr aventuras por el mundo me producen el mismo efecto que los curas que ahorcan los hábitos. Me parecen desertores ó tránsfugas de algo grande, augusto, luminoso, que debe ligarnos de por vida, aunque lleguemos á adquirir la convicción de que es un error.

DON CARLOS. — No se ponga usted solemne. Al cabo, la princesa y todos los demás príncipes y archiduques que se han casado más ó menos morganáticamente con actrices ó señoritas de la burguesía, no han hecho más que llevar á la práctica un cuento de hadas, que, por la prosa de los tiempos, resulta despojado de su bella idealidad de ensueño. Son la princesa que se casa con Gerineldos, el paje, ó el príncipe que lleva al altar á Piel de Asno ó á la puerca Cenicienta.

DON ENRIQUE. — Todo eso es muy bonito en los cuentos de Perrault ó de Grimm. Pero usted lo acaba de confesar, vivimos en tiempos prosaicos y positivos. Esas escapatorias al Reino de la fantasía, dejan un rastro de escándalo y de ridículo. Á mí me producen la impresión melancólica que deja el ocaso, el morir de las cosas que fueron grandes y augustas. Esos príncipes que se escapan de las cortes y quieren

vivir las pasiones y las aventuras de los hombres que no nacieron junto á un trono, no creen en la Monarquía, han perdido la convicción íntima de su majestad y su prestigio. Son agentes y testigos de mayor excepción del desmoronamiento de las grandes instituciones históricas. ¿Cómo ha de creer el pueblo, si ellos no creen?

DON CARLOS. — También los príncipes tienen su corazoncito. Y luego ¿no hemos querido modernizar la monarquía, despojarla de su origen divino, sustituir á la gracia de Dios el sentimiento popular? Pues desde el momento en que los príncipes son hombres modernos, han de sentir como los demás. Les aburre la realeza, se cansan de su dorada jaula y un día echan á volar con un compañero ó una compañera de su agrado. Acaso presenciemos algún día una huelga de príncipes. Tal vez el fin de las monarquías venga porque no se encuentre quien se resigne á ser rey.

DON ENRIQUE. — Siempre sobrarán pretendientes. ¿Le parecen á usted pocos los privilegios de la realeza? Dejemos á un lado lo material, la opulencia, y el boato de las cortes. Verse en la cima de la sociedad, sentirse la encarnación de un pueblo, la expresión temporal de su

historia, el representante de su personalidad, el agente de sus destinos, es una satisfacción personal que debe llenar el alma y no dejar en ella espacio para las pasiones del común de los hombres. Los reyes no se pertenecen. Son del pueblo, como sostenían los teólogos y juristas del antiguo régimen. Y los deberes nacidos de esas grandes preeminencias sociales de que disfrutaban, se extienden á los que están cerca de ellos y son de su estirpe y de su sangre. Los príncipes no son dueños de sí mismos, se deben á la púrpura.

DON CARLOS. — Por ser tan grandes esas preeminencias y tan poderosa la sugestión que ejercen sobre el espíritu, es más poética, más novelesca la renunciación. Se necesita un carácter singularmente templado, un raro é intenso amor á la independencia para romper esos lazos.

DON ENRIQUE. — No convierta usted en drama romántico lo que no pasa de ser un *vaudeville*. De la fuerza del amor se puede hablar cuando se trata de una aventura única que absorbe la vida. Pero la princesa cuyo retrato contemplamos es reincidente. Sus escapatorias y sus aventuras han dado ya mucha tela cortada á la crónica escandalosa. Es una enamorada voluble, un don

Juan con faldas ; no es una pasión, es un temperamento. Tengo la convicción de que al músico le ha conquistado ella.

DON CARLOS. — ¡ Pobre princesa ! ¡ No sea usted cruel con su corazón blando y sensible de mujer amorosa ! No somos jueces del corazón ajeno. ¿ Qué sabemos del drama íntimo de ese matrimonio principesco ? Le confieso á usted que me inspira compasión, al verla con su Toselli, que la mira con aire de hombre guapo, de *commis voyageur* satisfecho de sus *buenas fortunas*, de su partido con las mujeres. Ella tiene treinta y siete años, él veinticuatro. En esa diferencia de edades veo el germen de un triste fin de amor. Me la figuro dentro de diez ó doce años, envejecida, afeada, terriblemente celosa de ese marido guapo y probablemente vulgar, que quizás la habrá comido ya su fortuna y habrá explotado en todos los escenarios y en todos los *concerts* la *reclame* de su aventura nupcial con una princesa auténtica, ¡ Pobre mujer !

DON ENRIQUE. — No pase usted fatigas. Lo probable es que para entonces, la princesa se haya casado otras dos ó tres veces. El divorcio es tan fácil... Todo es empezar.

. . . . .

Algunos meses después.

DON ENRIQUE. — ¿Ve usted lo que yo le decía? Ya dicen que la Princesa va á divorciarse de Tosselli.

DON CARLOS. — Pero anuncian que se va á casar con otro. Al menos es consecuente con el matrimonio. Como la heroína de Benavente, que amaba el amor, la Princesa ama las justas nupcias. Todas sus aventuras acaban en boda. Tienen un final correctísimo é invariable. Sólo cambia uno de los personajes. Pero la comedia es la misma y la Princesa también.

---

## ENTREACTO

---

Del Teatro se ha dicho que es escuela de costumbres. Como no se añade si de costumbres buenas ó malas, puede aceptarse sin dificultad la sentencia. Las costumbres humanas de todas clases forman el repertorio dramático, y como quiera que es tan amplio su campo, el teatro nos instruye sobre infinidad de cosas. Unas veces nos enteramos de los pintorescos modos de decir de chulos, golfos y demás representantes de la picaresca moderna; otras nos da lecciones de folklore poniendo en competencia á los cantos aragoneses con los andaluces, otras nos ofrece de una visión escénica ó escenográfica de la historia y alguna nos lleva al mundo encantado de la fantasía, iluminado por un misterioso *clair de lune*, donde los fantoches de la comedia italiana, Polichinela, Leandro, Colombina, se convierten en símbolos de las pasiones y anhelos humanos. El hecho es que el teatro nos adoctrina y nos

enseña con aquella superior elocuencia de las cosas vistas, que dejan en nuestra alma una huella honda y duradera, en vez de la leve y fugaz que suelen dejar las palabras.

*Madama Butterfly*, la ópera de Puccini, nos da por ejemplo, una visión del Japón, y toda visión es una enseñanza. Después de haber visto los trajes de la Srta. Cho-Cho-San y de haber presenciado su boda y su suicidio, muchas cabecitas frívolas y adorables de mujer, han hallado que el Imperio del Sol naciente era más interesante de lo que antes creían. La curiosidad es el principio de la ciencia. No os sonriáis al oír esa austera palabra ciencia. Es probable que muchos hombres graves y letrados no tengan del Japón más exactas y completas ideas que las que nos permite formar la ópera, al compás de una música bastante aceptable, con la cual lleva ya ventaja á no pocos libros de viajes. Un kimono bordado de pájaros y flores de oro y sedas es tan verídico como una estadística y más pintoresco y vistoso. Y aunque el Japón actual, europeizado y guerrero no sea enteramente como el de la ópera, la diferencia es cosa de poca importancia para los que no hemos de ir allá á puntualizarla. Saber por saber es cosa que importa menos de lo que se figura la generalidad de los hombres. Vale

más saber cosas bellas y agradables, aunque no sean del todo exactas, pues así el pecado original de la sabiduría que perdió á nuestros primeros padres en el Edén se endulza al menos con los atractivos de la belleza y el deleite.

Pero hay espíritus desconfiados y sutiles, á quienes no convence esa visión de conjunto. Así, el de mi bella amiga la condesa de X, que de ningún modo consiente en admitir que en el Japón haya matrimonios temporales como el de la Srta. Cho-Cho-San, ó el de su parienta *Madama Crisantema*.

— ¿Cómo quiere usted — me decía — que un país caballeresco como el Japón, un país moderno lleno de ferrocarriles, de escuelas, de acoirazados y de regimientos, consienta en entregar sus hijas de ese modo á los extranjeros? Yo estoy segura, sin haber estado en el Japón, de que esos supuestos matrimonios no son tales matrimonios, sino otra cosa, que por ser demasiadamente deshonestas, no deberían exhibirnos en la ópera. Y tengo también la convicción de que las japonesitas que se casan de este modo no se desconsolarán demasiado por la ausencia de su marido temporal, digámoslo así. En vez de hacerse el hara kiri, lo que procurarán es

ponerse guapas para agradar al nuevo marido que les traiga otro buque americano, inglés ó francés. La historia de la señorita Cho-Cho-San es una burda invención yankee, una jactancia de viajante de comercio.

— Condesa, — repliqué — permítame usted que sea más crédulo. Yo creo en todo, y por consiguiente creo en Long, en Belasco, en Pierre Loti y en la Srta. Cho-Cho-San. La variedad de costumbres es infinita. El matrimonio es una de las instituciones en que más de relieve se ha puesto esa variedad. La protohistoria nos dice que en los tiempos primitivos existió el hetairado ó comunidad de mujeres en la tribu. La poligamia subsiste aún en numerosos pueblos del Asia y del África, la poliandria ha tenido también sus épocas y sus pueblos. El matrimonio por compra ha sido la regla durante largas épocas de la historia. La emancipación de la mujer ha hecho invertir los términos, y la esposa es quien compra al marido con la dote, cosa menos galante, pero que es una consecuencia de la libertad femenina. Hasta que el cristianismo consolidó el carácter religioso del matrimonio, el repudio ha sido el régimen constante, y todavía subsiste en numerosos pueblos. ¿ Y el divorcio ? ¿ Qué me dice usted ? ¿ No nos vuelve al matrimonio temporal ?

— Ya sabe usted que yo no transijo con el divorcio. La Iglesia no lo admite. Pero al cabo, los que se casan donde hay divorcio, no lo hacen con la condición de divorciarse á fecha fija.

— No tienen aún esa sinceridad. Pero en la decadencia visible del matrimonio ocurrirá lo que en la decadencia del teatro. Habrá que abreviarlo para que tenga público. Así como se ha establecido el teatro por horas, cuando fatigaban ya ó parecían caras las comedias y las zarzuelas en tres actos, y luego ha venido tras la hora de la piececilla del género chico, el cuarto de hora del *cine*, después del matrimonio con divorcio, que es como el teatro por horas, tendrán que venir otras formas matrimoniales más breves, más rápidas, más soportables; el *cine* conyugal.

— Jesús, ¡qué horror !

— No debemos escandalizarnos por tanto de los matrimonios pasajeros de las *musmés*. Además, los hombres vivimos esclavos de las formas exteriores y atendemos poco á la esencia de las cosas. Sin una peluca no se puede ser juez completo, ni *speaker* presentable en la libre Inglaterra; no osaríamos presentarnos en un salón sin frac. Pero las apariencias son falaces.

La peluca puede cubrir una cabeza sin jurisprudencia y hasta sin seso. El frac puede envolver á un truhán. Así ocurre con el matrimonio. La unión legal, apuntada en todos los Registros, sancionada por todas las ceremonias, puede no ser tal matrimonio, será tal vez amancebamiento, asociación, esclavitud, cadena, si en vez de la suave antorcha nupcial la han alumbrado las cárdenas teas de otras pasiones, quizás de viles intereses. Y la unión irregular puede ser matrimonio, aunque con defectos de procedimiento, con quebrantamiento de forma, si en ella germinan los sentimientos conyugales, la llama tierna y constante del ara familiar. Sobre todo, el tiempo convalida muchas cosas torcidas en su origen. El antiguo axioma jurídico *quòd initio viciosum est non potest tractu temporis convallescere* es inepto y falso. Es una pedantería de leguleyo de alma lógica y fría. El tiempo lo convalida todo. Hace legítimas las dinastías; de facinerosos, saca nobles estirpes, gana por prescripción los bienes, borra los delitos, llega á hacernos amable ó tolerado lo que al principio nos fué incómodo. El tiempo es el gran definidor y el gran catador de las cosas. Esa es la ventaja del divorcio. Permite conocer cuáles matrimonios son verdaderos y cuáles falsos. Los ver-

daderos son los que duran. La duración es la suprema justificación de las cosas... Todo amor que dura, tiene una evolución ó una degeneración matrimonial. De ahí el sensato miedo á las relaciones largas, al *collage*, que dicen materialista y groseramente los franceses. Una pobre muchacha ama y se deja amar. Aquello sigue. Vienen los hijos, se crea una posesión de estado semimatrimonial, nace el hábito, tirano y regulador de la vida. Cuando aquel vínculo se rompe, por cansancio, por ambición del hombre, porque ha sonado, para él la hora de la seriedad que, á veces, es un mote del matrimonio de conveniencia, en el alma de aquella mujer se produce un desgarramiento interior. Créalo usted, condesa, el suicidio de la señorita Cho-Cho-San es completamente explicable. Todos los días lo hallamos en los *faits divers* de los periódicos, vestido de percal ó de lana, en vez de envolverse en el fantástico kimono, lleno de pájaros y de flores de oro.

---

## UN HOMBRE FELIZ

---

En Inglaterra ha muerto un hombre feliz. Á diferencia del pastor del cuento, usaba camisa, y su posición le permitía tener muchas docenas de ellas. De suerte, que los que crean que la camisa de un hombre feliz puede servir para algo en estos tiempos, deben dirigirse á los herederos de Lord Avebury y rogarles con mucho encarecimiento que les envíen, por lo que sea, una de aquellas prendas interiores del difunto.

Ha salido á relucir en el anterior párrafo el apellido del hombre feliz. Es probable que ustedes, lectores, no sepan quién era Lord Avebury. Yo no lo sabría tampoco si no me lo hubiese revelado una noticia necrológica que leí en un periódico inglés. Este título de Lord Avebury es de aquellos que sirven á las personas conocidas para andar de incógnito por el mundo, como dijo Bismarck con simpática soberbia, cuando el emperador, luego de despe-

dirle, le concedió el disparatado honor de hacerle duque de Lauemburgo.

Lord Avebury, desconocido fuera del *Whitaker's Peerage*, ó sea el Gotha ó el Betancourt inglés, era John Lubbock, muy conocido como naturalista, como sociólogo, como escritor. Sus libros han sido traducidos á muchos idiomas, entre ellos al español, y alguno alcanzó un centenar de ediciones. Lubbock, baronet por herencia, era Lord desde 1900, y la *Encyclopædia britannica*, estirada y puntual en cuestiones de etiqueta, le designaba ya por el título en su última edición, y sólo consagraba al antiguo nombre, ilustrado en el cultivo de la ciencia y las letras, una breve referencia en letra menuda : *Lubbock, Sir John, see Avebury, Lord.*

Si algún lector curioso me pregunta en qué me fundo para creer que Sir John Lubbock fué un hombre feliz, contestaré que me fundo en un texto escrito, en la obra más divulgada de Lubbock : *The pleasures of life*, que anda traducida con el nombre de *La alegría de vivir* y ha tenido entre Inglaterra y el continente más de cien ediciones. Sirva este dato de demostración del fondo inagotable de optimismo que hay en el alma humana. Todos estos libros que nos enseñan el arte de ser felices, de tener voluntad, de

prolongar la vida, y otras cosas semejantes, no sirven para nada. Nadie es feliz por receta, ni convierte su ánimo flojo en voluntad conquistadora y activa porque un día halló en las páginas de un libro el secreto de esa transformación. Sin embargo, infinitas personas compran esos libros y los leen con deleite y con fe, creyendo que van á servirles de algo, que van á encontrar allí el secreto de ser dichosos, de ser fuertes ó de llegar á viejos.

El libro de John Lubbock está escrito con una serena convicción, con una seguridad enteramente británica. Es — dijo su prologuista francés — una pequeña Biblia de bolsillo, laica y moderna, un *remedium animæ*, de corte muy inglés. Recorriendo las páginas de *The pleasures of life*, se ve que es la obra de un convencido, de un hombre que se siente dichoso y cree que la felicidad es accesible á cualquiera que se proponga conseguirla. No se contenta con ser un teorizante de la felicidad, querría ser legislador de ella, declarar la dicha obligatoria. Por eso estoy convencido de que Lord Avebury fué un hombre feliz. Su libro está exhalando felicidad por cada renglón, por cada letra.

Tiene la ingenua arrogancia de quien está satisfecho de sí mismo y de la vida. La primera

frase que hallaréis al abrir el libro es ésta : *La vida es un gran beneficio*. El título del primer capítulo es : *El deber de la felicidad*. Tenemos la obligación de ser felices, siquiera para no molestar al prójimo con nuestras lamentaciones y nuestra tristeza. « El mundo sería mejor y más bella la vida — dice Lubbock — si los maestros insistieran tanto en inculcar á sus discípulos la idea del deber de ser felices, como insisten en la de la felicidad que proporciona el cumplimiento del deber ». Ser feliz es el mejor medio de ayudar á la felicidad de los demás. Hay una satisfacción egoísta en abandonarnos á la melancolía.

Esta doctrina la confirma con textos de un estoico antiguo y de un espíritu moderno, amablemente epicúreo. « El hombre es desgraciado por su culpa, pues Dios hizo á todos los hombres para ser felices », dice Epicteto. « Es bueno haber vivido. El primer deber del hombre hacia el infinito, de donde viene, es la gratitud », escribe Renan.

El cuadro de la felicidad que traza Sir John Lubbock, es un cuadro que muchos juzgarán estrecho, soso, de una vulgaridad casera. Pero hay que hacerse cargo de que para poner la felicidad al alcance de cualquiera es preciso con-

tentarse con poco. La felicidad — escribe Lubbock — está en el deber, que no es una maestra regañona, sino una madre tierna y compasiva ; está en los libros, maestros sin palmetas ni azotes, que no piden regalos ni usan malas palabras, como decía el obispo de Durham, Richard de Bury, en la Edad Media, cuando los libros eran cosa rara y peregrina ; está en la amistad, está en los viajes, está en el hogar, está en la ciencia y en la educación. En este punto dice ó recuerda Lubbock cosas amables y profundas. La ciencia debe ser agradable. Minerva — como decía Lord Chesterfield — debe tener tres gracias como Venus. La adquisición de la ciencia es un privilegio y una bendición. La alegría ayuda al buen éxito de los estudios. *Studia hilaritate proveniunt*, que dijo Plinio.

De todos estos placeres y probablemente de otros varios, disfrutó Lord Avebury y quiso convencer á los hombres de que el ser feliz era cosa sumamente fácil. Tal vez juzgaba por sí. Ser dichoso no tenía gran mérito en Sir John Lubbock. Nació en una familia rica y honorable. Se educó en Eton, donde fortaleció sus músculos é hizo provisión de salud ; ganó dinero en abundancia dirigiendo la casa de banca heredada de su padre ; conquistó honor y renombre con

sus libros ; las sociedades científicas le abrieron sus puertas ; hizo buen papel en la Cámara de los Comunes y, al final de su vida, le hizo la Reina Lord. No conoció las angustias de la pobreza, ni las humillaciones del que tiene que abrirse camino desde humildes orígenes ; no fué deforme ni valetudinario. La sociedad le dió puesto en sus jerarquías, la riqueza le permitió disfrutar los goces de la civilización y le dió algo que vale más : la independencia. Su claro entendimiento le permitió gustar los placeres del espíritu. Se explica que, aunque vivió setenta y tres años, no se le hiciera larga la vida.

Lector, si tú tienes medios de proporcionarme una situación como la de Lord Avebury, me comprometo formalmente á ser feliz y hasta escribiré, si te empeñas, un libro, enseñando á los hombres la senda de la dicha, y aun digo más, procuraré que me salga más elocuente y más ameno que *The pleasures of life*.

---

## EL CENTENARIO DEL « QUIJOTE »

---

PERSONAJES: D. JOSÉ, cincuenta y seis años, exgobernador civil, muy español, aficionado á los toros y á las glorias nacionales y exaficionado á las mujeres castizas y de circunstancias. Lo suficientemente leído para que pueda interesarle el centenario del *Quijote*.

RODRÍGUEZ, cuarenta años, licenciado ó doctor en algo. Ha sido opositor á cátedras, sin influencia y sin fortuna. Ha escrito tres ó cuatro artículos de Revista, eruditos y pesados, y se pasa parte de la vida en la Biblioteca del Ateneo; pero no baja al salón á pegarse por el clericalismo ni por la democracia.

PÉREZ, treinta y dos años, periodista; indiferente. Ha leído algún tomo de Nietzsche, traducido, y se permite de vez en cuando soltar sus correspondientes paradojas, si vienen á pelo.

DON JOSÉ. — Pero, ¿han visto ustedes qué poco entusiasmo hay por el centenario del *Quijote*? ¡Lucidos vamos á quedar!

PÉREZ. — Todos los grandes entusiasmos están en decadencia. No tenemos pulso, como dijo el Sr. Silvela. Usted, que es aficionado á toros, D. José, ¿no ha pensado usted que la apatía con

que soportó el público la tentativa de suprimir las corridas en domingo es un síntoma de nuestro estado general de abatimiento? Hace cuarenta años hubiera habido una revolución.

RODRÍGUEZ. — Pues á mí no me extraña esa indiferencia que rodea al centenario. Crean ustedes que en España han leído el *Quijote* unas cuantas docenas de personas, y á algunas de ellas les ha aburrido, aunque lo callen por no confesar su incultura. Además, hay que desengañarse, todos estos centenarios y estas conmemoraciones van de capa caída. Son residuos del pasado, una herencia, muy debilitada ya, de un estado mental remoto. Hay en ellos un eco de lejanas adoraciones. Son actos de culto disfrazados por el tiempo, *humanizados*. Antes, los pueblos adoraban á sus bienhechores y los convertían en semidioses ó héroes de linaje divino. Hoy, que lo maravilloso ha venido tan á menos, queremos hacer, sin darnos cuenta de ello, un simulacro de aquellas adoraciones, y resulta un culto laico, algo por el estilo del calendario positivista de Augusto Comte ó del culto á la diosa Razón. En resumen, una cosa artificial que huele un poco á mascarada. El espíritu ceremonial está en decadencia.

PÉREZ. — Todo eso que dice usted, amigo Ro-

driguez, me parece algo enrevesado. Yo me inclino á razones más sencillas. Para mí, *Gedeón* es quien ha dado en el clavo. ¿No vieron ustedes aquella caricatura que publicó cuando el homenaje á Echegaray? Cervantes, que por cierto estaba muy poco parecido, decía : « No va á quedar nada para mí. » Dos homenajes en tan poco tiempo son muchos homenajes para la dosis de entusiasmo público con que se puede racionalmente contar. Echegaray ha perjudicado un poco al *Quijote*, sin querer. Además, hay que convencerse de que los españoles somos poco entusiastas. La mejor prueba de ello es lo que exageramos, cuando creemos que es de rigor el entusiasmo. Necesitamos meter mucho ruido, agotar la hipérbole, para convencernos á nosotros mismos y convencer á los demás de que estamos entusiasmados. Nada menos que el principio de la regeneración de España se ha querido ver en el homenaje á Echegaray.

DON JOSÉ. — Pues eso es lo malo : que los españoles no nos entusiasmemos por nada, y sean los extranjeros los que tengan que enseñarnos á apreciar nuestras glorias. ¡ Hombre ! Si hasta los toros empezaban á extenderse por el extranjero, cuando aquí se nos ocurrió tratar de suprimirlos. Ya verán ustedes cómo en París nos

avergüenzan, haciendo mejor que nosotros la conmemoración del *Quijote*.

RODRÍGUEZ. — Crea usted, D. José, que cabalgata histórica ó batalla de flores más ó menos, ni quita ni pone al *Quijote*. El *Quijote* es cosa del espíritu, y todo eso no habla más que á los ojos. Del centenario no quedarán más que unos cuantos libros eruditos, que no leerá nadie.

PÉREZ. — Eso, no; por lo menos leerán el *Quijote* algunas personas que no le habían leído en su vida. El libro del manco sano gozará de los beneficios de la actualidad.

DON JOSÉ. — ¡ Ya lo creo que sí! Yo lo leí de muchacho, y ahora he vuelto á leerlo. ¡ Es divertidísimo! Ahora me ha gustado mucho más que entonces.

---

## LA COMEDIA NUEVA Ó EL CAFÉ

---

Así como todos los años, en los días de los difuntos y de las castañas asadas, hace su aparición *Don Juan Tenorio* en los escenarios de la Corte, sería muy conveniente para la República de las Letras, que siquiera una vez al año se representara, en la fecha que mejor pareciese, *La Comedia Nueva*, moratiniana.

Más de cien años hace — fué el 7 de Febrero de 1792 — que se estrenó en el Teatro del Príncipe. Todavía se conserva fresca su sátira y es aplicable á las costumbres teatrales de hoy y á los malos autores de comedias, que no abundan menos en el día que en tiempo del ingenioso observador que trazara aquel cuadro.

Discrepo totalmente del prologuista de *La Comedia Nueva*, en la Biblioteca de Rivadeneira, quien la consideraba pasada de actualidad y de moda. « Las circunstancias de tiempo y de lugar que tanto abundan en esta pieza — escribía

— deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido ó alterádose los originales que imitó... Llegará, sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico sólo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes). » El bueno de D. Buenaventura Carlos de Aribau ó quien escribiese la advertencia preliminar era todo un optimista. Las comedias malas siguen completamente vigentes, y tengo para mí, que está algo lejana la época en que *La Comedia Nueva* perderá por completo la actualidad y la aplicación á la corrección problemática de las costumbres. Don Eleuterio Crispín de Andorra abunda que es un dolor. D. Serapio, D. Hermógenes, D. Antonio, son contemporáneos nuestros. Pipí, el confianzudo mozo de café, que de buena gana escribiría comedias, si supiera (reparo que no detiene á los autores), no es tampoco un personaje desaparecido. Uno conozco yo que tiene escrito un drama. D. Pedro es más raro. Yalo era en tiempo de Moratín.

Don Eleuterio Crispín de Andorra viene de su provincia ó sale de su casa de Madrid y se lanza al piélago de las letras, con su comedia en el bolsillo. *El gran cerco de Viena* ha variado bastante en la forma, mas no en la calidad.

Aunque á veces se dan asuntos históricos, suele ser una piececita sicalíptica, ó una comedia que se cae de puro sosa y presume de estilo ó de psicología, por presumir de algo. D. Eleuterio ha oído hablar de lo mucho que se gana en el teatro. Se le han electrizado los nervios al escuchar los aplausos tributados á los autores famosos, y viene resuelto á hacerse un genio de la escena. Él y D'Annunzio, él y Benavente, ó cuando menos, si Dios no es servido en otra cosa, los éxitos positivos del trimestre.

Lo primero que hace es frecuentar los saloncillos y los cafés, donde hay tertulias de literatos. El buen señor Crispín quiere darse á conocer y hace lo contrario de lo que hacía aquel extravagante de D. Pedro, que protestando contra los que le llamaban raro, decía: « ¿Porque no vengo á predicar al café, porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana, porque no disputo ni ostento erudición ridícula como tres ó cuatro pedantes que vienen aquí á perder el día y á excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio? » Don Eleuterio hace todo eso y más. El más es proclamarse á sí mismo genio ó dejarlo entender. En la tertulia, unos le toman finamente el cabello, otros no le hacen caso; pero no falta algún tonto á quien lo-

gra convencer de que tiene algo dentro de la cabeza.

Su primer desengaño es la plétora. En el género dramático no se cabe. Todo el mundo tiene escrita su pieza, su drama, su comedia. Pronto habrá más dramaturgos que espectadores, y el autor que no sea genio de veras estrenará, si tiene suerte, una vez cada lustro. Si el D. Eleuterio Crispín de Andorra de los días actuales hubiese leído *La Comedia Nueva*, podría decir como el personaje moratiniano: « Como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas. Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego, con unas alforjas llenas de piezas manuscritas, comedias, follas, zarzuelas, melodramas, loas, sainetes... qué sé yo cuanta ensalada trae ahí. Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡ Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato? »

El hecho es que después de muchos afanes, nuestro autor consigue que le representen su obra, que es por el estilo de *El gran cerco de Viena*, aunque se llame *La liga azul* ó *Alma en silencio*, ó cualquier otra cosa semejante. Lo

peor que le puede ocurrir á D. Eleuterio es que gracias á la *claque* y á unas cuantas docenas de amigos del autor, de los comediantes ó de la empresa, la obra pase y se represente algunas noches. El pobre D. Eleuterio oye á los que le dan la enhorabuena y los cree. No oye á los que á espaldas de él dicen : pero, ¿ ha visto usted qué idiotez ? Y si los oyera no los creería, los conceptuaría envidiosos de su ingenio y de su gloria... que dura una docena de noches.

Los críticos, fritos á recomendaciones y cohibidos por las exigencias del trato social, no se atreven á decirle que es un majadero. Le dedican unos cuantos vagos elogios, cuya paternidad ocultan, si pueden, bajo un prudente anónimo, ó bien los atenúan con hábiles restricciones. D. Eleuterio no tiene aún experiencia de la escena; pero promete..., promete echar bellotas si le apalean. Si algún preguntón, como el D. Pedro de marras, inquiriese de cualquiera de los críticos, benévolos y zumbones. « Si usted conocía que era mala la comedia, ¿ por qué no se lo dijo ? ¿ Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable ? », el crítico podría contestar, con D. Hermógenes, que en

esta ocasión habla como un libro : « Porque el señor carece de raciocinio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios si por ellos intentara probarle que la comedia es mala. »

¡ Infeliz D. Eleuterio ! Su suerte está echada. Se creará genio de veras, seguirá escribiendo comedias hasta que no se las representen ni dando dinero encima. Se gastará los cuartejos que le envíen sus padres ó los que él posea, no se dedicará á nada útil y proporcionado á su capacidad, y al cabo, se convertirá en un *raté* amargado y bilioso. Y lo peor será que no encontrará un D. Pedro compasivo que se informe de si tiene buena letra y regular ortografía, y le proporcione una colocación.

---

## UN BELLO GESTO

---

La escena es el imperio del gesto. El arte dramático es ademán, actitud, entonación, expresión fisonómica, voz en que palpitan sentimientos, ademán que traduce movimientos del alma, máscara que finge pasiones. Pero el gesto de que voy á hablar no es un gesto escénico, sino un bello gesto moral.

Si las estatuas no estuvieran completamente desacreditadas hasta el punto de ser casi ridículas, la Sociedad de Actores debería levantar una estatua á Fernando Díaz de Mendoza, por haber tributado á su profesión de comediante un público y grande testimonio de estimación. Díaz de Mendoza ha solicitado la Real carta de sucesión en los títulos de su casa que en él recaen, y no por concesión regia como la que hizo de Irvig, *baronet* de la tradicionalista Inglaterra, moderna y conservadora, que pone el saco de

lana por asiento de su *speaker*, y le conserva la histórica peluca de las antiguas Cortes.

Nuestro primer actor es Grande de España por títulos de herencia, que son el verdadero título en estas cosas distinguidas y arcaicas para las cuales la pátina del tiempo es insustituible. Al reclamar sus prerrogativas nobiliarias, con sencillez, sin aparato, como se reclama un derecho indiscutible, Mendoza ha proclamado la dignidad de la profesión que le ha hecho célebre y rico. Ha dado á entender que el ser cómico no significa un descenso en la jerarquía social, no es una *déchéance* que impida ser grande de España.

Tú, lector descontentadizo, dirás acaso que no es maravilla que un hombre honre y ame la profesión que le ha dado notoriedad, que ha hecho de él una figura sobresaliente de su tiempo y le ha aportado, con el laurel que alegra el espíritu, los dorados dones de la riqueza, que hacen amable y holgada la vida. Dirás que en tiempos de igualdad y de razón, un comediante insigne vale más que un Grande de España insignificante. Pero si tal dijeres, aunque tengas razón en abstracto, será lo mismo que si tu razón se paseara por las nubes, porque vivimos en lo concreto, en un mundo en que todo es herencia y evolución histórica, en que no hay nada que

sea absolutamente de hoy, nuevo, fresco, sin precedentes, sino que todo está unido á lo pasado por mil fuertes é invisibles hilos.

Los muertos gobiernan á los vivos — dijo profundamente Spencer. — En nuestras ideas, en nuestros hábitos, en nuestros gustos y en nuestras preocupaciones, mora una parte del alma de las generaciones que ya son polvo. Esos muertos, que siguen gobernándonos después de haber dejado de ser, establecieron jerarquías entre las profesiones, jerarquías basadas en viejos y abolidos motivos de utilidad social, que ya no rigen en nuestras sociedades; pero cuyos efectos siguen actuando. Todavía hoy, el orden jerárquico de las profesiones conserva algo del antiguo plan de las castas.

Un paradojista podría alegar como demostración histórica del pesimismo que las profesiones engendradoras del dolor han sido las más honradas por la humanidad, mientras los oficios dispensadores del placer y la utilidad eran generalmente despreciados, objeto muchas veces de reprobación y vilipendio. El báculo de las almas, el cetro, la espada, la toga, todo lo que significa imperio sobre la masa, restricción de la libertad de los individuos, exigencia de sacrificios é imposición de dolor y pena ha sido siempre reveren-

ciado. El sacerdote que despliega ante los espíritus los terrores de lo oculto y el misterio de ultratumba, el guerrero que mata, el juez que atormenta y castiga, el príncipe y el gobernador que mandan y exigen tributo, han sido hasta ahora los primeros y más sublimes personajes de la comedia humana. En cambio, las profesiones de la utilidad, los labradores, los mercaderes, los artífices varios de los productos que exige la comodidad de la vida y reclaman sus primeras necesidades han formado castas subalternas, han sido ejercidas por esclavos y luego han constituido oficios bajos, semi serviles, que excluían de la nobleza. Y hay que ir á la riente Grecia, al milagro histórico que hizo imperar la Gracia y la Armonía, para hallar honradas las profesiones del deleite, la habilidad y la fuerza del atleta, el arte del histrión, la belleza de la hetaira.

La expansión económica de los tiempos modernos ha subvertido el orden de las profesiones. Los grandes, los poderosos de hoy son mercaderes, hombres de negocios, reyes del acero, del petróleo, del trigo y de otras cosas plebeyas y vulgares; pero productivas de dinero, que no huele, como decía Vespasiano. Estos potentados modernos son los héroes del día, y cuando quieren compran títulos del Papa, ó se casan y hacen

matrimoniar á sus hijos con las herederas de los Doce Pares y de los Caballeros de la Tabla Redonda. Pero esto mismo, ¿no es una concesión al espíritu tradicional, que demuestra que sigue vivo el prejuicio nobiliario?

Y acaso nos corremos un poco al llamarlo prejuicio. Modernamente no podemos creer que constituya mérito especial el haber nacido en un lecho histórico adornado con heráldicas coronas. Pero ello tiene su valor social y estético. La nobleza histórica es comparable á las viejas catedrales en que la piedra se ha hecho encaje, á los sillones góticos de maravilloso tallado, á los bargueños llenos de primorosos embutidos de marfil y ornados de caprichosos y raros herrajes. Todo eso es tal vez incómodo, acaso está un poco carcomido por el tiempo; pero tiene la pátina de los siglos, es distinguido, es bello. La nobleza representa una larga herencia de distinción, de buenos modales, de exención de los cuidados materiales de la vida, de conciencia de la superioridad, que sobrevive á la superioridad efectiva, todo lo cual constituye un adorno social, un valor estético, que el tiempo va desgastando y destruyendo como las catedrales, los bargueños y los sillones góticos, pero que, mientras dura conserva su prestigio y atractivo.

Ser un gran artista es más importante, más raro, más excepcional que ser Grande de España; pero hay muchos hombres vulgares, que si les dieran á elegir, querrían ser Grandes de España sin la menor vacilación. Al demostrar que un actor puede ser Grande de España, Fernando Díaz de Mendoza realza el arte dramático á los ojos de ese vulgo nutrido de preocupaciones sociales. Su gesto, gesto de artista y de gran señor, es un bello ademán.

---

## SERVET

---

De vez en cuando, los personajes de la Historia salen á dar una vuelta por el mundo. Un aniversario, una estatua, un documento recién descubierto, les sacan de los viejos y polvorientos libros donde moran, apartados del trato de los hombres modernos y visitados sólo por algunos estudiantes y algunos eruditos. En estas ocasiones que digo, disfrutan por algunas horas la pasajera resurrección de la actualidad. Alternan con los vivos en las planas de los periódicos y descubren á los hombres de hoy alguna parte de sus secretos y sus ansias. En realidad, los centenarios, las estatuas y las demás conmemoraciones semejantes apenas sirven para otra cosa que para hacer repasar la historia á los contemporáneos.

En París se ha erigido una estatua á Miguel Servet. Servet es para la mayoría de los hombres actuales, un personaje desconocido.

Muchos saben que fué quemado por motivos religiosos y que descubrió la circulación de la sangre ó dió el primer paso en este descubrimiento. Mas ese conocimiento sumario no da idea del carácter del personaje, ni de su vida aventurera y errante, ni de sus ideas, ni de nada de lo que constituyó la fisonomía especial del teólogo y médico español del siglo xvi. La memoria que de él se conserva demuestra cómo juega el tiempo con los designios de los hombres y cómo se burla de sus anhelos, borrando lo que á ellos les parecía principal y conservando lo que juzgaron accesorio ó acaeció contra su voluntad.

Evidentemente, Servet daba mucha más importancia á sus doctrinas trinitarias que á sus ideas sobre la circulación de la sangre. Es más, á este descubrimiento llegó por un camino completamente distinto de los procedimientos científicos. Lo que movió á Servet á estudiar el movimiento de la sangre fué su interpretación literal de la Escritura, la idea de que el alma está en la sangre. Este descubrimiento accidental es lo que ha hecho durar el recuerdo de Servet. En cambio, sus doctrinas sobre la Trinidad y su panteísmo entre cristiano y neoplatónico, son casi ininteligibles para los hombres de hoy, igno-

rados de los más é interesantes sólo para los historiadores de las herejías ó de las variaciones filosóficas. Servet fué quemado por estas ideas, es decir, por una cosa que, andando el tiempo, habia de interesar á muy poca gente. La moraleja de esto, es que no se debe uno hacer quemar por nada, pues los entusiasmos de los hombres son poco duraderos y la posteridad se acordará, acaso, de que la víctima fué quemada ó sacrificada en cualquier otro género de suplicio, tal vez la levantará una estatua; pero es probable que se interese poquísimo por las ideas que fueron origen de aquel trágico fin de un hombre.

La vida de Miguel Servet fue una vida agitada, vagabunda, llena de mudanzas y accidentes, caldeada por un gran entusiasmo teológico y una invencible manía disputadora. Servet fué víctima de su afición á disputar sobre cuestiones de religión. Así se atrajo la feroz enemistad de Calvino. Una de las cosas que más conmueven en el martirio de Servet es que tanto como el fanatismo religioso influye en él una iracunda disputa de pedantes, un choque de vanidades de teólogos, en que aquel que tenía á mano el argumento decisivo de la hoguera no se privó de emplearlo para refutar de una vez para siempre á su adver-

sario. En la lucha entre estos dos enemigos, no se sabe qué llama más la atención, si la imprevisora ligereza, la obstinación y la falta de prudencia de Servet en provocar á Calvino, ó el frío y solapado rencor con que el reformador famoso va preparando la pérdida de su contradictor, apelando á todos los medios, hasta los más desleales, y no satisfaciéndose con menos de su muerte.

Fuera de los años que vivió en Vienne del Delfinado, á la sombra del arzobispo Pedro Paulmier, Servet no disfrutó horas de tranquilidad ni tuvo asiento fijo ni profesión constante y segura. Tan pronto le vemos ejerciendo la medicina, como trabajando de corrector de pruebas en una imprenta ó publicando por cuenta de editores, la Geografía de Ptolomeo, ó redactando tesis teológicas. Estas vidas accidentadas é inquietas eran frecuentes en la época del Renacimiento y de la Reforma. Hoy son raras y sólo suelen llevarlas aventureros que se preocupan muy poco de las cuestiones teológicas. Ya que tantas veces maldecimos de la prosa de los actuales tiempos, justo es reconocer, ante el caso de Servet, lo que tienen de buenos : el bienhechor influjo de la tolerancia que algo ha domado las feroces pasiones de los hombres,

obligándoles á avergonzarse de la crueldad, atributo hoy de bandoleros. Miguel Servet hubiera sido en los tiempos actuales profesor de alguna facultad de Teología protestante y hubiera muerto tranquilo en su cama, lo cual es menos dramático, pero más cómodo y más humano que morir en una hoguera de leña verde, mientras le mira á uno tostarse, sintiendo que se le aclara la bilis con el espectáculo, un pedante fanático y vengativo. Así cuenta la tradición que contempló Calvino, oculto tras una ventana, el suplicio de Servet, y aunque el hecho no está probado, la conducta del reformador francés disculpa y aun autoriza esta leyenda.

En la inscripción de la estatua de Servet, se dice : Quemado en Ginebra en 1553. Parece que se han borrado ú omitido del proyecto de leyenda estas palabras : *por instigación de Calvino*. Es probable que si, en vez de ser ejecutado Servet en Ginebra, se hubiera cumplido en su persona y no en efígie, la sentencia de la Inquisición de Lyon, no hubieran tenido los patrocinadores del monumento el menor inconveniente en que se consignara : *Quemado por la Inquisición*. Este pequeño pormenor epigráfico revela que la moderna libertad de pensamiento y de crítica no siempre practica la igualdad de trato.

## LA IGNORANCIA DEL DERECHO

---

Hace tiempo — no importa cuando — se descubrió en Madrid un caso de bigamia. Confieso que la bigamia no me inspira interés. El bigamo es un ser absurdo, que es víctima de su amor á los procedimientos legales, y de una desmedida afición á las justas nupcias. Hablo del bigamo desinteresado, ejemplar raro en su especie. La mayoría de los bigamos, que generalmente no se contentan con el *bis* matrimonial, se casan dos y más veces para saquear á sus mujeres. Á los pocos días de la boda, desaparecen con el dinero y alhajas que hallan á mano y vuelven á empezar en cuanto hay ocasión. En el fondo y salvo el respeto debido á la santidad del sacramento, hacen en varias veces y con mayor molestia lo mismo que los señoritos que se dedican á la caza de dotes, sólo que estos últimos, una vez logrado su intento, tienen la precaución de no contraer nuevas nupcias de la clase de legítimas.

Nuestro bigamo no es de esos. Es un infeliz á quien probablemente absolverá el Jurado, considerando que si tanto trabajo y tantos enojos suele costar el aguantar á una sola mujer, el soportar á dos tiene tanto de abnegación como pueda tener de delito. Pero repito que la bigamia me interesa poco, y si he mentado al bigamo ha sido para tomarle por ejemplo vivo de otra cosa que me parece más digna de estos ligeros comentarios.

El bigamo, exculpándose, decía que se había casado con una de sus mujeres *in articulo mortis* y le habían hecho creer que si su esposa, que era la que se hallaba en ese peligroso artículo, sobrevivía, el matrimonio no sería válido. Alegaba, pues, la ignorancia, disculpa que no le servirá de nada, pues es axioma jurídico que la ignorancia de derecho no excusa.

Este principio, que como tantos otros aprendimos en los duros, pero honrados bancos de la galera universitaria, sin dársenos un ardite de que fueran justos é injustos, sino de que eran doctrina vigente para los exámenes, se presta á una breve meditación y aun se prestaría á otras más largas si hubiésemos tiempo y lugar para dedicárselas.

La ignorancia no excusa. Este principio es

de una justicia muy discutible. El derecho positivo no es cosa que se revele inmediatamente al espíritu como los principios de la equidad natural. No es fácil ni asequible á todos el aprenderlo. Á todos, sin embargo, obliga. Lo que justifica aquel axioma jurídico es su conveniencia. Es un principio útil, no un postulado razonable. El Estado se coloca en una posición cómoda. Les dice á sus súbditos ó ciudadanos : « estas reglas de conducta porque me rijo y os regís, supongo que os son conocidas ; si las ignoráis, si no os cuidáis de aprenderlas, ateneos á las consecuencias. » El Estado, al discurrir así, atiende á su conveniencia. La vida civil sería imposible si se pudiese alegar como excusa á cada paso la ignorancia del derecho ; si Juan y Pedro saliesen diciendo : « Cuidado, que yo no me sabía esa papeleta. » El Estado sigue el orden de la Naturaleza, que no se cuida de enseñar á los seres sus leyes ni si les han de ser dañosos ó favorables sus efectos. Cada especie se ha formado á fuerza de experiencias, en su mayoría desagradables, la ciencia del instinto, el conocimiento ó la adivinación de lo bueno, lo malo y lo indiferente que hay en el mundo exterior. Así ha cursado su derecho de la Naturaleza y ha llegado á sabérselo mejor que cualquier

jurisconsulto las Pandectas antiguas y modernas.

Mas en las sociedades humanas, á medida que van creciendo las innumerables reglas del derecho positivo, la ignorancia de la ley se hace más general y más excusable. En los antiguos pueblos, regidos por la costumbre, era fácil relativamente conocer el derecho. La regla jurídica era una cosa viva, habitual, mezclada con los actos y prácticas de la vida. Pero en la inmensa y minuciosa reglamentación de las sociedades modernas, hasta los jurisperitos ignoran buena parte del derecho. No es raro que un abogado ignore pormenores de algún ramo de la organización administrativa, de tal ó cual carrera del Estado, de tal punto especial de la legislación de Hacienda, porejemplo. La presunción de que los ciudadanos deben conocer el derecho, se va haciendo demasiado falsa. Aquel grito de Nora, en *La Casa de Muñecas*: « Yo no podía creer que las leyes condenaran ésto », resuena en muchas conciencias. Muchas veces se falta á la ley por ignorancia, por no saber que era ilícito hacer ú omitir determinada cosa.

Así como la experiencia de la lucha con la

Naturaleza ó en el seno de la Naturaleza desarrolla el instinto en las especies, la práctica de la vida civil desarrolla en los hombres el instinto ó sentido íntimo de la equidad, la distinción espontánea entre lo justo y lo injusto. Mas este instinto jurídico no puede alcanzar á las construcciones artificiales del derecho, que forman la gran masa de la legislación administrativa, de los preceptos reglamentarios y aun buena parte de las leyes civiles y penales. Por eso el principio de que la ignorancia del derecho no excusa, es un principio que está en crisis y empieza á pedir las rectificaciones de la equidad y las atenuaciones de una jurisprudencia comprensiva y benévola de una jurisprudencia de buen juez.

---

## MEDITACIÓN FÚNEBRE

---

El rasgo del doctor San Martín, legando su cadáver á la mesa de disección del Hospital, asombra á mucha gente, y hasta le produce un escalofrío. Damos excesiva importancia á nuestro cuerpo hasta después de muerto. Schopenhauer dijo que el cuerpo era la concreción, ó proyección exterior de la voluntad, lo más íntimo y radical de nuestro ser, y esto explica que nos inquietemos tanto del destino de ese cuerpo cuando ya la luz de la representación se ha apagado en él y la voluntad ha ido á buscar otra casa, otro sustentáculo individual. El apego al cuerpo es como el que profesamos á una prenda de ropa que hemos usado largo tiempo, y á la cual debemos dilatados y leales servicios. Por eso, un hombre que entrega su cadáver al bisturí de los cirujanos parece un ser extraordinario, un estoico que afronta una especie de martirio póstumo en holocausto á la Humanidad.

Otro tanto puede decirse de la disposición del ilustre médico, tocante á que sus restos sean enterrados en la fosa común. Generalmente sentimos una repulsión aristocrática á hacer el último viaje en compañía de cadáveres desconocidos, pertenecientes á las últimas capas sociales. Á muchos les parece eso tan desagradable como viajar en tercera ó comer en un figón. Pero, ¿no se aburrirán más los muertos encerrados en un nicho solitario, que es como estar sometidos al régimen celular? ¿No representará para algunos el panteón de familia la perspectiva desagradable de no apartarse, ni aun después de muerto de seres á quienes no podía sufrir?

Para disipar estas preocupaciones macabras, basta considerar lo que es de un cadáver á poco de enterrado : la podredumbre asquerosa que le invade y le descompone, reduciéndole á un foco de infección. ¿Vale la pena de cuidarse mucho del lugar donde han de ocurrir, fatalmente, estos fenómenos químicos? ¿No es preferible la sabia sección de las cavidades, y la inspección de las vísceras, que realizará el cirujano, á la obra de descomposición que ha de efectuar después, sin ningún miramiento y sin ningún fin científico, la Naturaleza? Se comprende que un espíritu independiente y poco dado á preocupa-

ciones, como era el doctor San Martín, que se había pasado la vida disecando cadáveres ajenos, haya brindado el suyo en desquite. Después de muertos, ¿para qué nos sirve el cuerpo? Si puede servir á los demás como material de experimentación anatómica, ¿por qué hemos de negárselo? Por mi parte, no tendría ningún inconveniente en imitar al doctor San Martín. Tengo la seguridad de hallarme ausente de la operación, y creo que, si pudiera presenciaria en espíritu, la contemplaría con una moderada curiosidad, diciéndome : « ¿Conque así era yo por dentro ? »

Antiguamente se daba mucha más importancia á los cadáveres que en la actualidad. Ved los egipcios; recordad el inteligente esfuerzo que realizaron para conseguir que sus momias duraran siglos y siglos y sobrevivieran á su civilización. ¿Para qué ha servido? Para que los beduinos y los egiptólogos profanen aquellos restos : los unos, por llevarse las chapas de oro y las joyas que solían adornar á las momias ; los otros más codiciosos, por llevarse las momias enteras á los Museos. ¿No es humillante para Ramsés III, ante quien tembló el mundo oriental, y cuya fama se ha dilatado por innumerables tomos de historia, verse expuesto en una vitrina, á los ojos de millares de imbéciles, de curiosos y de

indiferentes, y, lo que es peor, á la enojosa y entrometida curiosidad de los sabios? ¿No es molesto, por otra parte, durar treinta ó cuarenta siglos?

Si todos los pueblos hubieran tenido la afición á conservar sus cadáveres, y la habilidad para conseguirlo que los egipcios, el mundo hubiese llegado á hacerse inhabitable. Los muertos habrían arrojado de él á los vivos, ó los vivos habrían tenido que hacer una tremenda revolución contra los muertos, lanzándolos de cualquier modo fuera del planeta, á la nada definitiva. Tal vez se habría escrito alguna epopeya de este fasto de la Humanidad, ó habría llegado á nosotros en forma mítica, como un nuevo trabajo de Hércules.

Los griegos, con aquel hondo sentido naturalista de la vida y aquel sereno culto á la belleza que les distinguían, quemaban sus muertos. Sacrificaban en torno de la pira carneros y novillos negros, vertían miel, vino, aceite y perfumes sobre la hoguera; la echaban flores y ramaje, y cuando ya las llamas parecían cubrir de un manto de inflamada púrpura el cadáver, á modo de una ardiente túnica de Neso, le llamaban y se despedían de él. Después guardaban las cenizas en una urna, con un poco de miel, vino y aceite perfu-

mado, y adornaban con flores el vaso cinerario. En la columna de humo de la pira parecía desvanecerse lo más grosero y repugnante de la muerte. La vida volvía á continuar, clara y serena.

La Iglesia rechaza hoy la cremación; pero éste no es punto dogmático ni de disciplina fija. Puede variar en lo por venir. Además, la impiedad de los tiempos va multiplicando los hornos crematorios. Llegará día en que casi todos los cadáveres se desvanecerán en la blanca nubecilla de humo, salida de una chimenea, ascendiendo hacia el espacio cerúleo, como para devolver al Cosmos los elementos que de él tomaron.

De las varias posiciones espirituales que podemos tomar ante el problema de la muerte, ninguna nos autoriza para dar excesiva importancia á nuestro cadáver. Si creemos en la vida futura, ¿qué nos importan esos restos de nuestra cárcel terrena? Si no creemos en la existencia de ultratumba, ¿qué representa el cadáver, sino un detritus orgánico, resto de un fenómeno individual desvanecido? Si estamos dudosos y no nos atrevemos á pronunciarnos ante el obscuro problema de la muerte, ¿creeremos por eso que el cadáver conserva alguna sombra de vida, como lo

creyó el animismo grosero de nuestros remotos antepasados primitivos? Seguramente, no. En consecuencia de todo esto, aplaudo al doctor San Martín, y me agradaría imitarle.

---

## EL PRÍNCIPE RUBIO Y EL PRÍNCIPE AMARILLO

---

El Gran Duque es alto, rubio, marcial. Su uniforme azul con peto rojo y áureos cordones, su casco de hulano ó de lancero con blanco y erguido pompón, dan todo el aspecto bélico que el caso requiere á la figura aristocrática del príncipe lejano. El solo título de Gran Duque tiene una magia novelesca y romántica. La imaginación, al oírle, ve rubias *cocottes* cubiertas de brillantes; ve la vida del placer cosmopolita en Biarritz y en Monte-Carlo, y ve á orillas del Neva un poder tradicional, despreciativo y frío, que se ríe de Dumas y de Constituciones

¡ Qué diferente el otro príncipe lejano que nos visitó pocos días antes ! Pequeño, feo, embutido en opacos uniformes, era un héroe completamente de incógnito, á quien la multitud ignorante y burlona hubiera podido tomar por un

macaco, á no ser por la resonante y trompeteada gloria japonesa.

El contraste entre esas dos figuras basta para explicar por qué antes de la guerra creía todo el mundo en la victoria de los rusos. Y ayuda también á comprender algo de la psicología de la victoria. Creo que hasta la fealdad y la falta de un exterior imponente ha sido un estímulo al heroísmo para los japoneses.

Mientras en las Cortes de Europa, diplomáticos atildados, con el monóculo clavado arrogantemente, decían con un gesto de compasivo desdén: « ¡Bah, *mon cher!* ¿Usted cree que los japoneses pueden atreverse...? Son unos monos..., concedo que unos monos muy inteligentes. Pero, para aplastarlos, á Rusia le bastaría mover un dedo », los monos heroicos templaban su flexible y acerada alma asiática en un fanático afán de igualar, de superar á los hombres pálidos y desdeñosos de las soberbias estirpes europeas.

Los habían visto de cerca en aquel Ejército de las Naciones, espada de la Civilización, que fué á Pekín á salvar las legaciones sitiadas por la chusma celeste. Allí, entre los soldados de cien razas, lanceros de Bengala, atezados gorkas de la India, rubios alemanes disciplinados como

autómatas, franceses impetuosos, rusos gigantescos con caras cándidas y rudas de moujiks, norteamericanos que llevaban en el chambergo el cepillo de dientes como nuestros sopistas clásicos la cuchara, los minúsculos oficiales japoneses hicieron alarde de heroísmo y de curiosidad. Serenos, sonrientes, con el pitillo en la boca y los blancos guantes impecables, permanecían en los sitios de mayor peligro con la tranquilidad de un espectador, y sus gemelos de campaña lo escudriñaban todo. Especialmente examinaban á los rusos. Acaso para sus adentros se decían : « ¡ estos son los hombres á quienes tenemos que vencer ! »

Estalló la guerra. Los negros torpederos japoneses, audaces como naves de Vikings, vuelan en una noche tempestuosa á los acorazados de Alexief. Togo lanza arengas de Nelson y vence como Nelson. Nogi se entera con frialdad espartana de la muerte de sus hijos, caídos en los pozos de lobo y en los alambrados de las trincheras de Puerto Arturo. En todas partes, ante las legiones de los macacos heroicos, de los diminutos soldados asiáticos, retroceden los regimientos del gran imperio moscovita, y un día, ante un Estado mayor de generales amarillos montados en escuálidos caballejos de la Man-

churia, y en cuyas caras, inexpresivas y frías, no ha movido un músculo la embriaguez de la gloria, desfilan los vencidos guerreros del Norte, se abaten las banderas blancas con el aspa azul de San Andrés. Puerto Arturo ha caído.

Al final del bélico drama, el rojo sol, estallando en rayos, de la bandera japonesa se trueca en un gigantesco símbolo. Es como la aparición de un sangriento bólido de gloria y de poder en una página blanca de historia, que inunda y llena aquel meteoro. El Japón conocerá probablemente otros días de gloria; pero no volverá á tener aquella hora única, aquel magnífico momento de triunfo de la voluntad en que salió de la quimérica leyenda de país de abanico y ganó sus espuelas en el torneo mundial. La embriaguez suprema del advenedizo que ha logrado con indomable impulso llegar á la cima, sobreponerse á los poderosos, no la gozan más que una vez los individuos y los pueblos.

El contraste entre los dos príncipes lejanos, el príncipe del Norte y el príncipe del Asia, brinda una alentadora moraleja á los pequeños, á los oscuros, á los ignorados, á los que no hallaron en la cuna los dones de la hermosura, de la riqueza, del poder. Pedid voluntad, forjad

el acerado resorte de las almas, y lo demás se os dará por añadidura. Una noche os acostaréis macacos, y á la mañana siguiente os levantaréis personajes.

---

## FIGURA DE LEYENDA

---

La actualidad desmiente á cada paso á los que se quejan de la monotonía de la vida contemporánea y echan de menos el ambiente poético de otras edades. Una muestra de esta actualidad, que de cuando en cuando dramatiza ó poetiza los tiempos presentes, es esa Mrs. Gunness, á quien los periódicos europeos llaman la vampiresa de Laport, y que indudablemente reúne algunas de las condiciones que en otras épocas convertían á los hombres y á las mujeres en personajes de leyendas ó de cuentos de niños.

Sin duda, Mrs. Gunness no es una figura tan extraordinaria como la de aquel Gilles de Laval, barón de Retz, que inspiró á Perrault la historia de Barba Azul, y cuyo recuerdo, conservado por una tradición de terror, vive aún, ó vivía hasta hace poco, en las aldeas de Bretaña. Mrs. Gunness no ha tomado parte en brillantes hechos históricos como el siniestro mariscal de Retz,

que acompañó á Juana de Arco en la liberación de Orleáns y vió consagrar en Reims á Carlos VII; no se ha dedicado á la magia negra ni ha muerto en la hoguera. La susodicha Mrs Gunness es, sencillamente, una granjera ó hacendada del Estado de Indiana, que atraía á su granja, por medio de anuncios matrimoniales, á los pretendientes, y allí los despojaba y les daba muerte. En la granja se han encontrado muchos cadáveres, por lo cual, obedeciendo á la tendencia á establecer paralelos y semejanzas entre los diversos sucesos históricos, se ha comparado la trágica alquería con el famoso huerto del Francés.

Reconozco que en la historia de Mrs. Gunness hay algunos rasgos prosaicos. Los anuncios participando que una viuda joven, hermosa y poseedora de una granja, desea casarse son un pormenor demasiado materialista y demasiado moderno para que se esfume delante de nuestros ojos con los contornos poéticos y vagos de la leyenda. El móvil que guiaba á la Barba Azul de Laport, ó sea el vil interés, habla menos á la imaginación que los tenebrosos fines mágicos que impulsaban al ilustre Barba Azul de Bretaña á robar niños para sus sacrificios diabólicos. Con todo, Mrs. Gunness hubiera llegado á ser fácilmente una figura de leyenda, si no hubiera va-

riado el ambiente colectivo, lo cual no es culpa suya. Tiene su vida los rasgos esenciales para ello. De esa tenebrosa historia de crímenes de la granja de Laport so podría sacar fácilmente el mito de un hada perversa, de una sirena ó un súcubo que atraía á los hombres y les daba muerte. Sólo haría falta para ello la acción del tiempo, qua va esfuminando las líneas de los hechos reales y dándoles vagorosos contornos, y la acción lenta de muchas imaginaciones que van cubriendo, con su vegetación de yedra y de flores, el seco y escueto tronco de la realidad.

Probable es que no aguarden á Mrs. Gunness tan poéticos destinos. Los días actuales son poco propicios á la leyenda, y no porque las cosas que ocurren ahora sean menos interesantes que las de antaño, ni porque los hombres actuales tengan más corta imaginación que los de hace siglos. La causa es que se vive más de prisa, que ocurren demasiadas cosas y de todas nos enteramos, gracias al telégrafo y la prensa. La leyenda es una planta de lento florecimiento; exige que la cultiven varias generaciones. Su origen es un hecho que hiere vivamente los espíritus, que en el fondo gris y monótono de una vida sin incidentes, pone un estallido, una nota de color, un rastro de luz cárdena y misteriosa como una

llama infernal, ó pura y celeste como la estela de una aparición angélica; un hecho del cual se habla mucho tiempo en las veladas del hogar, y que, á fuerza de contarse muchas veces, va creciendo, va transformándose é idealizándose. Hoy se habla de las cosas veinticuatro horas ó una semana, y se habla de muchas á la vez. La leyenda muere en flor, y los hechos que antes eran su semilla van á parar á la crónica de los tribunales, ó á lo sumo, pasan á la historia, sin bañarse antes en las aguas legendarias, de donde salían antaño revestidos de una eterna juventud y una perpetua belleza.

Los norteamericanos, que leen la Biblia, tendrán que contentarse con ver en Mrs. Gunness la imagen de aquella mujer de los Proverbios, astuta de corazón y con atavío de ramera, que sale al paso del mancebo falto de entendimiento y le dice que ha sahumado su cámara con mirra, áloes y cinamomo, y ha ataviado su lecho con paramentos de Egipto, y se lo lleva « como el buey al degolladero », sin que él advierta que aquello es contra su vida, hasta que la saeta traspasa su hígado. Y hasta es posible que algunos graves pastores protestantes, aficionados á cultivar la actualidad, encuentren ahí materia para muy edificantes sermones.

## LA VIDA NO ES SENTIMENTAL

---

¿Por qué hemos de rendir tan estrecho culto á la pasajera actualidad? ¿Por qué hemos de declarar muertas y acabadas las cosas á las veinticuatro horas de pasar? La impresión que una cosa deja en el espíritu puede durar más que la cosa misma, como el eco dura más que el sonido, y la luz de una remota estrella llega á nosotros cuando tal vez la estrella se extinguió ya en los espacios siderales.

¿Por qué no hablar, pues, de una comedia, después que ha desaparecido del cartel? ¿Por qué no hablar de ella sin intención crítica, sin acordarse siquiera de su título ni de su autor, reconstruyendo las impresiones sueltas é incoherentes de un espectador, que no se acuerda de que hay literatura en el mundo, y mira con curiosidad benévola el simulacro de la vida que hacen ante él los comediantes?

He aquí que sale un personaje triste y grave,

que te es simpático porque no pertenece á la legión de los forzados del chiste. ¿No has reparado, lector, que en la comedia moderna los personajes tienen que estar diciendo continuamente chistes y agudezas? Á este personaje, que no hace chistes, le ha ocurrido una desventura vulgar, frequentísima, que acaso en la economía general del Universo no representa nada; pero que desasosiega hasta á filósofos como Mr. Bergeret. Su mujer le ha engañado. Y este personaje, triste y simpático, abre su corazón á los agüistas de un balneario, y les dice que deben despreciar á la mujer impura y respetar al marido infortunado: lo contrario de lo que suele ocurrir en el mundo. ¿No es natural que lo piense? ¿No lo pensamos todos, aunque quizás hagamos lo contrario? ¿Por qué no ha de decirlo, entonces? ¿Por qué esa voz del corazón no ha de salir á los labios en el teatro, que es un mundo de ficciones y de *posibles*? Y, sin embargo, el espectador encuentra que aquéllo es inverosímil, que aquéllo es ridículo: que las cosas no pasan así en el mundo, porque lo impiden las conveniencias, las terribles conveniencias sociales.

Luego, este personaje triste que ama á una mujer virtuosa y bella, con la que no puede ca-

sarse por estar casado ya con la que le engañó, que sería también bella, aunque no virtuosa, quiere dar una suprema prueba de amor á aquella mujer, y la entrega su hija, la hija de la adúltera, criatura en quien ha reconcentrado los más hondos afectos de la paternidad, ¿No es un rasgo delicado y poético el don de lo que más se ama, de lo que es nuestro consuelo en la vida? Pero el hecho es que tú, lectora, sonríes detrás del abanico, y te parece una cosa extraña y estupenda ese regalo de la niña á una señorita. Piensas que ha de ser para la favorecida origen de muchas dificultades y sospechas, y crees que el personaje triste es un loco ó que la comedia es desatinada.

Y es que la vida no es sentimental. La vida es dura y burlona. El disimulo nos ha ido formando alrededor del alma un duro caparazón de crustáceo, y cuando alguna vez el sentimiento pugna por salir de él, hallamos que sería insólito, ridículo, vergonzoso, que le rompiera.

---

## PERIÓDICOS Y PERIODISTAS

---

Confieso que el *Recedant vetera*... tiene todas mis simpatías. Las antigüedades no me gustan más que en las tiendas de los anticuarios y en los libros de humanidades, es decir, como cosa de lujo ó de entretenimiento. Para los usos de la vida prefiero la época actual, y aun me alegraría, si posible fuera, haber nacido uno ó varios siglos más adelante, pues sospecho que entonces se vivirá mejor que ahora.

El pasado nos ilusiona, porque lo vemos detrás de la barrera del tiempo, que es la más segura de las barreras. ¡Qué pintoresco Nerón, qué artístico César Borgia, qué interesante el feudalismo!... ¡Sí, muy interesante, muy pintoresco para nosotros que no tenemos que sufrir á esa gente ni á esas instituciones, y que las vemos con toda comodidad, al través de los libros, como un espectáculo de teatro!

Tal vez por esto no me entusiasma el perio-

dismo antiguo. Los periódicos viejos que he leído me parecen muy inferiores á los actuales. No sólo inferiores en la parte material, sino en cultura, en estilo y hasta en el concepto de lo que debe ser un periódico.

Antes, un periódico tenía un credo cerrado en todo, en política, en religión, en moral, en literatura. Era una pequeña iglesia, y al mismo tiempo era un ente moral, una persona colectiva donde quedaban absorbidas las personalidades individuales que le componían. *La Iberia*, *El Contemporáneo* ó el *Heraldo* opinaban esto ó lo otro. Hoy, los periódicos, como entidad, van opinando menos, y en cambio, los periodistas, individualmente, opinan más. Creo que con el tiempo los periódicos dejarán de opinar. Opinarán exclusivamente, y bajo su responsabilidad, los escritores que en ellos colaboren. Serán los periódicos confederaciones de opiniones, que tendrán cada una un nombre y una individualidad, y que, por lo mismo, ofrecerán mayor variedad y podrán ser más sinceras y más libres.

Yo escribo en varios periódicos, por ejemplo, y no estoy conforme ni tengo para qué estarlo con todo lo que en ellos se dice. En esos periódicos habrá seguramente otros escritores que tampoco estarán conformes con lo que yo digo.

Pero podemos escribir decorosamente en las mismas hojas, porque tenemos la responsabilidad de nuestras opiniones y hablamos por cuenta propia.

Este movimiento individualista tiene varias ventajas; da su justo valor de origen á las opiniones, estimula la independencia y despierta el sentido de la responsabilidad. Bajo el anónimo de los periódicos se han dicho muchas cosas que acaso no se dijeran bajo la firma de sus autores, y, en cambio, ese anónimo ó lo que ese anónimo representa de credo, de entidad colectiva, impide decir otras cosas, ó si no lo impide enteramente, lo dificulta.

La creciente individualidad del periodista y la variedad de opiniones que va abriéndose camino en los periódicos, son un gran paso hacia la verdad y una escuela de tolerancia. Le dicen al público: «escucha lo que dice Fulano» y le dan á escoger entre varias opiniones, con lo cual le enseñan á discurrir, que es cosa que no estorba. En el periódico ideal que yo tengo soñado, como tendrán el suyo todos los que se consagran al periodismo, se firmaría hasta la última línea. Así tendría cada cual la responsabilidad de sus pensamientos y de su gramática. Y tendría también la gloria ó el aplauso, si los mere-

ciase. Se lograría con ello un resultado moral. Desaparecería el caso del periodista que consume su talento y su vida en la labor obscura del anónimo, encumbra á muchos, ayuda á algunos á hacerse personajes y á otros á hacer fortuna y él acaba muriéndose de hambre, desentlace triste y enteramente reñido con la moral. No creáis que esto importa sólo á los periodistas. Le importa también al público. Hablando á cara descubierta, hay que pensar lo que se dice, y se sabe quien habla.

El progreso alcanzado ha sido posible por la transformación de los periódicos. Los periódicos modernos, los verdaderos periódicos, no las antiguas Gacetas, Mercurios y Correos de los sabios ó de los eruditos, nacieron como instrumentos de propaganda de doctrinas, se crearon para la apología ó la impugnación de ideas. El sistema constitucional necesitaba estos órganos que fueran tornavoz de sus asambleas. Tenían que ser, por su índole, estos periódicos, parciales, estrechos, doctrinales y dogmáticos. Pero hoy el periódico va siendo otra cosa; un medio de información, un avisador público, una guía de lo que sucede, una historia del día, en que se intercalan comentarios é intermedios de literatura. El comentario, que antes era lo principal,

es un complemento. Se podría hacer un periódico exclusivamente de noticias; pero un periódico compuesto sólo de comentarios, de artículos, tendría pocos lectores.

Un periódico no es ya *una idea*, es un vehículo de ideas diversas y de múltiples hechos. Á las ideas se les pregunta hoy su nombre y procedencia, y ellas, al andar libres por el mundo, se han civilizado, han adquirido cierta educación y pueden estar juntas sin devorarse, aunque se sigan odiando unas á otras. Gracias á eso se va destacando, cada día más, del fondo del periódico, la personalidad del periodista; y esa personalidad es la aurora de la independencia.

---

## LA GRAN CÓMPLICE

---

En la Caja de Depósitos de Madrid se descubrió una estafa importante....

Los periódicos han estado hablando dos ó tres meses del asunto. Á las estafas les pasa lo mismo que á las personas. Su importancia social está en relación con la suma de dinero que representan. Una estafa de unos cientos de pesetas es, en su clase, un pobre diablo, indigno de la atención pública. Pero si los cientos son cientos de miles de pesetas, se torna asunto de transcendencia social, que ocupa largas columnas en los periódicos. ¡ Poder de los números ! ¡ Virtud ennoblecedora del dinero, hasta cuando es robado !

Ese caso de la Caja de Depósitos es el de siempre, el que estamos hartos de ver. Conocemos á un señor simpático, jovial, elegante, ruboso, que se da lo que el vulgo llama con envidia: *la gran vida*. Le vemos en todas partes, en

los estrenos, en los casinos distinguidos, en los restaurants á la moda, en los bailes. Es uno de los miembros de ese *todo Madrid* de los revis-teros de salones, tan pequeño, y que, sin embargo, contiene tantas vidas misteriosas y equívocas. ¿Es rico nuestro héroe? Nadie lo sabe; pero él gasta como si lo fuese, más que si lo fuese, porque los ricos de veras suelen ser cicateros y comedidos en sus gastos. Anda con bellas muchachas alegres y generosas de su cuerpo; su dinero es el primero en las suscripciones benéficas, y el primero también para los sablazos de los amigos; viaja, triunfa, goza, hasta, que un día desaparece de una manera ruidosa como un cohete. Unas veces es romántico, y se pega un tiro; otras es práctico, y se escapa con unos miles de duros ó unos millones. El hecho es que aquella existencia brillante y ruidosa acaba como las funciones de fuegos artificiales: con un petardo ó estallido final.

Y aquel día, muchos que tal vez le pidieron favores, que acaso le adularon bajamente y le quitaron motas, se frotan las manos de gusto y se dicen unos á otros: «¿Lo ven ustedes? ¡si no podía ser! ¡si ya lo decía yo!» Da gana de decirles: «Si ustedes sabían que D. Fulano era un bribón, ¿por qué le trataban?; y si le trataron,

¿por qué le quitan ahora el pellejo, en lugar de callarse caritativa y prudentemente?» Lo que hay de vil en el ensañamiento con estos caídos es que no obedece á motivos morales. No se necesita ser un zahorí de pensamientos ocultos para comprender que no se odia en esos sujetos la estafa final, el desenlace que los deshonra, sino que se les guarda el rencor envidioso de su vida pasada, de las queridas, de los trenes, de la existencia fastuosa y epicúrea. La envidia, contenida hasta entonces, es quien vierte su acíbar en los juicios.

Por mi parte, los miro con lástima. Son generalmente caracteres débiles, esclavos del qué dirán y de las apariencias sociales. Hombres que tenían vocación de ricos, que aceptaron atolondradamente ese papel, sin facultades para desempeñarle, y no pudieron luego desembarazarse de él por medio de una prudente retirada. Y su cómplice es la sociedad, la sociedad interesada y egoísta, que guarda todas sus genuflexiones y sonrisas para el dinero y le abre servilmente todas las puertas, sin preguntarle si tiene talento, ni si tiene virtud. Esa sociedad, llena de sugerencias y ejemplos corruptores, es la que crea tales sujetos y luego los condena con severo gesto moral. Y á menu-

do, entre las personas respetables que usan de la palabra en nombre de la ética, hay algunas que perpetraron parecidos latrocinios; pero que tuvieron más suerte, ó los disfrazaron mejor, ó todavía no han sido descubiertas.

¡ Ah, sociedad frívola y cruel, que honras al lujo y al vicio triunfantes, con rebajamiento de lacayo; con grosera saña de lacayo también te cebas en los caídos, sin hacer examen de conciencia para ver la parte que tienes en sus culpas! ¿ Qué hubieran sido esos hombres en otro ambiente moral, en otro medio donde no reinase el dinero? Algunos se regeneran con el cambio de aires, como los enfermos del cuerpo. He conocido dos ó tres que, huídos de España, han rehecho su vida, se han vuelto personas decentes, han conquistado una posición y probablemente profesarán ahora una moral muy rígida.

El trueno de esos extraviados deja tras sí una moraleja vulgar, pero útil. « No hay que estirar los pies más allá de donde llega la manta », dice el refrán. Burgués prosaico, tu misa, tu olla y tu doña Luisa no son la peor parte. Tal vez tu doña Luisa es fea y tu olla insípida; pero tienes tranquilidad, no conoces la zozobra de esas vidas atormentadas y febriles, placenteras por

fuera, en que el mañana es una negra incógnita ; ignoras, por tu fortuna, el drama interior del hombre que bromea con los amigos en el palco de Apolo y hace guiños á las coristas, y no sabe si aquella misma noche se pegará un tiro ó se escapará de Madrid.

---

## LOS DOS MOLTKE

---

Si Schopenhauer volviera á la vida y le diese por publicar nuevas ediciones de *El Mundo como voluntad y como representación* y de los *Aforismos*, podría añadirles numerosos ejemplos prácticos en demostración del pesimismo. Entre ellos no dejaría de incluir uno, ocurrido hace poco en Berlín. Esto suponiendo que los pensamientos de un hombre que ha cruzado la laguna Estigia y bebido de las aguas del Leteo no experimenten variación, hipótesis casi tan aventurada como la de que un muerto vuelva á este mundo antes del Juicio final.

El caso de Berlín es curioso. Un sujeto disputa con un sargento de policía, y le grita : « ¡ Moltke ! » El sargento denuncia por injurias al que le lanzó el epíteto, y los tribunales condenan al acusado, entendiendo que *Moltke* es, efectivamente, una injuria, atendidas la intención y las circunstancias de lugar y tiempo.

« *Distingue tempora et concordabis jura* » — han debido decirse los jueces berlineses, considerando que las glorias militares de Moltke el bueno están ya un poco lejanas, y los escándalos de Moltke el malo, el afeminado, están frescos y recientes.

De esta sentencia se desprende una filosofía desconsoladora. ¡ Vanidad y brevedad de la gloria ! Haber triunfado en Bohemia y en Francia, haber echado abajo un imperio y haber levantado otro, haber sido el maestro de la guerra en Europa, ¿ cuántos años dura ? Basta con que al cabo de un tercio de siglo aparezca un degenerado, un homosexual y escandalice á las gentes, para que esta personalidad grotesca y triste se sobreponga á la personalidad gloriosa y Moltke no sea ya el vencedor de Austria y de Francia, sino el invertido. Si las palabras tuvieran un alma individual, ese apellido se sentiría enormemente molesto y abochornado con el cambio de significación.

La sentencia se ajusta, sin embargo, á la realidad, al reconocer que la actualidad vence á la historia y la mala fama á la buena. El hombre es esclavo de sus últimas impresiones, y el espectáculo del mal hiere más profundamente su fantasía que los ejemplos del bien. Tal vez por

eso los héroes predilectos de la poesía popular son bandoleros, y los que alcanzan premios de virtud, en los raros casos en que la virtud se premia, no consiguen un mal romance.

El denunciante de Berlín era modesto. Al oírse llamar Moltke, ni por un momento se le ocurrió que el nombre pudiera referirse al famoso feldmariscal. Comprendía acaso que es mucho más fácil parecerse á Moltke el ruin que á Moltke el glorioso, y eso que, según cuentan las crónicas, el sargento tenía algún parecido fisonómico con el célebre guerrero, cuya celebridad ha sido eclipsada por la de un homónimo tan despreciable.

¿Vale la pena de haber dirigido el aparato bélico de centenares de miles de hombres, de haber expuesto la vida en batallas, de haber cortejado y vencido á esa esquiva deidad que se llama la gloria, de haber sido un rayo de la guerra, para eso? Moltke ya no es Moltke; es el otro. Si aquel frío capitán, de marmórea é impassible apariencia, de aspecto eclesiástico, pero de alma férrea, pudiera enterarse de cómo andan los negocios del mundo, tal vez pensaría que la única filosofía razonable es aquella filosofía epicúrea del Ecclesiastés, que dice : « no seas demasiado justo, ni seas sabio con exceso... come tu pan

con gozo y bebe tu vino con alegre corazón; goza de la vida con la mujer que amas todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol, porque esta es tu parte en la vida ».

Aunque no sea más que por no parecerse al otro...

---

## LOS LIBROS Y EL SUEÑO

---

No sé dónde, porque con la lectura de mucha variedad de textos se le confunden á uno las especies, leí cierta burleta ó vejamen contra un señor que en la biblioteca del Ateneo había sido visto dormitando sobre un volumen de Hegel. La reprensión me pareció injusta. Creó que una de las misiones de los libros, en el mundo, es la de ayudar á las gentes á conciliar el sueño. Esta virtud narcótica no redundaría en desdoro de los libros. Enmendándole la plana al buen D. Juan Nicasio Gallego, de quien se cuenta que habiéndose dormido mientras le leían un drama, y quejándosele el poeta ó portalira — que dicen algunos modernistas — de que no le diera su parecer, contestó : « El sueño es una opinión », podemos oponer : no ; el sueño no es una opinión : es un apaciguamiento de nuestras

potencias, una benéfica paralización de los cuidados de la vida, que se opera en nosotros á veces por la magia de un libro, como á impulso de una morfina espiritual.

Gratitud inmensa he guardado yo durante largo tiempo á un honrado libro de texto, que fué muchas noches alivio y remedio de mis insomnios. Era el *Derecho canónico*, de D. Francisco Gómez de Salazar, catedrático de grata memoria, y después virtuoso prelado, que dió el raro ejemplo de modestia de renunciar su mitra. Cito el libro, pensando que la cita no ha de redundar en su mengua; pues era un texto claro, sapiente y de moderado precio, del que no hubiera tenido que decir nada el señor marqués de Villaviciosa de Asturias, gran debelador de textos que son terror de estudiantes y verdugos de sus bolsas y cerebros.

Riñas con las novias, apuros pecuniarios, bur-las de la fortuna en los naipes, disgustillos familiares : todo lo que puede robar de vez en cuando el sueño á un mozo, se anegaba y desvanecía bajo el influjo de aquel benéfico libro, ni más ni menos que si el Decreto de Graciano y los Concilios generales fuesen un espiritual Leteo, fuente de paz y olvido. Como el ánima humana es propensa á la ingratitud, pensé algún

tiempo que aquel beneficio se debiera á la aridez del texto. La experiencia de nuevos casos y de nuevos libros, que fueron también conjuro del sueño, me ha disuadido de aquella malicia y me ha llevado á inventar una teoría, según la cual el sueño es uno de los beneficios que nos reporta la lectura. La vida espiritual de cada hombre es un tejido de teorías, que fabricamos para explicarnos nuestra propia vida, aunque muchas veces no se nos revelen con la claridad precisa de una explicación, y se queden en la penumbra del presentimiento.

¿Qué es lo que nos roba el sueño ? Es lo personal : nuestros cuidados, nuestras penas, nuestras ambiciones, la lucha inquieta del yo con lo que nos rodea. Los libros que nos interesan, los libros bellos y elevados que se apoderan de nuestro espíritu, nos sacan de nosotros mismos. esparcen sobre nosotros una impresión de calma, de serenidad ; nos convierten en sujetos de contemplación, llevan nuestra alma á la región encantada del ensueño. Entonces, nuestro espíritu se apacigua y descansa. La lectura le ha arrancado el aguijón de sus inquietudes. La vida fisiológica se normaliza. Se siente una dulce necesidad de reposo ; la lectura se va tornando una música lejana, una canción que nos arrulla

con su poesía, como la canturía de una nodriza,  
y dormimos.

He aquí por qué dormirse sobre un libro, no  
es deshonoroso para el libro ni para el durmiente.

---

## UN SUICIDIO

---

En un periódico he leído la triste noticia : la mujer más bella de Boston, Mistress Stars, esposa de un banquero millonario, se ha suicidado tirándose por un balcón. Era rica, era hermosa, joven, envidiada. ¿ Por qué el suicidio ? Los médicos lo han dicho. Mistress Stars estaba neurasténica á consecuencia de la fatiga que le producía la intensidad extraordinaria de la vida de sociedad que llevaba. Así como el artillero muere al pie del cañón, y el médico perece en la epidemia, y el minero en la mina, Mistress Stars ha muerto víctima de su belleza. Esta *professional beauty* tenía la misión social de ser hermosa, de deslumbrar, de lucir un bello descote, unas espléndidas *toilettes* y unas joyas fantásticas ; de parecer feliz, de divertirse, de despertar en los hombres de su mundo el deseo de ser el más apuesto, el más rico, el más seductor para ser amado por una mujer semejante.

Esta misión, al parecer fácil y agradable, era tan fatigosa, que Mistress Stars no ha podido resistirla. Tan cansada estaba de divertirse, que para no divertirse más, se ha tirado por el balcón. Bien se la puede incluir entre las víctimas del riesgo profesional.

Es probable que el vulgo se conmueva mucho menos por la muerte de la hermosa Mistress Stars, que ante otras muertes obscuras, sencillas y vulgares, como la del albañil que cae del andamio, la de la pobre obrera, mal comida, á quien la atmósfera viciada del taller condena á la tuberculosis, la del niño pobre que sucumbe por falta de nutrición y de cuidados. Más de una honrada comadre se sentirá tentada á poner un epitafio cruel é indecoroso en la tumba de la bella norteamericana: « ¡ La muy..! ¿ Tenía más que haberse estado en su casa y haberse dejado de diversiones y de bailoteos? ¡ Si hubiera tenido que ganarlo para criar á sus hijos, no hubiera pensado tanto en divertirse ! »

Es verdad. ¡ Pero la muerte de ese frágil ídolo de la belleza y del lujo es, sin embargo, conmovedora! Morir á fuerza de divertirse parece una muerte poco seria, por la aparente futilidad del motivo. Pero no hay tal; es una muerte tan

trágica como otra cualquiera, una de las manifestaciones del destino, irónico y cruel.

Aprovechemos la ocasión para disertar sobre la vanidad de la riqueza, que es un leve consuelo para los que no la poseen. La felicidad, la relativa felicidad que cabe en la vida humana, y que consiste principalmente en estar alegre y no tener quebraderos de cabeza, no depende de las circunstancias exteriores, depende de nuestra complexión espiritual, de nuestra capacidad para vivir para nosotros mismos, virtud rara, porque si el egoísmo abunda en el mundo, escasea en cambio el egoísmo razonable. Somos esclavos de lo que la vida nos ha dado : riqueza, hermosura, ambición, puestos sociales eminentes. Todo eso nos arrastra implacablemente. nos hace marchar como los mercaderes árabes á las caravanas de esclavos negros en las épocas de la trata. El látigo del deseo nos hace andar, hasta que caemos rendidos ó nos tiramos por el balcón ó por cualquier parte, como la pobre *Mistress Stars*. Y cuando no tiene remedio, cuando hemos consumido lo mejor de nuestra energía, de nuestra salud, de nuestro espíritu, si por ventura hemos triunfado, advertimos que el triunfo no valía la pena; y se nos revela la amarga verdad : ¡ no hemos vivido ! Sólo los ven-

cidos conservan hasta el final el espejismo de la meta á que no llegaron. La siguen viendo bella, esplendorosa, atractiva, porque no la han tocado. Lo cual engendra otro género de desesperación.

La educación nos enseña ó todo menos á ser felices. Esa sería, quizás, una enseñanza disolvente. La sociedad está basada en el dolor y el engaño. La misma especie se perpetúa alucinando al individuo. Para conservar la civilización hace falta que hombres y mujeres se afañen por multitud de cosas exteriores, de apariencias falaces y crean que ser dichoso consiste en conseguirlas. Hasta es menester que haya bellas mujeres como *Mistress Stars*, que á fuerza de divertirse se vuelvan locas y se tiren por el balcón.

---

## LOS BAILES DE MÁSCARAS

---

Si yo os dijera que los bailes de máscaras son una cosa sumamente lúgubre, sería fácil que me tomaseis por un chiflado ó, lo que es peor, por un agrio moralista, interesado en fastidiar al prójimo aguándoles la fiesta á los que se divierten. Debo decir en mi defensa, que no me considero más chiflado que cualquier otro que lo esté medianamente, ni abrigo el aleve propósito de repetir y glosar en prosa aquello de:

*Jóvenes que estáis bailando  
al infierno vais saltando.*

Vayan á donde gusten los que bailen. Yo me libraré muy bien de disuadirles.

Pero los bailes son tristes. La locura ha envejecido atrozmente y nos hace el efecto de una cortesana arrugada y fofa que no consigue disimular con los afeites los estragos de la edad.

Entramos en el salón de un teatro, de donde

se han retirado las butacas como pasajero sacrificio á la respetable dueña Doña Terpsícore, acreditada Celestina. Vemos allí á los mismos de siempre, á los forzados del placer, á esas cuantas docenas de hombres que están en todas partes, en el palco de tal ó cual sociedad, en la barrera de los toros, en el entierro, en el estreno. Su misión social y casi su razón de ser estar en todas partes, en todas las partes donde no se hace nada. Cada año los encontramos más viejos, con más barriga, con más canas en las barbas; ó con las barbas más negras, según profesen ó no afición á la química. Dan una vuelta llevando de bracero á una máscara gorda de mantón de Manila, á quien conocen perfectamente y que no tiene el menor empeño en no dejarse conocer. Dicen los mismos chistecitos, dignos de ser reídos por el ayuda de cámara ó por el peluquero, á las interesantes tapadas ó descubiertas, que se les acercan, ó á quienes ellos llaman con aire paternal de Tenorios jubilados que acaso no fueron nunca Tenorios en activo.

¿Y ellas? También están las mismas, con más brillantes y más kilos. La discreción nos hace suponer que los brillantes serán auténticos, y

en cuanto á los kilos, no nos cabe la menor duda, ahora que están de moda las mujeres esbeltas y escurridas. La juventud modernista murmura al pasar : ¡ vaya un empeño ! aludiendo como es natural á los brillantes. Al reconocer á esta ó la otra de las mascaritas, que al ajamornarse repelen el diminutivo, nos asalta una legión de recuerdos melancólicos. ¡ Si es la Fulana ! Y en el lugar de la matrona que nos dice unas cuantas amables vaciedades, vemos una sombra juvenil y riente á la cual dedicamos algún día un fresco ramo de ilusiones. No, no es Fulana, nos dice consolador el optimismo. Debe de ser su madre.

Sin embargo, el personal femenino se renueva más. Hay cada año algunas nuevas reclutas, de una novedad relativa, que salen al mundo patrocinadas por las antiguas, de una antigüedad absoluta.

Damos una vuelta al salón, llevando del brazo á Fulanita y á nuestros recuerdos. Todo alrededor máscaras sentadas esperando que alguien las diga algo ; ¡ cómo deben de divertirse las pobrecitas ! Lo mismo aproximadamente que nos divertimos nosotros, dando resignadamente la vuelta á la manzana, ó al salón, por hacer algo.

Otras máscaras, las más desenvueltas y las que tienen más relaciones sociales, mariposean por los palcos y por el salón, recibiendo allá una copa de champagne, allí un apretón, más allá un chiste tonto, cuya calidad demuestra que es hijo legítimo de su padre.

Suena un vals. Algunas parejas bailan un semi *agarrao* en torno á los graves bastoneros que son los maceros de este Congreso de la locura postiza. Cuando cesa la música, unos cuantos jóvenes, que probablemente no han descubierto la pólvora ni ninguna cosa parecida, y que son el elemento bullicioso y terrible del baile, se entretienen cultamente disparándose paquetes enteros de *confetti*. Hay que ser ó no ser calavera. Ellas los miran con ojos maternales. ¡Oh juventud, primavera de la vida....!

No vamos al buffet, porque estamos bien con nuestro estómago y no tenemos interés en molestar á nuestro bolsillo. De memoria nos sabemos que cualquier comistraje, que en otra parte rechazaríamos indignados, allí nos costará un sentido. ¿Qué haremos? ¿Emprenderemos la amorosa conquista de cualquier mascarita á quien podemos ver sin careta fuera del baile, cuando nos venga en ganas, á costa de un mó-

dico sacrificio? ¿Bailaremos un vals con alguna *vierge folle*, que será doncella de labor ó de cualquier clase de labores? ¿Alternaremos con nuestros apreciables amigos, los jóvenes de los sacos de *confetti*?

No; todo eso es demasiado aburrido. Lo mejor es marcharse. Salimos del baile más tristes, más aburridos que el año anterior. El baile nos ha parecido más ramplón, las mascaritas locas, menos interesantes. Pero volveremos el año que viene, llevados de la eterna ilusión de lo desconocido. De aquí á entonces habremos tenido tiempo de olvidarnos de que en los bailes de máscaras no hay ya aventuras, ni sorpresas, ni ilusión. Todos nos conocemos. Se trata de una comedia cuyo desenlace sabemos de antemano, y en la cual representamos sin convicción el papel de personas que se divierten.

---

## LA NOVELA DEL ANTICRISTO

---

No se figuren ustedes, lectores amigos, que yo intento escribir una broma volteriana é impía, calificando al Anticristo de personaje de novela. No, el volterianismo ha pasado de moda. Pero los hechos son los hechos. Y es el caso que en Inglaterra se ha publicado una novela de un escritor eclesiástico, el P. Benson, de la cual es protagonista el Anticristo.

¿Tiene el Anticristo condiciones para ser personaje de novela? Si hemos de juzgar por la del P. Benson, que se titula *The lord of the World*, indudablemente las tiene. Cuando tanta gente-cilla de poco más ó menos es protagonista de novelas, dramas y comedias, en mal lugar dejaríamos á un personaje de tanta cuenta como el Anticristo, si le negásemos las condiciones necesarias para desempeñar ese papel. Al cabo, es un mediano honor para el Anticristo, quien, al aparecer en una novela, se nos presenta en esta-

do de decadencia y rebajamiento como los artistas de ópera que por azares de la vida se ven obligados á cantar en un Music-hall.

Sin embargo, esa decadencia es menor de lo que parece. *The lord of the World* no es una novela vulgar, sin otro fin que el de entretener á la gente. Es una novela apologética. No debemos asombrarnos de que la Apología busque el auxilio de la novela y se valga de ella como de una forma retórica. Cada época pide sus armas dialécticas. Las novelas tienen hoy infinitos lectores, y muy pocos los libros apologéticos que no disfrazan de algún modo su condición. El P. Benson que es un escritor de mérito y un eclesiástico ilustrado, poseído de ese espíritu práctico y moderno que distingue á los católicos de los pueblos anglosajones, ha comprendido que imitando á Wells, se podían prestar buenos servicios á la Iglesia. De ahí su novela.

¿Qué pasa en esta novela? *The lord of the World* es una de tantas novelas que son historias de lo futuro, anticipaciones de lo por venir. Nos da una visión fantástica de lo que será el mundo dentro de cien años. Como nada cuesta ampliar estos plazos, nosotros, si se nos hubiera ocurrido escribir una novela como la del

P. Benson, y hubiéramos tenido gracia para ello, habríamos puesto la acción algo más retirada en esa indefinida lontananza del tiempo, de la cual se pueden cortar siglos sin miedo, porque hay tela para rato. Claro es que los lectores de *The lord of the World* no vivirán cien años ni podrán llamarse á engaño, si al cabo de ellos no ocurre nada de lo que ese libro nos refiere. Pero todo hace creer que dentro de un siglo el mundo no habrá experimentado transformaciones tan profundas como las que dicha novela pinta. Sin embargo, es posible que la marcha de la humanidad se acelere extraordinariamente. De lo que se ocurrirá en 2008 no tenemos motivos para saber más que el P. Benson.

Dejémonos llevar por el novelista al siglo futuro. La faz del mundo ha cambiado. Sólo existen tres grandes Estados, la Confederación europea, la americana y el Imperio asiático. En los espíritus ha triunfado el Naturalismo, y como resto de las edades pasadas, como nido arcaico y venerable de la fe, sólo queda en Roma un núcleo cristiano. La victoria del Naturalismo humanista no ha podido prevalecer sobre el *Tu es Petrus...* El peligro amarillo, adivinado y pintado por el César teutón Guillermo, está en su hora de mayor intensidad. El Imperio de

Oriente va á arrojarse sobre Europa. Entonces aparece un personaje extraordinario, Felsenburgh. Nadie sabe de dónde viene ni quién es ; posee una poderosa fuerza mágica, que hipnotiza á la humanidad. Unas cuantas palabras en esperanto ó en la lengua universal de entonces, le bastan para conjurar el conflicto mundial. Los hombres, seducidos por este falso profeta, hacen de él su Dios, adoran en él á la Humanidad. Renacen las pasiones gentílicas de los días de las persecuciones, y se quiere exterminar á los cristianos, que son los únicos que no consienten en adorar á Felsenburgh, tenebroso como los magos de la Atlántida de que nos han hablado los teósofos en relaciones tan fantásticas como la novela del P. Benson. Entonces sobreviene un final verdaderamente apocalíptico : el fin del mundo. Á una novela que termina con el fin del mundo, no se le puede acusar de que deje ningún cabo suelto. El desenlace es radicalísimo, completo, un verdadero punto final.

Todo esto parecerá muy moderno y acaso algo extravagante, aunque se apoye en un antiguo, sagrado y misterioso texto, venerado por largas generaciones ; pero quizás el Padre Benson es menos original de lo que á primera vista parece. Los primeros cristianos desconfiaban de las le-

tras paganas, tentadoras del espíritu. La Retórica gentil les parecía semejante á las bellas estatuas de las Diosas, en que moraba un demonio lúbrico y que á la luz de la luna, en la soledad de un bosque, podían animarse para turbar y perder á algún incauto cristiano, poco ducho en las malicias del enemigo. Después, otros más reflexivos, más agudos, más cultos, comprendieron que la belleza de las letras profanas era un arma que podía utilizarse en servicio de Dios. La Retórica vistió las ardientes apologías, surgieron los Padres humanistas y la Iglesia, fué andando los siglos, la guardadora y conservadora de las viejas humanidades gentílicas, al principio sus enemigas, después reconciliadas y sumisas, como los cautivos de un pueblo vencido.

Á ejemplo de estos Padres cultivadores de la latinidad y del grecismo, el autor de *The lord of the World* ha querido utilizar con un fin piadoso los recursos de la novela fantástica y ha elegido un argumento extraordinario, único, que puede sostener la competencia con *La guerra de los mundos*, de Wells.

El Padre Benson ha tenido la habilidad de modernizar al Anticristo. Hay que *actualizar* á los personajes históricos para que despierten inte-

rés. Si el Anticristo apareciese como se le representaban en el siglo II, en vez de presentarse bajo la figura moderna y futurista de Felsenburgh, correría mucho riesgo de que le tomaran por un fenómeno y le llevaran á una barraca para enseñarle por dos reales, lo cual sería un oprobio y dificultaría el cumplimiento de su misión. Yo creo que el autor de *The lord of the World* es un sagaz exegeta y un adivinador de la historia, y que cuando aparezca el Anticristo, que no es seguro que sea dentro de cien años, será como Felsenburgh, un personaje muy comprensible para los que tengan el desagrado de ser sus contemporáneos.

Uno de los críticos de la obra de Benson, M. Augustin Filon, no aprueba que la novela se meta en tales honduras ni elija argumentos tan sensacionales y aparatosos como la aparición del Anticristo y el fin del mundo. La novela debe volver á su cauce natural y no salirse de su esfera, que es la vida privada, la vida íntima. Bien sé yo que á muchos lectores de novelas, un mediano adulterio ó un insignificante estupro les entretendría mucho más que estas aventuras apocalípticas. Pero hay gentes imaginativas en el mundo, y abrigo la firme y desinteresada esperanza de que el libro del Padre Benson

alcanzará tiradas de muchos miles de ejemplares, y acabará por caer en manos de cualquier editor de Barcelona, que nos dará de él una traducción no menos apocalíptica que su asunto.

---

## EL JUEGO Y EL ESTADO

---

Lector, si tienes dinero, cosa que te deseo desinteresadamente y sin segunda intención, puedes hacer de él lo que te viniere en ganas. Puedes gastarlo bien ó gastarlo mal, ó no gastarlo ; prestarlo á crecido interés, consumirlo en francachelas ó en el culto á la Venus Pandemos ó á cualquier otra Venus de tu agrado ; tirarlo por la ventana, donarlo, emplearlo en obras de beneficencia, que será lo mejor para tu alma. El Estado no se meterá contigo : presenciá impasible el ejercicio de tu *jus utendi et abutendi*. Hasta te ayudará al *utendi* y si me apuras al *abutendi*. Mas si pones tu dinero sobre el tapete verde, la actitud del Estado cambiará. Te amenazará con el Código, te hará conducir al Juzgado de guardia y tal vez á la cárcel. De suerte que de todas las formas del *jus abutendi*, del derecho de abusar de tu propiedad, la única que te está vedada es la de tentar al azar y ex-

ponerte á los caprichos de la Fortuna. El paternal Estado no quiere que corras esos riesgos.

Como para todo hay remedio en el mundo, no faltan algunos lugares donde una tolerancia consuetudinaria hace al Estado cerrar los ojos para no ver el secreto culto al fantástico dios Azar. Te quedan además las carreras de caballos, los partidos de pelota, cuando los hay, y la Lotería, en que el Estado se humaniza y se convierte en empresário de ese mismo azar, que con severidad condena cuando corre á cargo de otro la *cagnotte*.

¿ Por qué se persigue el juego y no se persiguen los otros malos empleos del dinero? Los pecados capitales gozan del amparo del Estado y de la sociedad, á condición de no salirse de ciertos límites, que son bastanté anchos. La gula, por ejemplo, es una industria respetable : se llama gremio de fondistas, y goza de la consideración y de las preeminencias de un cuerpo numeroso de contribuyentes. La lujuria, aunque no disfruta de tanta consideración social, no deja de ser objeto de una protectora solicitud por parte del Estado, que no recomienda á los ciudadanos que falten al sexto mandamiento ; pero, convencido de que lo han de hacer, trata de evitarles disgustos y contratiempos, para que, si pe-

can, pequen con alguna tranquilidad. Sólo el juego es la Cenicienta, ó el Ceniciento de los vicios.



¿Cuál es el móvil de la conducta del Estado? ¿Por qué es tan desigual en el trato de los vicios? Quizás el Estado tiene ese instintivo temor al juego de las honradas familias burguesas, que le consideran como el peor y más terrible de los vicios. Acaso piensa el Estado que la libertad del juego sería un tremendo disolvente de la organización económica. El juego es la fortuna rápida, ganada sin fatiga. Eso es, al menos, en la mente del jugador. La organización económica representa, por el contrario, para la mayoría de los hombres, mucho trabajo y fatiga para alcanzar una corta ganancia. El juego es una gran ilusión, que refuta esa sórdida economía del trabajo, del sudor y del esfuerzo. Por fortuna para la colectividad, es axiomático que los jugadores pierden, más pronto ó más tarde, su dinero. Esto contiene á los hombres, que, en su mayoría, son indecisos y de pocos alientos. Á no ser por el ejemplo del jugador perdidoso, talleres, fábricas, oficinas, laboratorios y Universidades quedarían desiertos. El mundo se

convertiría en una inmensa *timba*, y la civilización se extinguiría en torno de un tapete verde, por falta de gentes dispuestas á someterse á la desagradable esclavitud del trabajo.

\*  
\* \*

Puede que el Estado haya pensado en esto. Puede que no. ¿Quién sabe lo que piensa el Estado? El Estado es una abstracción, un concepto, casi un *flatus vocis*; no tiene cerebro, no piensa. Piensan por él unos cuantos hombres que se llaman legisladores y gobernantes, de suerte que el pensamiento del Estado se compone de una serie fugitiva y varia de pensamientos individuales. En la cuestión del juego ese pensamiento ha cambiado á veces. ¿Quién ignora que ha habido gobernadores que discrepaban del criterio del Estado respecto del juego? Como no estaba en su mano reformar el Código, apelaban al régimen de la tolerancia, de una tolerancia calumniada por los maliciosos, que veían en ella caudalosa fuente de cohechos. En general, el juego, como la usura, como la embriaguez, como el libertinaje, ha resistido la acción de las prohibiciones legales. Los vicios tienen la vida dura.

Y he aquí que algunos Estados — Francia, Portugal — se han dicho : « puesto que no podemos hacer virtuosa á la sociedad, ¿ por qué hemos de privarla de un vicio más, si, después de todo, resulta estéril el esfuerzo para la privación ? Puesto que de todas maneras se juega, que se juegue bajo la vigilancia del Estado y previo pago de la cuota de contribución correspondiente. » Junto al tapete verde ha aparecido la figura del agente del Fisco. Tal vez es este el principio de la decadencia del juego. El Fisco echa á perder todas las cosas y amarga todos los placeres. La presencia de un publicano disminuirá la ilusión del juego, proyectará una sombra prosaica y desagradable sobre el tapete de color de esperanza. ¿ Quién sabe si vendrá por ahí la derrota del azar ?

¿ Es inmoral que el Estado autorice el juego ? Es una capitulación con la inmoralidad. Pero el Estado ; ha capitulado tantas veces ! Capitula con las mancebías en obsequio á la salud pública ; con la embriaguez, en obsequio á la riqueza vitícola ; con el mismo juego, tolerándole en los Círculos aristocráticos y sosteniendo la Lotería. Una capitulación más, ¿ qué importa ?

En cambio, la reglamentación del juego tiene dos aspectos favorables. Uno es el crematístico

ó tributario. Ya que no podamos extirpar los vicios, bueno es convertirlos en contribuyentes, para que no humillen al trabajo, dándoselas de antiguos hidalgos exentos de pechos y gabelas. Hacer pesar el impuesto sobre lo superfluo, sobre la frivolidad y el vicio, es una obra de equidad y de buena política. Por otra parte, el juego reglamentado sería más difícil á las asechanzas de la *tasca* clandestina, al *pego*, á la explotación del matón, á las flores en que Rinconete y Cortadillo ejercitaban sus años inocentes, antes de ingresar en la Cofradía de Monipodio. Sería una especie de inspección sanitaria ó servicio de higiene del juego.

Quizás algún censor severo tuerza el gesto diciendo : todo eso es facilitar el vicio. Pero, ¿ para qué se ha inventado la teoría del mal menor ?

---

## CIUDADANO

---

En el ingreso de los restos de Zola en el Panteón, ceremonia donde lo imprevisto ha tenido un margen bastante ancho para que cupiesen en él encontrados movimientos de la multitud, y hasta un tiro de revólver contra Dreyfus, que ha sido como el petardo final del nacionalismo, el ministro de Instrucción pública, M. Doumergue, pronunció un discurso. M. Doumergue lleva, como tal ministro, el título vetusto y pretencioso de Gran Maestro de la Universidad, y es, por lo mismo, el personaje indicado para saludar á los muertos en el momento que van á penetrar en el Panteón, aunque entren por la escalera de servicio, como dice *Le Gaulois* que ha entrado Zola.

En el discurso de M. Doumergue aparece frecuentemente la palabra ciudadano. Zola, á creer al ministro, ha entrado en el Panteón, á título de ciudadano, por un acto de civismo,

por el *J'accuse* lanzado en defensa de la verdad y de Dreyfus. Su obra literaria queda en segundo término. Y así, ese discurso, pronunciado en elogio de Zola en los momentos en que penetraba en los Campos Elíseos que la República ha creado para sus celebridades difuntas, resultó una involuntaria elegía del zolismo é indica la decadencia en que han caído la escuela y la obra del novelista de Medan. Sin embargo, el civismo, por sí solo, no es título bastante para entrar en el Panteón. ¿Se concibe que Scheurer Kestner, el general Picquart ó el propio Dreyfus duerman mañana el eterno sueño al lado de las cenizas de Voltaire, de Víctor Hugo y de Renán, por haber sido los unos desfacedores y el otro víctima de un monstruoso error judicial? La historia literaria, quizás no dé mañana, en el mañana sereno é imparcial de la posteridad, tan alta importancia á la obra de Zola como se la dieron sus admiradores entusiastas cuando reinaba como maestro de la novela; pero se la dará mayor que la que ahora, en este momento de eclipse ó de fatiga de la fama, le otorgan los literatos. Puede que la Historia no expulse á Zola del Panteón, á que le han llevado prematuramente amigos indiscretos, exponiéndole á los dicterios de una parte de la multitud.

Pero volvamos al discurso de M. Doumergue. Esa palabra ciudadano, que allí vemos, no puede causarnos sorpresa. Es una palabra corriente : un tratamiento republicano y un concepto de la vida política. Como tratamiento, no ha prosperado. Los hombres del 89 y del 93 la trajeron al uso, pensando en las Repúblicas antiguas, cuyos personajes y hechos eran los modelos ideales que se alzaban en sus imaginaciones. Hubo una época en que el llamarse y el hacerse llamar ciudadano era una costumbre de evidente utilidad, y aun podría decirse que de necesidad. El tratamiento de señor era indicio de aristócrata, y un aristócrata era un ser predestinado á la guillotina. Murat, en su correspondencia de tiempos de la República, cuando aún no le prometía el porvenir una corona, detrás de la cual el Destino, irónico, había puesto un fusilamiento, mostraba gran empeño en que le llamasen ciudadano, y no escatimaba esta palabra, acomodándose á las circunstancias de la época. Mas hoy, en la tercera República, las gentes no se llaman ya ciudadanos unas á otras, ni se dice el ciudadano Presidente de la República, ni el ciudadano ministro de Instrucción pública. El *monsieur* ha resucitado, limpio de toda sospecha patricia; puesto que lo usa todo el mundo

y á todo el mundo se aplica. En la vida corriente, el tratamiento de ciudadano sería una ficción; puesto que supondría que el pensamiento capital y permanente de los hombres era la vida cívica : lo cual está muy distante de la realidad.

Esa palabra ciudadano convida á meditar. ¿Qué queda en ella de su sentido originario? Tal vez muy poco. En las palabras hay una metempsícosis al revés. Cada palabra ha tenido varias almas : es un cuerpo que han animado diferentes espíritus. Una palabra es la concreción material de un concepto, la cáscara ó el capullo que se forma una idea. Dentro de esa envoltura material, en la sombra y la quietud del capullo fonético, la idea se transforma, ó tal vez se extingue allí, dejando el aroma vago de una esencia que se secó con el tiempo. Entonces otra idea encuentra aquella cáscara vacía, y se aposenta en ella. Ó acaso dentro del capullo del vocablo se opera una obscura y lenta metamorfosis, y sale al cabo la brillante mariposa de un mito. La teoría de Max Muller está fundada en esta evolución.

El contenido ideal de la palabra ciudadano ha experimentado una profunda transformación. Un culto común á dioses locales, un derecho parti-

cular y exclusivo de la ciudad ; una Patria pequeña, tangible, bien delimitada, en cuya agora podían juntarse los ciudadanos para deliberar sobre los negocios públicos, defendida por una acrópolis, protegida por un altar de que ascendía hacia el sereno azul uránico el humo de los sacrificios, eran los rasgos de la ciudadanía antigua. Hoy, el ciudadano no está ya ligado á una ciudad, sino á un Estado extenso, muchas de cuyas partes no conoce, y en que á veces coexisten nacionalidades varias ; el derecho no es un patrimonio exclusivo suyo ; no alza su mano amenazadora contra el extranjero el *adversus hostem æterna autoritas esto* ; el ciudadano puede profesarlas más diferentes religiones, ó no profesar ninguna : hasta puede el ciudadano ser un *sin patria*, un internacionalista. El alma antigua de la palabra ciudadano se ha desvanecido, y el concepto de la ciudadanía, al ensancharse, se ha vuelto vago é impalpable, como una abstracción, como un universal.

Muchos ó algunos de los que acompañaron á las cenizas de Zola hasta el umbral del Panteón serían acaso ateos, internacionalistas, enemigos del Estado y del Derecho, partidarios de una sociedad sin fronteras ni coacción jurídica, de una Icaria anarquista. El alma

antigua de la palabra ciudadano, si hubiera resucitado ante la repetida evocación de M. Doumergue, se habría encontrado entre ellos como entre seres extraños y desconocidos.

---

## MEDITACIÓN PROFANA

---

En la inmensidad del Imperio romano, la predicación y la muerte de Jesús fueron aparentemente un minúsculo suceso local, una de las disputas que agitaban á menudo las provincias de Asia, en un momento en que la fermentación religiosa era incesante, en que aparecían á cada paso taumaturgos, profetas, iluminados y videntes. Sin embargo, aquel movimiento religioso, que para los romanos que llegaron á tener conocimiento de él, era y siguió siendo por mucho tiempo, una pequeña secta judía, estaba llamado á luchar con el Imperio, á vencerle y á sucederle en su misión de universalidad. Si á un romano de la época de Tiberio le hubieran dicho que en un rincón de Judea se estaba formando una segunda Roma, más grande y más universal que la de los Césares, hubiera creído que esta profecía era la quimera de un charla-

tán ó un loco, alucinado por los cultos del Oriente.

El triunfo del Cristianismo que para el creyente no tiene nada de particular, porque la intervención divina lo allana todo, mirado desde el punto de vista natural y profano, es una de las grandes maravillas de la historia, el más magnífico triunfo del espíritu que recuerdan los anales humanos. Por eso, aunque el mundo llegara á descristianizarse por completo, si la humanidad seguía rindiendo culto á algo y honrando su pasado, sería justo que conmemorase los días en que muchos siglos atrás un rabí de Galilea despertó ansias de perfección y de justicia en una multitud de gentes sencillas é ignorantes, y engendró al morir, en un suplicio de bandoleros y esclavos, el más fecundo acontecimiento humano. Los incrédulos, que gustan de hacer escarnio de la conmemoración cristiana con banquetes de promiscuación y otros actos semejantes, no sólo pecan en sentido religioso, sino que pecan también en sentido natural, contra el recuerdo y el honor que la humanidad debe á sus grandes hechos y á sus principales héroes.

¡ Qué diferencia entre la pequeña comunidad cristiana de Galilea y lo que ha llegado á ser en el curso de la historia el cristianismo ! Los pue-

blos que marchan á la cabeza de la civilización son cristianos. Lo son Europa y América, asiento de los grandes poderes de la tierra y de los emporios de riqueza y de cultura. Aun en aquellas naciones, como Francia, en que aparece abatida la tradicional tutela religiosa y resucita al naturalismo del mundo antiguo, todavía la religión que nació hace veinte siglos en Judea conserva inmensa fuerza y las raíces de la moral, del derecho, del pensamiento y de las costumbres son, en su mayoría, raíces cristianas.

El cristianismo ha conquistado el mundo. Ha creado grandes instituciones históricas, ha formado ese gran órgano de comunión universal que se llama la Iglesia, ha heredado al modo espiritual al imperio romano; sus papas han sido más que Césares, Césares de las almas, pero en esa conquista del mundo, del poder, de la cultura, del arte, de la riqueza, de todas las grandes cosas humanas, al par que en ellas dejaba su espíritu, también con el contacto adquiriría algo del espíritu de ellas y se iba alejando de la simple poesía de aquel pálido y lejano amanecer de Judea, aurora de una idea llamada á universal y espléndido florecimiento. Por eso aquellos días evangélicos de la predicción y la Pasión de Jesús son para el creyente

y aun para el mundano, los días sacros, los días inimitables y únicos, cuya sencilla pureza brilla más en la lejanía del tiempo, que todas las glorias y esplendores que después les ha ido agregando la adhesión de la humanidad.

Para sentir el espíritu cristiano tenemos que volver el alma á aquellos días y á aquellos ejemplos. El daño mayor que la religión cristiana ha recibido y recibe de continuo, no viene de la ciencia hostil, de los espíritus paganos del Renacimiento, ni de los espíritus críticos de la Enciclopedia, no viene de los exegetas, ni de la Geología, ni de la Historia comparada de las Religiones, ni del análisis de los dogmas. No procede del entendimiento, sino de las obras. Viene de que los cristianos no viven según el Cristo. El Cristo amó á los humildes y á los pequeños, al samaritano y á la pecadora, echó á los mercaderes del templo, reprendió la hipocresía de los Fariseos, pagó el tributo al César, predicó el desprecio de los bienes del mundo, habló á los hombres de las aves del campo que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes, y de los lirios, que no labran ni hilan y tienen más gloriosa vestidura que Salomón; prefirió la tenue ofrenda de la viuda á las grandes obla-ciones de los ricos, enseñó la humildad y el

renunciamento, perdonó á sus verdugos. En el mundo cristiano vemos los vicios de los judíos y los gentiles, la soberbia hipócrita de los Fariseos; honrados los mercaderes del templo; despreciados los pobres y los miserables; despierta y anhelosa la codicia de riquezas, vigilante el rencor, el perdón olvidado. Hay que restaurar al Cristo en las almas, donde diariamente le crucifican los que con los labios le honran, á estilo de Fariseo.

---

## ARTE DE PRUDENCIA. EL BUEN CALLAR...

---

El señor Ciges Aparicio tiene la manía de retratar á sus contemporáneos. Todo el que le haya hablado alguna vez puede tener una razonable esperanza de ver su imagen en un libro. Esperanza he dicho y he dicho mal. Temor es lo que debe entenderse pues el Sr. Ciges es un retratista que no adula á sus modelos, sino que los maltrata.

El Sr. Ciges ha escrito unos cuantos libros redactados en forma novelesca; pero son novelas que tienen la particularidad de ser sus personajes seres reales y vivientes. Por lo común no nombra á las personas novelescas con los nombres que llevan en la vida real. Es un mínimo de incógnito que les otorga. Pero los retrata con tales pelos y señales, con tantos y tan expresivos pormenores, que todo aquel que los

conozca no podrá menos de reconocerles. No quiero decir con esto que la pintura sea absolutamente fiel ni verdadero cuanto en estos retratos morales se pinta. De ningún modo quisiera yo hacerme solidario de lo que el Sr. Ciges Aparicio dice. Yo estoy poco enterado de vidas ajenas y soy no más que medianamente curioso de ellas. Además, soy de natural benigno y tengo por norma no molestar al prójimo en tanto que el prójimo no me moleste á mí. Es una manera imperfecta, como todas las cosas humanas, de adaptar á la vida el imperativo kantiano. Lo que quiero decir, es que este escritor es prodigo en señales y pormenores que puedan conducir á la identificación de los personajes.

Los escritos del Sr. Ciges tienen un fuerte y acre sabor libelesco. No me atreveré á resolver si son verdaderos y deliberados libelos ó si el autor se siente poseído de una desenfrenada pasión juvenilesca que le hace verlo todo malo y escribir en consecuencia. Lo cierto es que cuanto dice es propio para desacreditar á sus sujetos ó personajes literarios. Sin embargo, estos libros no deben desconsolar á los partidarios del *dicere de vitiis, parcere personis*, si se atiende á sus efectos. El autor es manifiestamente enemigo de esa máxima de la sátira moral : pero

sus libros han caído en el vacío y han hecho poquísimo ruido.

El Sr. Ciges ha escrito de las prisiones, de los hospitales, de la guerra y de la milicia, del periodismo y la política, de la industria. Ha pintado con extraordinaria crudeza vicios, entuertos, degradaciones, tropelías ; ha atacado con cruel ensañamiento á multitud de personas y de instituciones. Sus libros parecían llamados á producir consecuencias violentas : procesos, desafíos, vías de hecho, respuestas personales y agresivas. Nada de eso ha ocurrido. Las víctimas de tales dieterios han sabido hacerse invulnerables á ellos, por un medio expedito, sencillo y eficaz. No han hecho caso. Se han callado.

Si al Sr. Ciges le hubieran provocado á duelo, ó le hubieran agredido violentamente, ó le hubiesen contestado en la prensa, ó se hubiesen querellado contra él ante los tribunales, se hubiera hablado más de sus libros, se habría llamado la atención sobre ellos y se hubiesen enterado de su contenido muchas gentes que al presente lo ignoran. El silencio ha evitado todo esto. Pocas personas han leído esos libros y aun entre esas pocas los habrá entendido un número todavía menor, el número de aquellos

que estuviesen ya en antecedentes ó sospechas, ó hubiesen oído hablar de lo que en dichos libros se relata.

Hace años, un escritor de mediano mérito escribió un libro titulado *Arte de callar en prosa y verso*. El escribir un libro acerca de esa materia es ya infringir el arte de callar y dar un ejemplo contrario. Además, el libro era superfluo. El episodio á que me refiero demuestra que el arte de callar no necesita entre nosotros maestros ni propagandistas.

La lección que de esto se desprende es clara. Todos los que hablan mal del prójimo, desde los más severos moralistas, hasta los más audaces murmuradores, pierden el tiempo si el prójimo tiene serenidad, contiene sus nervios y calla : si el público no muestra empeño en enterarse ni peca por exceso de curiosidad. Estas circunstancias concurren generalmente en España y se han dado en el caso á que nos referimos. Y no porque seamos enemigos de la murmuración, sino porque nuestra murmuración es partidaria del arte por el arte, no busca consecuencias sociales se contenta con un rincón del hogar, del café, del casino, sin aspirar á correr más mundo. Ello nos enseña que los que idean leyes contra la difamación, contra estas ó las otras propagandas,

padecen acaso un error psicológico. La triaca es el silencio. La indiferencia, es, á veces, un arte sutil de prudentes. El silencio es lo más parecido á la soledad, es compañero de ella y ¿quién hay que, viéndose á solas, se sienta animado para seguir dando voces ?

---

## LOS SOLITARIOS

---

El crimen misterioso que todos los veranos depara la Providencia á los periódicos para remediar la inopia de asuntos suele ser, en Madrid, el asesinato de un solitario. Casi siempre en un crimen vulgar. Dificilmente hallaríamos en él rasgos del asesinato artístico que entusiasmaba á Tomás de Quincey y que tantas disertaciones pedantesco-paradógicas ha inspirado á los imitadores y admiradores que éste, como todos los extravagantes, ha tenido en no corto número.

Estos crímenes se cometen casi siempre en circunstancias muy parecidas. La víctima es un solitario, un hombre raro ó una mujer estrañaria que viven solos, que no tienen criada, ni apenas amistades, que no se tratan con nadie, que entran y salen misteriosos y callados, que no meten ruido en su casa, ni reciben visitas y que, probablemente, tienen en la puerta varias

cerraduras y una cadena de seguridad. Alrededor de estos solitarios se va formando el aura de una pequeña leyenda de porteras y comadres. No se sabe á punto fijo de qué viven, ni si tienen caudal. Pero aunque van mal vestidos y se tratan con sórdida economía, se susurra que son ricos, que dan dinero á réditos, que en los rincones y escondrijos de su habitación ó de su zahurda guardan cuantiosos ahorros acumulados peseta á peseta. Un día, el solitario no sale de su casa. Los vecinos lo observan ó lo comentan. ¿Estará enfermo?, ¿se habrá muerto? Á medida que el tiempo pasa, estas sospechas van haciéndose más densas. La curiosidad y la compasión se juntan en el afán de descubrir el misterio. Se escucha á la puerta... Nada... Se avisa por fin al juzgado y el pobre solitario aparece muerto, estrangulado ó apuñalado y hay en la habitación, donde yace la silueta trágica del cadáver, unos muebles y unas ropas en desorden y unos cajones forzados. Entonces recuerdan los presentes que un día el solitario recibió la visita de un hombre mal perjeñado ó de una mujer de traza siniestra, y de ahí surge la primera pista del crimen.

Hay crímenes en que el autor, como objeto de estudio y aparte de la diferencia de posición mo-

ral, es más interesante que la víctima. Pero en estas muertes de los solitarios, huraños y misteriosos, lo interesante es la víctima. ¿Cómo han llegado á amar el aislamiento esas almas secas é inabordables? ¿qué tormentas de la vida les obligaron á recogerse en sí mismas? Acaso tuvieron los unos una infancia medrosa y triste, sin halagos ni cariño, sin juegos ni bullicio, y allí se formó su condición esquiva, y poco á poco su vida fué tornándose más gris, más opaca, más desierta, y se redujo al automatismo de unas cuantas costumbres y unas cuantas rutinas. Las mismas cosas en su sitio, los mismos quehaceres á las propias horas, y cuando no quehaceres las mismas nimiedades para matar el tiempo y el tedio, y en mitad de aquella existencia árida y vegetativa nació el afán de amontonar unas monedas, afán como el del náufrago que se ase á una tabla pensando que si la suelta perecerá, avaricia inspirada en el sentimiento de que se está muy solo en el mundo y de que si os falta lo indispensable, los hombres os dejarán morir fría é indiferentemente.

Tal vez hay otros de estos solitarios que vivieron, tuvieron infancia y juventud, conocieron la risa, la alegría, la palpitación del placer y allá, hace mucho tiempo, un gran desengaño ó un

hondo dolor hizo subir del fondo de su espíritu una oleada amarga, un veneno estupefectivo que les secó el alma, que les hizo desaseados, taciturnos é indolentes, les inspiró horror hacia el trato de los hombres y les arrebató ilusiones, anhelos, cuanto es la sal de la vida. Desde aquel día se recogieron en sí, amaron su soledad como un seguro, como un escondido asilo, que el dolor, aquel dolor cuyo recuerdo les asusta cual un horrible fantasma, no podrá encontrar. Y así vegetan hasta el día en que una de las pocas personas que les relacionaban con el mundo exterior, movida de codicia, les asesina, ó hasta que, en su soledad, agrandada por el terror de la muerte, se extinguen...

¡ Tristes solitarios ! La muerte levanta un poco el velo de sus vidas. Y, tanto como por la muerte trágica que á veces les acecha, debemos compadecerles por su vida tediosa y opaca, toda sombra, encogimiento, recelo, sequedad.

---

## EJEMPLO INMORAL

---

El capitán de Køpenick no fué capitán más que unas cuantas horas; pero ganó en ellas más fama que muchos capitanes encanecidos en el servicio. Ganóla no por hazañas de guerrero sino de pícaro. El capitán de Køpenick no se había tomado la molestia de cursar en ninguna academia militar. Era, sencillamente, cuando su nombre gozó una hora de celebridad, un zapatero emprendedor. Un día se sintió con dotes de mando. Se puso un uniforme de capitán prusiano, fué á un cuartel y requirió un piquete, con el cual se presentó en la Casa Ayuntamiento de Køpenick. Puso centinelas en las puertas, hizo comparecer al burgomaestre y le presentó una orden, disponiendo la detención del propio burgomaestre y del tesorero, y el secuestro de los fondos municipales. En seguida, muy tieso y muy grave, se hizo acompañar por el tesorero á la caja de caudales, se incautó de 50.000 mar-

cos que allí había; dejó á los detenidos en poder de los soldados, tomó el tren y renunció á la carrera militar.

Este robo á mano armada, digno de un Car-touche ó un Candelas, y efectuado con el auxilio de la fuerza pública, para que la broma fuese más pesada, recorrió toda la prensa de Europa, é hizo reir en todas partes. Se vió en aquella ejecución de un Ayuntamiento, *manu militari*, efectuada por un ladrón audaz, una caricatura del espíritu militar á la prusiana. Naturalmente, á los alemanes les hizo el lance muchísima menos gracia. Se buscó con empeño al supuesto capitán, cuyo nombre es Wilhelm Voigt, se le capturó á los diez días de efectuada su hazaña, y el tribunal competente le condenó á cuatro años de prisión. Pero ya el capitán de Kœpenick era famoso en Alemania y conocido donde quiera que se leen periódicos.

Fué indultado, sin haber cumplido la mitad de su condena. Al salir á la calle se encontró con una posición hecha. La admiración de sus conciudadanos siguió á Voigt á la cárcel. Todos los aficionados á la literatura policiaca, todos los admiradores de Raffles y Sherlock Holmes, vieron en él un personaje nacional de este género, *Made in Germany*, digno de competir con

los héroes ingleses de Conan Doyle, llevándoles además la ventaja de ser de carne y hueso, absolutamente histórico, digno de la tierra de Monsem y Niebuhr. La celda de Voigt se llenó de flores, de cartas femeniles, de obsequios. Una señora le legó 125.000 pesetas, otra le señaló una renta vitalicia, y el excapitán, que no es ningún pollo, pues raya en los sesenta, se va á casar ahora con la elegida de su corazón. Rico y famoso, será, andando el tiempo, uno de los sostenes de la sociedad en su aldea natal, y quién sabe si llegará en ella á burgomaestre y si se llevará por segunda vez los fondos municipales.

Confesemos que el ejemplo de Voigt es profundamente inmoral. Si este sujeto hubiese seguido al pie de la letra el vulgar adagio: Zapatero á tus zapatos, y se hubiera limitado al honroso ejercicio de la lezna y el tirapié, no sería hoy célebre, ni tendría admiradores, ni, por consiguiente, habría recibido los legados de que disfruta, ni tal vez le hubiese hecho caso su novia. El respeto á la moral pública y privada nos impide sacar las consecuencias, que serían profundamente inmorales.

En los tiempos de corrupción, de actividad, de competencia que atravesamos, el éxito es de

los luchadores, de los audaces, de los hombres de presa. El capitán de Kœpenick es un epítome viviente y humorístico de la Filosofía de Nietzsche, un superhombre que se ha limitado á empresas modestas como la de saquear la caja de caudales de un Ayuntamiento. En tiempos más propicios, habría sido quizás un señor feudal, un caudillo de piratas normandos, un jefe de cruzados ó un capitán de lansquenets ó *reitres* tudescos.

Habría saqueado más y su gloria sería más pura. Los humildes, los resignados, los que permanecen en su rincón son los que en todos los tiempos, y singularmente en los actuales, no llegan á nada. Para sobresalir, para abrirse paso, es menester agitarse, empujar, hacer algo, aunque sea lo que hizo el capitán de Kœpenick.

Esa afición y simpatía de las gentes hacia el pícaro ingenioso y audaz es, como digo, un ejemplo inmoral. La debilidad social hacia las truhanerías con gracia, estimula el atrevimiento de los hampones. Voigt hizo reir y esa es su fuerza. Hasta la severa Alemania oficial, no obstante la burla hecha á su uniforme, ha desarrugado el ceño y ha concedido ese indulto que coopera á lo inmoral de la moraleja. El

*bussinesman* americano decía : Hacéos ricos honradamente si podéis, y si no podéis honradamente... haceos ricos. El ejemplo del capitán de Kœpenick está diciendo: Distinguíos por algo bueno, si podéis, y si no... distinguíos por algo.

---

## ¿OTRO MONUMENTO?

---

En el lugar del antiguo obelisco, presidiendo las edificaciones del moderno Madrid, se alza, rodeada de un séquito de figuras alegóricas, la estatua de Castelar. Es un monumento que rehabilita á las estatuas, harto decaídas en el concepto público á consecuencia de los mucho que se han prodigado mármoles y bronce en obsequio de toda clase de personajes y personajesillos. Las estatuas se han vulgarizado lamentablemente. Hasta las tienen en plazas de capital de provincia ó cabeza de partido judicial, notabilidades de campanario que ni siquiera se tomaron la pena de morirse para adquirir algún título á la consagración estatuaría. Se hace preciso, pues, que hombres eminentes presten sus rasgos á estos ídolos del culto cívico, para devolverles alguna parte de su antigua y perdida estimación. Nadie mejor que Castelar para esta vindicación del mármol estatuario.

Casi al mismo tiempo que se inauguraba el monumento al gran orador de la democracia española, aparecía una parte de su correspondencia privada y confidencial. Una pluma optimista, que en algún instante ha podido parecernos una pluma irónica, ha escrito que esta correspondencia era el segundo monumento erigido á Castelar. Nada ignorado nos descubre esa correspondencia. Está allí Castelar, con sus gustos patricios, con su alma hondamente española, con su verbo epigramático y brillante de *causeur*, con su espíritu mudable de heleno orientado hacia un optimismo ingenuo, de cielos vestidos de intenso azul donde vierte su luz Helios, esplendoroso y benigno ; con su horror á la demagogia y á sus hombres y obras ; con la convicción y la estima serena de su superioridad, con su labor incansable de forzado de la pluma, que tiene que surtir de prosas políticas é históricas á publicaciones de casi todo el mundo culto, entreteniendo así la fama y sustentando al par el decoro de una posición y un tren de vida cimentados en el trabajo. Esas cartas, digo, no nos muestran un Castelar desconocido y nuevo ; pero sí nos presentan al Castelar que conocimos en el abandono de la intimidad, en la expansión de la plática y de la correspondencia

familiar en que la palabra no se mide ni se contrastan y moderan los espontáneos brotes del pensamiento; en esa actitud de confianza y de descuido en que el grande hombre no lo es para su ayuda de cámara, ó para su mujer ó para su amigo, no porque haya perdido sus eximias cualidades, sino porque entonces descubre que además de ser grande hombre en las horas en que hay que serlo, es hombre en las demás.

Estas revelaciones autobiográficas de la correspondencia privada y de las memorias, rara vez son un monumento, y es lo regular que sean lo contrario de un monumento, es decir, una humanización. Un monumento tiene una intención deificatoria, pone á un hombre, ó intenta ponerle, en la categoría de los héroes de una nación ó del linaje humano; le afilia entre los conductores de la humanidad. El concepto monumental de un gran hombre es su concepto histórico, la imagen formada por la abstracción de sus cualidades y virtudes pequeñas y comunes, dejando sólo los rasgos superiores, lo que ha sacado á aquel hombre de la multitud y ha hecho de él un sujeto de la historia. Por eso el monumento á Castelar le presenta en actitud oratoria, que es el aspecto culminante de su personalidad, y rodeado de los emblemas de la

democracia, del esclavo redimido, de la milicia restituida, de la historia coronada con los lotos del pensamiento y las rosas de la elocuencia mágica. Un monumento que representara á Castelar escribiendo una carta á Calzado para pedirle dinero, ó contemplando con ojos de *gourmet* los bellos frutos de la huerta de Denia, sería un monumento ridículo y absurdo. La intimidad no levanta monumentos.

No quiero decir con estas palabras que Castelar resulte disminuído por la publicación de una parte de su correspondencia privada. Me limito á afirmar que este es un aspecto extramonumental, ajeno á la glorificación histórica. El conocimiento de su intimidad humaniza á los grandes hombres, y al humanizarlos los vulgariza, haciendo para ellos el papel de microscopio ó desempeñando la misión de carcoma de leyendas.

Hay en el venerable Mahabarata, un episodio de eterna belleza, que me he complacido en citar alguna vez, porque en estos viejos poemas, vencedores del tiempo, se encierra la poesía y la luz mental de muchas generaciones muertas, y ello les da su penetrante y perdurable perfume que permanece aún después de pasar por los vasos de nuevas lenguas, ideadas por otros hombres

que ya no sienten como aquellas pasadas humanidades. Es el episodio de Nalo, rey de Nisa, que ama á la princesa Damianti. Los dioses toman la figura de Nalo, en la Swagambara ó asamblea para la elección de esposo. Tienen idéntica apariencia, pero sus pies no oprimen el suelo. Inmóviles como estatuas de cristal no mueven los párpados, ni aparecen en sus frentes gotas de sudor, ni proyectan sombra sus cuerpos de substancia astral. El polvo y el sudor del hombre manchan la hermosura de Nalo, su cuerpo proyecta una sombra, tiembla oprimiendo el suelo con los pies, y en sus miradas se pintan la angustia y el desaliento. Por estas señas le reconoce Damianti.

La historia, en cuanto es culto de los grandes hombres, aureola de los muertos, no siente como la princesa india. Prefiere al Deva inmóvil, puro, perfecto. La psicología es la que reconoce á Nalo por suyo, por hombre mortal, imperfecto, hecho de carne y con las flaquezas de la carne. Los monumentos son los ídolos del culto histórico, son los símbolos de esa historia seleccionadora y depuradora que conserva lo grande y perdurable. Por eso las cartas íntimas de Castelar me parecen desprovistas de todo carácter monumental.

## EL DOS DE MAYO

---

Los centenarios y otras conmemoraciones análogas son un medio de estimular la memoria de los pueblos, á fin de que no se olviden del todo de sus glorias ó sólo conserven de ellas una borrosa visión, lejana y fría. Son como ceremonias del culto histórico al pasado á lo que tuvo el pasado de grande, bello, sublime ó trágico. En estas ocasiones se sacan del viejo arcón de los recuerdos las preseas de otros tiempos: espadas valerosas, libros sabios, tal vez secas flores de poesía, que aun conservan un como remoto aroma. Se quiere despertar en el alma colectiva un eco de los sentimientos que animaron á aquellos hombres y sucesos cuyo paso por el tiempo se conmemora. El pueblo se acuerda de sus muertos y al acordarse de ellos, como son honrados y gloriosos ascendientes, su alma exulta, y se aprieta el hilo de la tradición histó-

rica, que hace que las naciones tengan ayer y puedan tener mañana.

Así es el Centenario del Dos de Mayo. Algunos espíritus estrechos han propuesto suprimir la conmemoración anual de aquella jornada patriótica, por el temormiope de que mantuviera vivos los resentimientos hacia Francia. ¡ Qué ha de mantener ! El tiempo libra de estas escorias los recuerdos. Todavía conmemora Inglaterra la batalla de Azincourt, en que la flor de la caballería francesa mandada por el Condestable de Albret, cayó asaeteada por los arqueros ingleses que eran entonces la mejor infantería de Europa. Azincourt, Enrique V, la guerra de los cien años, están muy lejos. Los ingleses se acuerdan todavía y hacen bien, porque al acordarse reviven su historia.

En los recuerdos de nuestra infancia y nuestra mocedad, el Dos de Mayo aparece como una visión pictórica, tal como hemos visto representadas sus escenas culminantes en estampas y cuadros. Daoiz y Velarde cayendo junto al cañón en el Parque, la maja bravía haciendo frente al mameluco, el grupo trágico de los fusilados entre los cuales buscan sus deudos gentes desoladas. Y luego una procesión solemne que cruza las calles y unas misas que se dicen en

torno de un monumento funerario, en una mañana clara de primavera en que las muchachas lucen vestidos frescos y vaporosos. Intentemos ahora extraer de debajo de esas imágenes, algo del espíritu de la gloriosa jornada madrileña.

Ateniéndose á la contextura material de los hechos, lo que se conmemora en el Dos de Mayo es un motín y un acto de indisciplina militar. Pero los hechos que agrupamos bajo la etiqueta de un nombre no son equivalentes, ni siquiera análogos. El lenguaje está compuesto de universales, de vagos moldes en que entran cosas muy diferentes. Aquel motín fué una bella página de heroísmo popular. Para ser completa, tuvo hasta el mérito de ser insentata. El pueblo madrileño no podía menos de ser sojuzgado rápidamente por las tropas de Murat. Mas el heroísmo, para ser acabado, necesita atreverse á imposibles, olvidarse de la sensatez y la prudencia, que no son escuela de héroes, tener algo de sublime locura, que no repara en la insuficiencia de los medios. Lo que más ennoblece á los héroes trágicos, es que luchan contra el Destino, más fuerte que los dioses. El Destino los vence; pero ellos, al caer en postura heroica, se hacen dignos del exámetro ó del verso trocáico.

Mirando los sucesos con frialdad, con alma de espectador, separada de ellos por un siglo de distancia, podemos preguntarnos : ¿Qué hubiera sucedido si el pueblo español no se levanta contra los franceses ? Evidentemente, España no hubiera quedado reducida á una provincia francesa. El imperio napoleónico era una construcción monstruosa y deleznable, una de esas creaciones fantásticas del genio de las armas, que pasan como una pesadilla sangrienta y esplendorosa. Hasta es dudoso que aquí hubiera podido establecerse una dinastía extranjera, como la de los Bernadotte en Suecia. Lo más probable es que, vencido Napoleón, como tenía fatalmente que serlo por la coalición europea, hubiera venido una Restauración de los Borbones, y que en España la guerra hubiera revestido un carácter semejante al de la guerra de sucesión. Pero se habría perdido un gran caudal moral, el culto á la independecia, la resolución de un pueblo que quiere disponer de sus destinos y no consiente que por él dispongan otros.

En la parte más culta de la sociedad española hubo muchos afrancesados. Los nombres ilustres de Moratín, de Meléndez, de Conde, Lista y Mora pertenecen á este grupo, que fué execrado y

estuvo proscripto por mucho tiempo. Hoy podemos mirarles con piedad y sin enojo. Eran espíritus más reflexivos que sentimentales. Acaso no buscaron sólo su tranquilidad egoísta en el respeto á lo constituido, sino el bien de su patria. Tal vez pensaron que así como la dinastía de Borbón, francesa también y traída por la gloria de Luis XIV, produjo un pasajero Renacimiento que levantó á España de la postración de los últimos días austriacos, podía repetirse la historia y arraigar una nueva dinastía francesa emanada del Luis XIV pretoriano, heredero de la Revolución.

La adhesión del pueblo español á la dinastía era inmerecida. El proceso del Escorial y el Motín de Aranjuez presentaban á Fernando VII con los rasgos de un Príncipe Carlos, tan ruin, aunque más afortunado, como el hijo de Felipe II. El aura del escándalo en torno á María Luisa y Godoy, la del ridículo alrededor de Carlos IV, aquel pobre señor de cortas luces, tan débil como incapaz, rey de opereta, no eran circunstancias propias para forjar el entusiasmo. Mas, el entusiasmo floreció, fuerte y prodigioso. El pueblo no supo ó no quiso saber de estas cosas. Hizo de sus reyes un símbolo y luchó y venció, con las certeras adivinaciones del instinto colectivo.

La guerra engendró males sin cuento, hambres, desolaciones, ruinas particulares. Creó el tipo del partidario, que luego fué azote de la nación en las discordias civiles. Pero produjo grandes bienes morales, sacudió el alma española, la tonificó y la infundió el espíritu del sacrificio, la idea de que hay que morir por el bien colectivo, que es la moral suprema de las sociedades.

Este ejemplo ilustre de sacrificio y de independencia es lo que conmemora el Dos de Mayo. Bien merece tal lección histórica, que la conserve cuidadosamente un culto cívico.

---

## ROMANCE MORISCO

---

Hay quien siente la nostalgia de los tiempos por venir y lamenta profundamente no haber nacido doscientos años después para enterarse de lo que hay de cierto en las *Anticipaciones* de Wells : viajar en aeroplano, alternar con la mujer emancipada y ser ciudadano de los Estados Unidos de Europa. Otros sienten la nostalgia de lo pasado. Les gustaría haber vivido en la Grecia de Pericles ó en la Edad Media, según sean clásicos ó románticos, en vez de haber visto la luz del sol en una época tan prosaica como la presente. Estos anhelos, como la mayor parte de los deseos humanos, son quiméricos y falaces . Si nos viésemos transportados de repente á los tiempos futuros que tienen á Wells por profeta, haríamos el triste papel de unos salvajes y nos expondríamos á que nos enseñasen en cualquier jardín zoológico ó cualquier *music-hall* del porvenir, como ahora enseñan á indios americanos

más ó menos auténticos. La autenticidad en estos casos es lo de menos, y de cualquier parte puede sacarse un indio presentable, que bien amaestrado y convenientemente vestido ó desnudo, produzca más ilusión al espectador que un *apache* ó un *navajo* de legítima procedencia, digno de figurar, por todos conceptos, en cualquier novela de Mayne Reid.

Las veleidades retrospectivas son todavía más engañosas y resultarían mucho más funestas, si por desgracia de los aficionados á variar de época, pudieran realizarse. Nuestro olfato, nuestras costumbres y nuestras ideas de justicia padecerían horriblemente si nos viésemos trasladados al marco gótico de la Edad Media ó á la misma corte del Rey Sol. El orgullo de sentirnos personajes de novela de Walter Scott ó de cualquier composición versallesca de Rubén Darío, no nos compensaría de las infinitas molestias que habría de reportarnos ese salto atrás en el tiempo. Nos apresuraríamos á pedir billete de vuelta.

\*  
\* \*

Á los imaginativos, á los hombres de espíritu vagabundo, mal hallados con la época en que les tocó nacer, puede servirles de consuelo pen-

sar que el reloj del tiempo no marca la misma hora en todo el mundo. Tribus hay, aunque van quedando pocas, en algunos rincones de África ó de Oceanía, para las cuales no ha sonado aún la hora de las edades históricas, y cuya vida es la de nuestros lejanos antepasados prehistóricos. Marruecos, á las puertas de Europa, para la cual rige el siglo xx, está en plena Edad Media. Turquía, también, con sus matanzas de armenios, evocaba escenas medioevales, de asaltos á juderías ó escenas bizantinas, de luchas de bandos, de ortodoxos y de heterodoxos, ó de verdes y azules, y con su colosal espionaje organizado minuciosamente, con ramificaciones en todas partes, recordaba á la Venecia de los Dux y los Consejos de los Diez. En realidad, todas las épocas coexisten en el planeta, repartidas entre los diversos pueblos, como si quisieran mostrarnos la embriogenia de la civilización. No debemos, pues, extrañarnos de ver cómo resucitan en nuestra época los gestos históricos de antaño.

\*  
\* \*

Ahora, por ejemplo... En la frontera argelino-marroquí pelean moros y franceses. Salvo la diferencia de civilización de los contendientes, es

una guerra parecida á la guerras de frontera de nuestra Reconquista. Algaras, correrías por el territorio enemigo, capturas de ganados, destrucción de aduares. De vez en cuando, los franceses organizan una columna y dispersan al enemigo. En esta guerra obscura, en que los héroes tienen un menguado escenario, y están lejos, y corren el riesgo de que su ademán final quede sepultado en el olvido — hasta para ser héroe hay que tener suerte, escenario, reclamo, — hemos visto aparecer un rasgo de romance morisco.

El jefe de la *harka* ó hueste marroquí envió un cartel de desafío al comandante de uno de los puestos avanzados franceses, retándole á combate. Este moro arrogante, que está pidiendo el octosílabo sonoro de nuestros romances, cuyo ritmo es el del trote de un corcel de guerra, no ha tenido en cuenta la diferencia de épocas. Su reto ha sido el choque de los lejanos tiempos caballerescos de desafíos de moros y cristianos, con los tiempos de la guerra científica, serena, ejercida con ayuda de las matemáticas y de la melinita. Como si dijéramos : el desafío entre un alfanje y un Lebel. El jefe francés habrá leído el reto, lo habrá guardado probablemente como un documento raro y curioso, habrá mi-

rado un plano y habrá dado órdenes de reforzar la vigilancia. Y una mañana, la columna francesa ha salido en dirección al campamento de la *harka*. Los cañones no han dejado acercarse á los jinetes marroquíes, y la hueste mora se ha dispersado entre alaridos, tras esfuerzos de impotente heroísmo. La guerra moderna ha vencido á la guerra caballeresca de romance. Tal vez á la derrota material acompaña una derrota estética. Como estamos pervertidos por la literatura, la guerra antigua de retos, de combates singulares entre los adalides más esforzados, suele parecer-nos más poética que la guerra moderna, fría y matemática.

Pero ésta tiene otro género de belleza, intelectual y severa. Aquélla era el valor bravío, indisciplinado, placer de guerreros de vocación, exaltación de personalidades individuales, cultivo de héroes. Esta es una obra colectiva, perseguida con economía de medios. Es la ciencia, armada de rayos de destrucción, como una divinidad antigua. El triunfo de lo intelectual sobre lo sensible.

---

## ÍNDICE

---

|                                                                          |     |
|--------------------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo. . . . .                                                         | I-X |
| La Moral en el Teatro . . . . .                                          | I   |
| Una vida romántica. . . . .                                              | 7   |
| Leyendo á Anatolio France . . . . .                                      | 13  |
| La equidad . . . . .                                                     | 19  |
| Fantasía sobre el Trabajo. . . . .                                       | 25  |
| Vidas intensas. . . . .                                                  | 31  |
| Elogio del Anónimo . . . . .                                             | 36  |
| Los deberes de la riqueza . . . . .                                      | 41  |
| Fantasmas . . . . .                                                      | 48  |
| Jurisprudencia de la bofetada. . . . .                                   | 53  |
| Nocturno . . . . .                                                       | 58  |
| Libertad antigua. . . . .                                                | 61  |
| Menudencias . . . . .                                                    | 66  |
| Elogio de la alegría . . . . .                                           | 70  |
| La paz en marcha . . . . .                                               | 76  |
| Apuntes para la historia de una ciudad que no tiene<br>historia. . . . . | 82  |
| Sagasta (Diálogo de los muertos) . . . . .                               | 87  |
| El ocaso del matrimonio . . . . .                                        | 92  |
| Las bombas. . . . .                                                      | 95  |
| Vida y aventuras de un libro de texto . . . . .                          | 101 |
| Hablando de Francia. . . . .                                             | 108 |
| Los Amarillos. . . . .                                                   | 116 |
| La Princesa errante . . . . .                                            | 121 |

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| Entreacto. . . . .                                 | 127 |
| Un hombre feliz. . . . .                           | 134 |
| El Centenario del Quijote. . . . .                 | 140 |
| La Comedia nueva ó el café. . . . .                | 144 |
| Un bello gesto. . . . .                            | 150 |
| Servet . . . . .                                   | 156 |
| La ignorancia del Derecho . . . . .                | 161 |
| Meditación fúnebre . . . . .                       | 166 |
| El Príncipe rubio y el Príncipe amarillo . . . . . | 172 |
| Figura de leyenda. . . . .                         | 177 |
| La vida no es sentimental. . . . .                 | 181 |
| Periódicos y periodistas . . . . .                 | 184 |
| La gran cómplice . . . . .                         | 189 |
| Los dos Moltkes. . . . .                           | 194 |
| Los libros y el sueño. . . . .                     | 198 |
| Un suicidio . . . . .                              | 202 |
| Los bailes de Máscaras. . . . .                    | 206 |
| La novela del Anticristo . . . . .                 | 211 |
| El juego y el Estado. . . . .                      | 218 |
| Ciudadano . . . . .                                | 224 |
| Meditación profana . . . . .                       | 230 |
| Arte de prudencia. El buen callar... . . . .       | 235 |
| Los solitarios. . . . .                            | 240 |
| Ejemplo inmoral. . . . .                           | 244 |
| ¿ Otro Monumento ? . . . . .                       | 249 |
| El dos de Mayo . . . . .                           | 254 |
| Romance Morisco . . . . .                          | 260 |









PQ  
6613  
035A8

Gómez de Baquero, Eduardo  
Aspectos

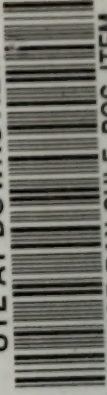
PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 09 01 25 12 009 3